

**BREVE CURSO
DE
MARIOLOGÍA**

Pedro García
Misionero Claretiano

Parroquia del Corazón de María
Colonia Escalón
SAN SALVADOR, El Salvador C. A.

“Recomiendo al lector que entre en esta obra con curiosidad y con la mente bien despierta, pero sobre todo con los ojos de la piedad y del amor bien abiertos. El verdadero conocimiento de la Virgen María lo encontramos en las entrañas de la Iglesia, en las vidas de los santos, en la piedad y la devoción teologal del pueblo de Dios”.

Todos, profesores, alumnos, y posibles lectores, hacemos nuestras con gusto estas palabras del Arzobispo y Cardenal **Fernando Sebastián Cm** en su último libro sobre María. Si queremos conocer a la Virgen por el estudio en este Curso, lo conseguiremos de seguro al realizarlo con gran amor y hablando mucho en oración íntima con Ella.

PRESENTACION

Nos metemos en la aventura de hacer un curso nuevo de **Mariología**. ¿Atinaremos, igual que con el **Curso de Biblia** y la **Historia de la Iglesia**, nuestras asignaturas anteriores? Las clases parroquiales sobre esos temas nos dieron a todos grandes satisfacciones. Espero que ocurra lo mismo al exponer las lecciones sobre MARIA, pero empiezo esta Presentación manifestándoles cómo ha sido todo. Yo no quería sino *clases*, no un cuaderno de *lectura*, y, menos, un folleto *devocional*. ¿Y qué ha resultado? Tiene mucho de clase y de simple lectura, aunque sin la extensión de los volúmenes sobre la Biblia e Historia con sus 480 y 500 páginas respectivamente.

Así las cosas, este trabajo no pasa de ser sino una serie de **charlas familiares** que, con doctrina sólida, nos llevan a un mayor conocimiento de la Virgen en el plan de Dios para amarla también cada vez más.

¿Y eso de que no será un trabajo *devocional*? Entendámonos. Como se trata de llevarnos a un mayor conocimiento y amor a la Virgen, y, con palabras del Concilio, “a la imitación de sus virtudes”, tenemos presente en cada momento que María es “Imagen de la Iglesia”, como explicamos en una lección expresa. Esto quiere decir que miramos siempre lo que es María con el fin de ser como Ella en cuanto la podemos imitar. A eso va el “**Para la vida**” con que termina cada lección. Ser como nuestra Madre es el más bello ideal —pues Ella se encargará de hacernos en todo como Jesús—, y eso sí que es la devoción más auténtica a la Virgen.

Ha pasado ya el tiempo de los sentimentalismos en la devoción mariana. Un “Ven con nosotros a caminar, Santa María, ven” (perdón, de música no entiendo), nos habla mejor que aquel meloso “Es más dulce tu nombre, María, que el arrullo de tierna paloma, es más suave que el plácido aroma...” y cuentos de pajaritos y flores y estampitas añidadas, por más que buscamos y queremos el amor a la Virgen impregnado de ternura filial.

Nuestra norma será en adelante la del Concilio: “Fomenten con generosidad el culto a la Santísima Virgen..., estimen en mucho las prácticas y los ejercicios de piedad hacia Ella recomendados por el Magisterio... Y los teólogos y los predicadores de la palabra divina que se abstengan con cuidado tanto de toda falsa exageración cuanto de una excesiva mezquindad de alma al tratar de la singular dignidad de la Madre de Dios” (LG 67).

Aquí tenemos nuestra línea de acción: conocer cuanto más profundamente podamos a la Virgen María para amarla cada vez más, sabiendo, continúa diciendo el Concilio, que “los oficios y los privilegios de la Santísima Virgen tienen por fin a Cristo”. Queremos conocer, amar y obsequiar a la Virgen para crecer más en Cristo Jesús.

Al decirles que este trabajo no va a ser *propia*mente una *Mariología*, quiero decir que no se trata de tesis científicas sobre la Virgen. Doctores tiene la Iglesia para enseñarnos. Pero tampoco significa que serán charlas vulgares o demasiado sencillas. Digamos que van a ser exposiciones serias sobre la doctrina mariana, estudiadas en autores muy competentes, y propias para personas preparadas como son las de nuestras clases parroquiales.

El estilo, como se ve, es el mismo que el de los cursos anteriores sobre la Biblia o Historia de la Iglesia, aunque nada académico.

Con nuestra buena voluntad y la ayuda del Señor habremos conseguido al final lo que nos dice el Concilio al acabar ese número que hemos citado: la verdadera devoción a la Virgen, “no consiste ni en un sentimentalismo estéril y transitorio ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe auténtica, que nos induce a reconocer la excelencia de la Madre de Dios, que nos impulsa a un amor filial hacia nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes”. Esto sí que sería haber hecho un verdadero curso de *Mariología*, aunque sea muy elemental y tan sencillo como el nuestro...

Pedro García cmf

ÍNDICE

- 0. Presentando a María, pág 7**
- 1. Nociones introductorias, 22**
- 2. Lección Fundamental - I, 29**
- 3. Lección Fundamental - II, 33**
- 4. María en la Biblia, 37**
- 5. La Primera Elegida, 43**
- 6. La misión de María, 49**
- 7. La Inmaculada Concepción, 56**
- 8. María Virgen, 61**
- 9. La Hija de Sión, 71**
- 10. La Madre de Dios, 80**
- 11. La Madre nuestra, 87**
- 12. La Corredentora, 95**
- 13. La Madre de la Iglesia, 101**
- 14. La Asunción de María, 110**
- 15. María Abogada, 119**
- 16. María Mediadora, 124**
- 17. María Reina, 132**
- 18. María, Imagen de la Iglesia, 139**
- 19. El Corazón de María, 148**
- 20. El Culto y la devoción a María, 155**
- Apéndice 1. El Rosario, 164**
- Apéndice 2. María de los Evangelios, 172**
- Apéndice 3. Profesión de fe mariana, 176**

Las fuentes del trabajo

Será muy utilizado el feliz capítulo VIII sobre la Virgen en la Constitución conciliar de la Iglesia **Lumen Gentium**. Se citará siempre **LG** con el número correspondiente.

Igualmente, la “**Marialis Cultus**” de Pablo VI, **MC**.

El “**Nuevo Diccionario de Mariología**”, con la sigla **DM** y la página.

Aunque no los cite normalmente, me he servido de estos cuatro libros: “María-Iglesia”, del amigo paulino **Rafael Ortega**; “Títulos y grandezas de María”, “Mariología”, y “**MARIA, Madre de Jesús y Madre nuestra**”, de mis hermanos claretianos **Narciso García Garcés**, **José CR García Paredes** y el Cardenal **Fernando Sebastián**, respectivamente. Estas son las abundosas fuentes con que me he contentado para el breve Curso actual.

El libro del Cardenal Fernando Sebastián,
“**MARIA, Madre de Jesús y Madre nuestra**”.

Debo decir una palabra sobre él. El Curso que hice en 1987 cuando el Año Mariano, proclamado por el papa Juan Pablo II, debía ser actualizado y lo quise hacer con el reciente libro del Cardenal **Fernando Sebastián**, teólogo de altos vuelos. Le consulté, y me dio amplia libertad de uso para lo que yo deseaba.

Y así se hace.

- El número entre paréntesis () del texto del Curso remite al final de la lección.
- Si no va entrecomillado, es esto: un resumen mío de su pensamiento, aunque al final indicará la página del libro **MARIA**, del que se ha tomado.
- Lo que vaya “entre comillas” es del Cardenal al pie de la letra.

Notas tan autorizadas son para esclarecer y confirmar lo expuesto por el Curso.

Una libertad semejante me la he podido tomar porque este trabajo es para un cuaderno familiar que queda entre nosotros, igual que los cursos de Biblia e Historia de la Iglesia.

No tengo por qué decir lo agradecido que le estoy al querido hermano, el Cardenal Fernando. Su libro, profundo, es una preciosidad.

PRESENTANDO A MARIA

Antes de meternos en las clases propiamente de mariología, queremos dar a la Virgen una mirada simplemente humana. ¿Quién era María de la que vamos a hablar? Su persona, su ambiente histórico, las noticias que de ella tenemos en los Evangelios. Notas breves, que nos situarán con acierto ante esa Virgen María que tanto nos interesa. La teología mariana irá después aparte en su debido lugar.

No llamemos lección, porque no lo es, a esta reseña biográfica de María, sino **una simple lectura**, pero que la creemos muy en su punto.

1. Una pregunta previa que les va a extrañar. Ante todo, ¿existió María, o es sólo un mito? Y si existió, ¿es la mujer que conocemos nosotros, o una mujer vulgar a la que hemos casi divinizado? La pregunta tiene su razón de ser. Sabemos adónde llegó el moderno Racionalismo: a negar la existencia *histórica* de Jesús. Y si algunos racionalistas aceptan que existió, fue un hombre normal, fanático, iluminado, al que sus discípulos y seguidores llegaron a constituir nada menos que *Dios*. Pero si eso decían los racionalistas, que comenzaron en el siglo XVIII y han seguido hasta nuestros días, ya en sus principios les replicó alguien, nada menos que Rousseau, tan impío y tan inmoral, pero muy inteligente:

-¿Inventar este genio? El inventor tenía que ser un genio mayor que Jesús, y ese genio no ha existido.

Un acto de fe del pobre Rousseau, fe que quizá le valió mucho en la presencia de Dios. Es mucho más difícil negar la existencia del Jesús del Evangelio que el afirmar su realidad histórica. Y lo mismo pasa con María: ¿inventarse esa María de la Anunciación, la madre discreta de la vida pública de Jesús, la del Calvario?... El inventor tendría que ser un poeta con demasiada imaginación. Y a ese poeta no lo conocemos. Habría recurrido de seguro a la mitología griega o a la egipcia, con dioses que se casan entre sí o engendran hijos aprovechando mujeres de la tierra etc. etc., y de las cuales nacen dioses o semidioses... Nuestra María no le hubiera pasado al tal poeta por la cabeza.

Si los racionalistas y otros muchos no niegan la historicidad de María, la despojan de todo su valor de otra manera. La meten en el campo de la psicología, y aseguran que los cristianos la ensalzaron como una necesidad humana imprescindible. El “eterno femenino” de Goethe —se le dé al escritor alemán la interpretación que sea—, aparece en la Iglesia como una necesidad del hombre, y la inventa el hombre, porque había que introducir la mujer de una manera u otra. Tenían que salir por fuerza las teorías de Freud.

Falso todo lo que ellos digan, pero vamos a darles algo de razón. Dios, que plasmó la naturaleza humana y conoce bien lo más profundo de nuestro ser,

quiso que en la Iglesia tuviéramos y sintiéramos la figura de la mujer de la manera más bella, más tierna, y viéramos ensalzada en María a la mujer, que llega a la dignidad más grande con la maternidad divina y la maternidad espiritual sobre todos los hombres. El papa **Francisco**, al recordar las palabras de Jesús, ‘*Ahí tienes a tu hijo..., ahí tienes a tu madre*’, comenta: “Estas palabras de Jesús al borde de la muerte no expresan primeramente una preocupación piadosa hacia su madre. Cristo nos lleva a María. Él nos lleva a ella porque no quiere que caminemos sin una madre” (Evangeli gaudium). Y así se explica lo del papa **León XIII**: “Las almas cristianas se ven arrastradas hacia María **como por un impulso natural**” (Adiutricem populi).

Tanto la María como el Jesús de los cuatro Evangelios tienen en los autores sagrados un testimonio verídico desconcertante sobre su *historicidad*, y es la sobriedad y naturalidad con que describen los hechos más grandiosos, como observa Ricciotti: ni un ¡OH! de admiración cuando el nacimiento de Jesús y los ángeles van cantando por los cielos de Belén, y ni un ¡AY! de dolor cuando Jesús expira en el Calvario... Frialdad absoluta. Escriben secamente lo que cuentan los testigos.

Y en concreto, respecto de María: ¿la conoció Lucas personalmente, y sacó de ella sus informaciones? Digamos que no. Para encontrarse con Lucas, María tenía que haber muerto en edad demasiado avanzada. Pero Lucas en Jerusalén, mientras Pablo estaba preso en Cesarea, pudo hablar con los mejores testigos de lo que contó María a los apóstoles más íntimos, incluidos Pedro, Juan y el primo Santiago, con los cuales Lucas pudo verse más de una vez. En fin, tranquilos todos, que María es figura *histórica* tan cierta como Jesús.

Nosotros, gracias a Dios, conocemos bien a María por el Evangelio, por revelación expresa de Dios. Es esa María que vamos a contemplar y a estudiar en este curso.

2. Una aldeana de Nazaret. Según apócrifos bastante fiables en algunos datos y el testimonio de autores más autorizados, podemos aceptar los nombres de Joaquín y Ana como los de los padres de María, los cuales pudieron haber vivido en Séforis, aunque cuando la Anunciación habitaban sin duda con su hija en Nazaret.

Indiscutiblemente que María pertenecía a la tribu de Judá, como José. Quienes dicen que era de la tribu de Leví se basan en un argumento muy flojo: porque era pariente de Isabel, levita como Zacarías, y también, según varios apócrifos, porque pudo nacer en Jerusalén junto a la piscina Probática.

Ahora nos vamos a contentar sólo con alguna palabra sobre el entorno familiar y social de María, la muchacha de Nazaret. Lucas dice que el ángel fue enviado por Dios a *una ciudad* llamada Nazaret...; Mateo que Jesús fue *a su ciudad*... Marcos, que se dirigió *a su ciudad*... ¿Era Nazaret una ciudad? No llegaba a tal categoría. Un simple poblado, de la baja Galilea, sita en un promontorio a 343 metros sobre el nivel del Mediterráneo. Las casas identificadas por el famoso arqueólogo Padre Bagatti estaban bien. Encima de ellas han aparecido excavados en las rocas silos para los productos del campo, ricos por el cultivo del lino y abundante en olivos y viñedos.

Poblado pobre, pero no tanto como algunos piensan. La región era agrícolamente muy rica, y estaba en comunicación muy buena por la “vía del mar” hasta Cafarnaúm y ciudades del lago hacia el norte; pero, sobre todo al noroeste y a sólo cinco kilómetros, con Séforis, ciudad totalmente helenizada, elegante, mercantil, con una población que podía llegar a los 50.000 habitantes, residencia del rey Herodes Antipas hasta el año 18 en que se trasladó a su Tiberíades, ciudad edificada por él en honor del emperador Tiberio.

Por pequeño que fuera Nazaret, y en región tan rica, el trabajo y el comercio eran seguros. ¿Familias ricas? No. Pero no hay que ponderar su pobreza. Y concretamente, en la familia de Jesús. Si poseían algo de tierra, y Jesús demuestra en el Evangelio haber tenido contacto directo con el campo, no eran tan pobres. José era carpintero, y además, y después Jesús, era “tekton”, artesano plurivalente que ejercía varios oficios, sin descartar el de la madera. Con una Séforis en pleno auge constructivo, ir a trabajar o a llevar sus trabajos a sólo cinco kilómetros, resultaba lo más natural.

¿Y María? Aparte de las labores caseras, ¿no aportaba nada? Un solo detalle. Como toda mujer judía, y más donde abundaba el lino, era sin duda muy buena costurera. La túnica inconsútil que llevaba Jesús, y que apreciaron bien los soldados del Calvario, era indiscutiblemente hechura de María, que más de una pieza pudo llevar al mercado...

Otro detalle, tomado de la valiosísima Vida de Jesús de Ricciotti. Al hablar de la parábola del Buen Samaritano, dice que tenía asno, “lo cual quiere decir que era acomodado”. Pues bien, cuando narra lo de Belén, dice que María pudo hacer aquel camino de 130 kilómetros porque José debía contar con un asno..., algo que un pobretón no podía tener. Los dos pichones de los pobres en vez del cordero en la Presentación no es razón en contra, pues en Belén estaban sin nada, al revés que en su casa de Nazaret.

El gran escriturista Cardenal Ravassi, atendidas todas las circunstancias, exponía la conclusión a que han llegado los estudiosos. Contando sobre todo

con que Jesús, igual que José, era “tekton”, y con una gran ciudad como Séfóris al lado, de la que Nazaret se podía considerar casi como un barrio, sacan esta conclusión: la familia era modesta, pero, según bastantes críticos, tendiendo a acomodada en aquel ambiente social, de suyo humilde; lo que hoy llamamos entre nosotros, operarios de clase media. No se puede asegurar del todo, porque, lastimosamente, no se ha encontrado ninguna factura de tales técnicos especializados en el entorno de aquel tiempo. Y conviene tener en cuenta otro detalle. José, y no digamos ya Jesús, debían trabajar con verdadera perfección, es decir, que se les podían encomendar trabajos importantes y delicados. Nada de esto dice el Evangelio, pero nosotros discurrimos precisamente con el Evangelio.

Resumiendo, y haciendo un poco de teología, diríamos que Jesús quiso para sí la familia ideal: la que vive del propio trabajo, sin la riqueza que enerva, y sin una pobreza indigna del hombre y no querida por Dios. José y Jesús fueron el tipo de trabajadores honrados y cualificados. Jesús, además, aparte del arameo, la lengua del pueblo, dominaba el hebreo bíblico ya en desuso (Lc 4,17-20), lo cual significaba en aquel ambiente una muy buena preparación que no podía tener cualquiera. Por otra parte, la presencia y actitud de María en la boda de Caná hace pensar que no era una mujer vulgar. Y cuando sus paisanos hablan de Jesús (Mc 6,1-3), con extrañeza y ribetes de envidia, indican que Jesús y María no eran personas socialmente despreciables.

Una palabra sobre el Nombre de María. En una región tan helenizada y con tantos paganos como Galilea abundaban los nombres griegos o se tenía uno al lado del judío, sobre todo entre los hombres. En la Familia de Nazaret —José, Jesús y sus primos— eran todos puros judíos y de los más tradicionales. No se acomodaban para nada a los paganos y no constan en ellos más que nombres sólo judíos. Y, entre las mujeres, **María**, el de la hermana de Moisés, era el nombre más popular y clásico, encontrado hasta en la familia de Herodes el Grande, que era idumeo. Se ha discutido inútilmente su significado, y no se sabe. Dentro del cristianismo, la piedad lo repite incansablemente, y el libro oficial de la Santa Sede sobre las Indulgencias lo propone, junto con el de Jesús, como una oración jaculatoria brevísima: “¡María!”.

3. Nos gustaría saber cómo era María en su ser físico, en su temperamento, en su carácter. Nuestro cariño nos lleva, naturalmente, a imaginarla como la mujer más bella que ha existido. Pero nadie nos ha dicho nada. Sin embargo, algo podemos deducir discurriendo por su actitud en los Evangelios.

¿Era físicamente bella, todo un tipo de mujer? Digamos convencidos que sí. ¿Por qué? Tenemos un camino indirecto: Jesús. Aquellos tres años de Jesús por los caminos de Galilea y en Jerusalén nos muestran un hombre auténtica-

mente extraordinario. No se explica cómo pudo sobrellevar aquellos trabajos agotadores, a no ser que contara con una resistencia física inexplicable. Los judíos le calificaron ante Pilato como “aquel embaucador” (Mt 27,3). Jesús, un ejemplar único de hombre. ¿Será ocioso traer como testimonio el Lienzo de Turín? Lo cito por estar plenamente convencido de su autenticidad. Aunque muestra la figura muerta de Jesús en el sepulcro, miremos lo que dice de él una autoridad tan notable como el Doctor Don Gregorio Marañón: “Esta turbadora imagen es la efigie de un ser humano excepcional”.

Ahora bien, ¿de quién heredó Jesús, como hombre, esa su naturaleza tan rica? No tuvo padre, sino sólo madre que lo concibió virginalmente. Por ley biológica, todo lo sacó de su madre sola. “Filiu matrízant”, decían los antiguos: los hijos salen a la madre. En el caso de Jesús, sólo de la madre recibió su ser humano, y, aunque con José al lado, fue también su formadora en Nazaret. Entonces, ¿cómo tuvo que ser María? Una mujer de naturaleza psico-somática muy rica.

En la Anunciación se manifiesta muy dueña de sí misma, reflexiva, resuelta y generosa al aceptar una maternidad envidiable, pero de responsabilidad tan seria...

En la Visitación a Isabel, decidida ante aquel viaje arriesgado...

Feliz y sin apocamientos al reconocer las maravillas de Dios hechas en ella y por ella...

Valiente al proclamar la acción de Dios contra los poderosos y a favor de los humildes...

Cuando el Calvario, no hay que decir; una mujer como ella, por muy madre que sea, no se encuentra fácilmente...

Y tenemos la increíble profecía del Magníficat: “Me aclamarán dichosa todas las generaciones”. ¿Es posible esta expresión en una muchachita judía de aquel entonces, y que se haya cumplido tan al pie de la letra? Decimos siempre que el Espíritu Santo... Ciertamente; pero, ¿y la parte personal de María? ¡Qué criatura tan madura y tan tremenda en medio de su humildad!...

4. Hay que fijarse en su formación cultural y religiosa. No había mujer en aquella sociedad judía que supiera leer y escribir. Pero, religiosamente, María podía estar muy preparada. Todo dependía de su escucha en la sinagoga durante los sábados. Con alma totalmente limpia, y endiosada del todo, la Escritura se la sabía de memoria y la entendía mejor que nadie. Por eso, nos la imaginamos sin equivocarnos: entusiasmada con las grandes mujeres de Israel; admiradora de los padres y héroes de su pueblo; dolida por los pecados de su

gente; aprovechada oyente de los Sabios; soñadora en el Mesías prometido y anunciado por los profetas; rezadora de todos los Salmos...

Que la Biblia la tenía entrañada en su ser, lo vemos por un detalle que no le pasa a nadie desapercibido: ¿cómo es que el diálogo con el ángel se desarrolla tan brevemente, y la muchacha María da su consentimiento de modo tan seguro, con plena conciencia de haberlo entendido todo? Muy sencillo: porque se dio cuenta de que todo lo prometido en las Escrituras se cumplía ahora en ella, y se entregó sin más, humilde y generosa, a la voluntad de Dios. Era ella, ¡ella!, la afortunada elegida. Con fe, y obediente, no discurrió más.

Repito, que no nos engañe el cariño; pero tenemos derecho a reflexionar. María, toda una estampa de mujer bajo todos los aspectos.

5. Contemplar a José junto a María resulta emocionante. ¡Qué hombre! Nadie ha tenido en el mundo una misión más alta. La primera vez que lo presenta el Evangelio (Mt 1,18-25) es con una duda lacerante: -¿Qué le pasa a María?... Y no es fácil dar respuesta a las inquietudes de José y explicar su decisión de divorciarse. Hay que tener en cuenta que cuando la Anunciación estaban ya casados José y María, aunque no se había celebrado la boda, evento familiar y social que venía más tarde. Estudiando este pasaje de Mateo —en el que María se muestra una mujer muy madura a pesar de su incipiente juventud—, se indican varias soluciones.

Primera, la que salta a simple vista. Regresa María a Nazaret de su visita a Isabel con tres meses cumplidos y aparecen las señales de la maternidad. José queda perplejo. No duda de María, pero no entiende. Y María calla con silencio heroico. Si le confía el secreto a José, no le creerá, y la tendrá por una ilusa y hasta por una mentirosa. Y se dice: -Dios lo ha hecho, a Dios se lo dejo. Me pongo totalmente en sus manos... Naturalmente, la respuesta de Dios vino con la visión de José, que creyó al ángel.

Segunda, dado el carácter decidido de María, ella se confía a José y le cuenta todo. -¿Me crees?... Y sí, José cree. Pero se retira por temor reverencial, y decide entregar a María el acta de divorcio, sin dar razones, acto plenamente legal y que no compromete nada a María, pues se dice: -No me puedo hacer cargo de ese Hijo de Dios que viene, el Mesías nada menos... El ángel le trae la solución: “No temas quedarte con tu esposa, pues lo que lleva en su seno es cosa del Espíritu Santo”.

Ricciotti, en su Vida de Jesucristo, presenta a María callada por recato ante las angustias de José, que no la cree culpable, pues, *siendo justo*, si pensaba que María había fallado debía denunciarla. Escribe el autorizado autor: “José,

siendo justo, no obró así. Luego estaba convencido de la inocencia de María y por tanto juzgó inicuo someterla al deshonor de un divorcio”. Como Mateo no dice nada, “sólo de la deliberación de José, de romper su vínculo con María *secretamente*, es decir, sin dañar su fama, concluimos que obró, por una parte, como convencido de la inocencia de María, y, por otra, como *justo*”.

¿Cuál fue el desenlace? Dios es serio, y no juega con los hombres. Exige la fe, pero le da siempre una respuesta *humana*, premio y seguridad a la vez de que ha sido cosa suya. María creyó al ángel, quedó entonces mismo concebido el Hijo de Dios en su seno, y a los pocos días sabía como mujer que, efectivamente, era ya madre... A José, que también creyó y por eso mismo se quedó con María, le vino una prueba evidente con el parto virginal de su esposa, algo que también podía proceder sólo del Espíritu Santo.

Es el sistema de Dios en la Biblia del Antiguo Testamento y que lo podemos expresar así: “Y cuando lo haya hecho, sabrán que he sido yo”... Lo usó el mismo Jesús con la prueba de su resurrección (Jn 8,28), que los judíos pudieron comprobar (Mt. 28,11-15).

Como es tan curioso, no resisto a traer aquí la copia de un papiro con el acta de repudio hallado en una cueva y que nos suministra el *Nuevo Diccionario de Mariología*, pág 1009. Se trata precisamente de un tal José con una María, nada extraños los dos nombres, porque eran muy comunes entre los judíos. Dice así el documento, escrito en arameo:

“A primeros de Marhesvan, año sexto, en Masada. Yo me divorcio y te repudio por mi propia iniciativa, yo, José, hijo de Nequan, residente en Masada, a ti, María, hija de Yonatan, de Hanablata, residente en Masada, que eras mi primera mujer, de modo que eres libre por tu parte para irte y convertirte en mujer de cualquier hombre judío que quieras. Y aquí está por mi parte el acta de repudio y la carta de divorcio. Luego, la dote yo te la restituyo. Y todos los bienes destruidos, dañados, te serán reembolsados, como yo me obligo por medio de esto, y yo los pagaré el cuádruplo. Y en cualquier momento en que lo pidas, sustituiré el documento si aún vivo. Joseph, hijo de Nequan, por mí mismo. - Eliazar, hijo de Melka, testigo. - Joseph, hijo de Melka, testigo. - Eleazar, hijo de Hannana, testigo”.

Así lo hubiera hecho José, sin dar razones, sin difamar a su esposa, por pura delicadeza. Pero Dios estaba al tanto, lo mismo de la inocencia de María que de la lealtad de José.

Desde el momento en que Jesús nace **en** el matrimonio, pero no **del** matrimonio, la paternidad de José es del todo singular. Más que verdadero padre *legal*, hay que llamarlo —caso único—, padre **virginal** de Jesús, pero padre

verdadero. Así se expresa María: “Mira que *tu padre* y yo te buscábamos angustiados” (Lc 2,48). María como esposa y Jesús como hijo, le estaban sujetos (Lc 2,51). Es José quien toma las iniciativas: impone como deber propio el nombre al niño en la circuncisión, lo presenta en el templo, lo lleva a Egipto, establece a la familia en Nazaret, sube cada año a Jerusalén con los dos a la Pascua, es el “tekton” que enseña a Jesús su propio oficio, el de carpintero o el de menester múltiple.

En esto han parado, por la generosidad de José, obediente a Dios, aquellas dudas del principio. “José realiza su vocación en la obediencia, respetando con su continencia conyugal el misterio de que es portador el niño concebido en el seno de María, y comportándose luego como cabeza de familia en todos los episodios evocados” (DM, 995). Es fascinante la figura de José. Humilde. En los Evangelios, siempre en la penumbra, porque el protagonismo lo desempeña su esposa. No busquemos en toda la Biblia un hombre como José.

6. Belén nos fascina con sus encantos, y hemos de darle una mirada en estas notas sobre María. Con las gentes que fueron por aquellos días del censo, la hospedería pública era el lugar menos propicio para el acontecimiento que a José y María se les echaba encima. Y una casa particular, tampoco, por más que en Oriente no se negaba el hospedaje a nadie. Fue de seguro iniciativa de María el alquilar una de las cuevas naturales que rodeaban la población, y que estaría libre de animales. Es auténtica, sin discusión, la cueva actual sobre la que está edificada la Basílica de la Natividad de Jesús. El pesebre pudo ser una de las cavidades hendidas en la misma roca a la altura propia para la comida de las bestias, tal como se ven todavía hoy. Allí fue depositado el niño recién nacido, y allí lo encontraron los pastores cuando se hizo de día y lo fueron a visitar, conforme a lo del ángel: “Y aquí tienen la señal: encontrarán un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre” (Lc 2,12).

María y José no vieron el ejército de los ángeles que cantaban por los cielos de Belén aquella noche. Se lo contaron los pastores en su visita. Estos pastores procedían de unas cuevas amplias en la dilatada llanura que se extiende debajo de Belén hasta el monte donde se erguía el suntuoso Herodium, palacio del siniestro rey Herodes. Y eso de la fantasía popular, hacer que los pastores lleven algún cordero y requesón y otros obsequios al recién nacido, no es nada fuera de tono. En Oriente era impensable ir a visitar al rey sin llevarle el consabido regalo. Y los pastores que iban ahora a ver al “Mesías, al Señor” le llevaban lo que tenían a mano, algo de sus rebaños, y que a José y María les sirvió de alivio en aquellas circunstancias en que carecían de todo.

7. La espada de Simeón es ciertamente el *dolor* que va a sufrir María a lo largo de toda su vida al lado de Jesús, incluido el Calvario. Pero hay que saber lo que significaba “espada” en la Biblia, y en especial en el Nuevo Testamento, aparte de la “espada” del soldado o el policía. Era la espada *simbólica* que dividía en dos a buenos y malos, a fieles e infieles a Yahvé. Según la interpretación moderna, aquí en Simeón expresa el *juicio* que va a establecer Jesús con su palabra, su ejemplo, su sacrificio: unos van a caer abandonando al Mesías que Dios les manda, otros se van a mantener fieles al mensaje evangélico. María, como signo excelso, estará siempre con la parte fiel.

Sin embargo, no se equivocan ni la piedad ni la teología cuando atribuyen esa espada al **dolor** de la Virgen, sobre todo en el Calvario. Ese discernimiento que lleva a muchos al rechazo de Jesús se realizaba con la persecución, la calumnia y el abandono de que era objeto Jesús, y que llegó a su colmo con la pasión y muerte en la cruz, todo lo cual le hizo sufrir a María lo indecible.

Por otra parte, María se constituye en **Imagen** magnífica de la Iglesia (lección 19). El mundo está dividido en dos, la **espada** sigue simbolizando a los fieles e infieles a Cristo, mientras la Iglesia, como María, sufre por ello la pérdida de muchos hijos suyos.

8. Los Magos son escena aparte. José y María con el niño vivieron en la cueva sólo el tiempo imprescindible. Por lo visto, José decidió instalarse en Belén en vez de regresar a Nazaret y alquiló o compró casa propia. Habían pasado algunos meses, quizá un año largo, cuando vino el hecho de los Magos, que, para “el Rey de los judíos, cuya estrella hemos visto en Oriente”, traían también regalos de “oro, incienso y mirra”, algo más valiosos que los de los humildes pastores, y que fueron también una providencia de Dios ante el imprevisto viaje que les esperaba hasta Egipto a los tres fugitivos. Seguro que no irían solos, sino que se meterían en alguna de las continuas caravanas que se dirigían a las ciudades, Alejandría sobre todo, que llenaban las tierras que rodean el delta del Nilo, donde había abundantes colonias de judíos. Y allí, después de un viaje durísimo por la estepa y el desierto, vivieron los desterrados bastantes meses, hasta que le llegó a José el aviso del ángel de que podía regresar a su patria porque había muerto el cruel Herodes. Ya en Palestina, se enteró José de que en Judea reinaba Arquelao, del que se temía que iba a ser tan malo como su padre, y, sin detenerse en Belén, prefirió ir hasta Galilea para instalarse definitivamente en Nazaret.

9. En Nazaret de nuevo. Habrían pasado unos tres años desde que José y María salieron de Nazaret hacia Belén por los días del censo, y ahora volvían a su querido pueblo con un niño que debió hacer las delicias de los parientes más cercanos, quizá de los abuelos, pues nada impide pensar que podían vivir aún los padres de María y de José. En Nazaret se va a desarrollar y formar Jesús, que será llamado hasta hoy “Jesús Nazareno”.

En estas notas no nos metemos en la vida de toda la Sagrada Familia, sino que miramos únicamente a María. Todos los autores de las “Vidas” de Jesús coinciden en lo mismo al narrar los oficios de quien era la esposa y la madre en aquel hogar bendito. María era una mujer del pueblo que no se distinguía en nada de las demás. Voy a atenerme aquí a lo que narra el famoso escritor Padre Bover SJ, que se extiende en describir la vestimenta, los alimentos y los quehaceres diarios de la mujer judía.

María vestía las dos piezas fundamentales de los judíos, mujeres lo mismo que hombres: la túnica, más amplia y larga en las mujeres, tenía mangas y era talar. Sujeta con un ceñidor, permitía alzarse la ropa para trabajar. El manto era una pieza cuadrada que llevaba sendas borlas en los cuatro ángulos. Con él se envolvían por la noche para dormir. Sobre la cabeza, las mujeres llevaban un velo y los hombres una pieza de tela que flotaba sobre las espaldas.

El quehacer primario de la mujer era cuidar de la comida: ante todo amasar y cocer los panes, redondos y delgados, a manera de galletas, de ahí las expresiones “partir el pan” o “la fracción del pan”. Para ocasiones especiales hacían bollos con miel o manteca. Debía tener a punto los alimentos principales: las legumbres más comunes, habas y lentejas; las frutas normales, uvas, higos, granadas, manzanas, almendras, aceitunas y melones. Igual que los condimentos: la sal, aceite y vinagre. Como bebidas, además del agua, leche y vino; se guardaban algunas fermentadas, estilo sidra o cerveza. Carne y pescado no eran muy frecuentes. No se usaban para comer ni cucharas, tenedores o cuchillos, todo se tomaba con la mano, y de ahí el lavarse antes de comer (lo que los escribas y fariseos puritanos convirtieron en ley sagrada).

Quehaceres diarios, los de costumbre: ir a la fuente del pueblo a buscar el agua, a los campos a recoger ramas combustibles y tener a punto siempre la imprescindible lámpara. Por lo demás, toda mujer judía diligente, ¡y María lo era de veras!, los tiempos libres los empleaba en manejar el huso y tejer. Como indicamos más arriba, María pudo aportar a la economía familiar trabajos manuales hechos con primor por ella misma.

Ante esta estampa de María, hay que quitarse la idea de la mujer apocada, tímida, antisociable o poco menos. Era la mujer más normal y ejemplar en todas sus actividades.

Pero aquí estaba también la diferencia. Al ser inmaculada y sin defecto moral alguno, era radicalmente distinta de las otras. Con una vida mística propia de ella, su oración era continua, sin que se rompiera un momento su unión con Dios, y su trato con los demás era también singular e inexplicable. Era igual que las demás mujeres, sí; pero muy diferente también en todas sus actitudes. En cierto modo, María Virgen era incomprendible.

10. Dentro de la vida en Nazaret, todos los autores de “Vidas” críticas de Jesús, y todos los teólogos, se preguntan cuándo y cómo Jesús tuvo *conciencia* de que él era el Mesías prometido a Israel. En este punto queremos dar una mirada a María. Porque Jesús, perfecto hombre, tuvo un desarrollo humano normal. La *Divinidad* del Hijo de Dios iba por las suyas, y Jesús no vio a Dios en gloria hasta la resurrección. Que era el Cristo o Mesías, y que era el Hijo de Dios, Jesús lo vivió con **conciencia humana**, no con conciencia divina.

Pero, ¿cómo se desarrolló esta conciencia humana de Jesús? En el hecho del muchachito perdido en el Templo tenemos un indicio misterioso, cuando dice de sí mismo lo que ni María ni José entendieron: “¿No sabían que yo debo estar en la casa, o en las cosas, de mi Padre?” (Lc 2,49-50). Sentía Jesús algo para nosotros inexplicable. ¿Y que era el Mesías? ¿Cómo llegó a ese convencimiento?...

No nos metemos en esa lección tan interesante de la cristología. Aquí nos hacemos solamente una pregunta: ¿influyó en esta conciencia de Jesús el hecho de la **virginidad** de María? Hemos de imaginarnos a Jesús en Nazaret como un niño normal del todo, y podía preguntarse: ¿por qué papá y mamá no me traen otros hermanitos?... ¿Cuándo Jesús llegó a descifrar el misterio?

Pudo descubrirlo por sí mismo, cuando ya se hizo mayorcito, y ayudado por una gracia carismática del Espíritu. Es posible le saltara la chispa al oír en la sinagoga la palabra de Isaías: “La virgen está encinta y da a luz un hijo”. Pero no es quizá lo más probable. Pensemos en lo más natural de la vida.

Un día u otro se lo tenían que desvelar sus padres, cuando, crecido Jesús y consciente de lo que es el matrimonio, se diera cuenta de la continencia pura que sus padres observaban entre sí. Y este papel le tocaba indiscutiblemente a María. Es emocionante imaginarse aquel momento sublime entre madre e hijo. -¿Sabes que no tuviste padre en este mundo?... Y le tuvo que contar la historia del anuncio del ángel. ¡Cómo le escucharía Jesús! ¡Qué veneración a su ma-

dre!... Y a lo que vamos: este hecho —que no lo cuenta el Evangelio, pero tampoco es simple imaginación nuestra, porque tuvo que ser así—, hizo pensar mucho a Jesús, y le ayudó a entender las Escrituras que escuchaba cada sábado en la sinagoga. ¿Cuándo se pudo desarrollar este momento de intimidad inigualable entre María y Jesús? ¿Habría muerto ya José? No lo sabemos. Pero la relación entre los dos —mezcla de veneración, respeto y amor indecibles—, tuvo que ser única e irrepetible entre una madre y su hijo.

11. La familia de Jesús en Nazaret, aparte de María y de José, es algo que merece nuestra atención. Hemos hablado, y lo repetiremos en una lección expresa de la mariología, sobre la **virginidad** de María, y siempre nos encontramos con la cuestión de los “hermanos” y “hermanas” de Jesús que nos echan en cara los adversarios de María *la Virgen*. La cuestión es ciertamente difícil. En adelante, nos referiremos a este punto de aquí, en el que me limito a copiar al pie de la letra al tan autorizado Ricciotti, que escribe textualmente:

“Jesús tenía parientes. Así como su madre tenía una “hermana” (Jn 19,25), así él, Jesús, tenía “hermanos” y “hermanas” repetidas veces mencionados por los evangelistas (y también por Pablo (1Cor 9,5). De cuatro de esos “hermanos” conocemos el nombre: Santiago, José, Simón y Judas (Mt 13,55; Mc 6,3). Sus “hermanas”, no nombradas, debían ser varias, puesto que se dice: “todas... sus hermanas” (Mt 13,56). La designación de este amplio círculo parental corresponde bien con las costumbres de Oriente, donde los vínculos de sangre son conocidos incluso en sus más lejanas y tenues ramificaciones, de tal modo que los colaterales más cercanos se designan con el nombre genérico de “hermanos” y “hermanas”, aun tratándose sólo de primos de diverso grado. Ya en la Biblia hebrea los nombres ‘**ah** (hermano) y ‘**ahoth** (hermana) designaban a menudo a parientes de grado mucho más lejano que los hermanos y hermanas carnales, con cuanta más razón que en el antiguo hebreo no se encuentra un vocablo concreto para indicar exclusivamente al primo. Primos, pues, eran los “hermanaos” y “hermanas” de Jesús”.

12. Al aparecer en escena Juan el Bautista cambió seguramente mucho la vida de María. Sin discusión, que José había ya fallecido. En Galilea como en Judea se despoblaban las ciudades y las aldeas para ir los hombres a ver al austero Profeta. Y Jesús le dijo a María inesperadamente: -Madre, me voy al Jordán... María no se extrañó nada. Al contrario, más de una vez se habría preguntado: -¿Y Juan, el hijo de Isabel, del que su padre Zacarías habló de aquella manera y que yo misma escuché?... Al regresar Jesús del Jordán venía

rodeado de cinco discípulos al menos, que no se callaban lo que habían presenciado y contaban el testimonio que el Bautista había dado de Jesús. María lo entendió todo: -¡Ha llegado la hora!...

Y esto coincidió con la boda de Caná, en la que sabemos bien lo que ocurrió: -Mira, Jesús, no tienen vino. -Mujer, y a ti y a mí que nos va?... Esta respuesta de Jesús ha hecho discurrir mucho. No se puede admitir que fuera una regañada de Jesús a su madre, como han pretendido bastantes. Solamente se reprende por una falta *moral*, y María, inmaculada, no faltó en absoluto. Además, si era un reproche —“no te metas conmigo”—, Jesús se retractaba de modo incomprensible, y eso desdecía de él. No parece desacertada la traducción que dan algunos: “No te preocupes, pues ya sé lo que voy a hacer”. María no comunicaba una simple noticia. Era una insinuación que Jesús entendió muy bien. Su madre, solícita, imploraba un favor para los apurados esposos. “La Hora” del Calvario estaba muy lejos, pero la “hora” de comenzar había llegado, lo intuía una mujer tan especial, y Jesús se rindió amablemente. ¿Por qué? Jesús sabía mejor que su madre lo que convenía: -Mis discípulos tienen que creer en mí... Y todos los comensales saborearon el vino más generoso.

Bajaron todos después a Cafarnaum (Jn 2,12), y con ellos María, “mujer que con su fe favoreció la fe de la comunidad apostólica en Cristo”, y se mostraba lo que será en adelante con los discípulos (MC 37).

13. En la vida pública de Jesús se va a mostrar María muy discreta. No irá con Jesús ni se presentará a visitarlo sino esporádicamente. Dos visitas hizo Jesús a Nazaret, resumidas en una por Lucas (Lc 4,16-30). En la primera (16-22), todo fueron elogios y María pudo sentirse satisfecha. Pero en la segunda (23-30), que casi paró en tragedia, sufrió el rechazo de Jesús por sus paisanos, que iniciaban la división prevista por Simeón (Lc 2,34). No hay que dar mucha importancia al hecho narrado por Marcos 3,21, de que algunos de sus familiares tuvieron por loco a Jesús y se presentaron en Cafarnaum para agarrarlo y llevárselo consigo. Probablemente se trataba de parientes lejanos, con los cuales nada tenían que ver María y sus primos de Nazaret.

14. Durante la última Pascua de Jesús, la de su muerte, María se hallaba en Jerusalén, llegada de Nazaret para la fiesta, aunque quizá en esos últimos meses de Jesús ya se encontraba fija en la Capital, dado el carácter siniestro que iban tomando las cosas con su Hijo, pues con lo claro que Jesús había anunciado repetidamente a los discípulos su muerte y resurrección, nada extraño que María estuviese al tanto, y que Jesús mismo previniera delicadamen-

te a su Madre sobre lo que podía suceder. El caso es que María tuvo la fortaleza increíble de seguir paso a paso la pasión de Jesús porque los amigos —¿la Magdalena, Juan?— le iban informando de todo. Después de clavado Jesús en el madero, como la muerte tardaba muchas horas en llegar a los crucificados, el Calvario quedó despejado de tanto gentío, y entonces se presentó allí María con heroísmo sobrehumano. Su soledad, con Jesús en el sepulcro, debió ser inacabable para ella. Seguro que no concilió el sueño en las treinta a cuarenta horas que faltaban para la resurrección.

15. En la resurrección de Jesús, María no figura para nada dentro de los Evangelios. Pero podemos discurrir sin temor a equivocarnos. En aquella su soledad, debió estar acompañada por las parientes y amigas de que hablan los Evangelios cuando el Calvario. Pero surge espontánea la pregunta: ¿por qué en la mañana del tercer día no fue con ellas al sepulcro? ¿Declinó la invitación de las amigas por temor, por el dolor que estaba soportando? No. Quizá hay una razón muy superior, y que ella por delicadeza se callaba. Y es que María no dudó un instante de la resurrección de Jesús. No le falló la fe en la palabra de Jesús, que la conocía como los apóstoles. Además, es muy posible que para entonces ya hubiera tenido la primera aparición de Jesús, aunque se la calló por prudencia. Metiéndonos un poco en psicología, ante tanto dolor de su Madre, Jesús no se le podía presentar de repente, sin una preparación oportuna. ¿Cuál pudo ser ésta? Quizá haciéndole sentir el sismo de la losa del sepulcro, y que llenó de terror a los guardias. María lo sospechó todo y estaba prevenida. Para cuando marcharon las amigas, María ya había visto a Jesús, o bien Jesús se le apareció en el intervalo y antes que a la Magdalena. Es una manera de pensar...

Los muchos días que pasaron hasta la Ascensión fueron para María de una feliz serenidad. ¿Cuántas veces vio a Jesús? No sabemos nada. Aparte de las apariciones concretas de que hablan los Evangelios, Jesús por lo visto se presentaba a los apóstoles algo regularmente, conforme a Hechos 1,3: “apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles del reino de Dios”. María debía estar con ellos, hospedada quizá en Betania (Lc 24,50), pues la vemos con el grupo al regresar del Monte de los Olivos después de irse Jesús al Cielo. En el cenáculo de Jerusalén en espera del Espíritu, Pedro es el que preside y ordena, pero María está en el centro como el corazón de todos, alentando la fe y la oración (Hch 1,14).

16. Con el Espíritu Santo de Pentecostés, quedó iluminada María como nadie sobre el misterio de Jesús. Ahora comprendió todo lo que vivió en sombras desde la Anunciación: cuál y cómo era el trono que ocuparía su Hijo en un Reino que no tendría fin...

Llegados a este punto podríamos dar rienda suelta a la imaginación sobre lo que pudo ser, y fue de hecho, la vida de María en la primera comunidad de Jerusalén. Digamos que fue una experiencia viva y personal para la misión que desempeñaría en el Cielo como Madre de la Iglesia hasta la vuelta del Señor.

Más que teóricamente, en su corazón sentía un amor inmenso a aquella comunidad de creyentes de la cual era Madre conforme al testamento de Jesús... A los apóstoles sobre todo los amaba con un cariño indecible (el gran investigador Padre Bagatti lo descubrió en un apócrifo como dato cierto).

Ella presenció y vivió aquel amor y generosidad entre todos los creyentes que nos narran los Hechos...

Hubo de tolerar y comprender y sufrir los defectos de algunos miembros, como la vanidad de Ananías y Safira o las rencillas y quejas e injusticias de los sirvientes a las mesas...

Vivió con dolor las primeras persecuciones con la muerte de Esteban, y experimentó con emoción las más sonadas conversiones como la de Saulo...

Se alegraba como nadie de los progresos del Evangelio en Samaría, Antioquía, Roma... Ese difundirse el nombre de Jesús por el mundo era para ella noticia de gozo inmenso.

Además, fue una evangelizadora de primer orden al comunicar en la intimidad lo de la infancia de Jesús, pues era ella el único testigo de lo que sabemos... Y María, más que nadie en la Iglesia, debía repetir el “Maranatá” de todos, el “¡Ven, Señor Jesús!” (Ap 22,20), porque nadie como ella suspiraba por ver a Jesús sin separarse ya nunca de Él.

Es de suponer que en aquella Iglesia Primitiva, la de los Apóstoles, se le llamaba con cariño grande “La Madre del Señor Jesús”. ¿Nos equivocamos?...

1. NOCIONES INTRODUCTORIAS

No me atrevo a llamar lección a estas observaciones, que las vemos aparte desde un principio para no introducir después notas que resultarían molestas. Responden a cuestiones que los alumnos proponen con toda razón en las clases. Asuntos quizá sin mucha importancia, pero que va bien el conocerlos.

Empezamos planteándonos una cuestión: ¿cómo sabremos que estamos en lo cierto de lo que digamos de María? ¿Quién nos va a guiar de manera segura? Y la contestación es indiscutible: la **REVELACION** de Dios. Lo que aseguramos es porque Dios nos lo ha dicho. ¿Y cómo sabemos lo que Dios ha revelado? Tenemos como **fuentes** la **Sagrada Escritura** y la **Tradicición**; y como **medio** o intérprete seguro el **Magisterio** de la Iglesia.

Dios habló, y con Jesucristo nos dirigió su palabra última. Esa palabra quedó *escrita* en la BIBLIA y de *viva voz* en la TRADICION, en lo que cree y enseña la Iglesia de siglo en siglo. Esa Tradición está en el “sentido de la fe” del Pueblo de Dios, guiado siempre por el Espíritu Santo, como prometió Jesús: “El Espíritu Santo será quien se lo enseñe todo y les vaya recordando todo lo que les he dicho” (Jn 14,26). Porque “me quedan muchas cosas por decirles, pero no pueden cargar con ellas por ahora; cuando venga él, el Espíritu de la verdad, los guiará hasta la verdad plena” (Jn 16,12-13). Con una comparación, podemos decir que la Revelación de Dios está en una sola fuente, pero con dos caños de salida para el agua: la Palabra *escrita* en la Biblia y la Palabra *viva* en la Tradición de la Iglesia.

¿Y cómo tenemos la **seguridad** de lo que Dios ha revelado? Por el **MAGISTERIO** de la Iglesia. Porque podemos tomar la Biblia o la Tradición e interpretarlas como nos venga bien a cada uno, error que ya señala como un hecho y condena la misma Biblia en los días de los mismos apóstoles: “Ninguna profecía de la Escritura puede interpretarse por cuenta propia, pues nunca fue proferida profecía alguna por voluntad humana, sino que, movidos por el Espíritu Santo, hablaron los hombres de parte de Dios” (2Pe 1,20-21).

Desde el principio de la Iglesia se ha tenido como *únicamente* segura la interpretación que le ha dado el Magisterio —los Obispos unidos en Pedro, el Papa—, sucesores de aquellos que en la primera reunión oficial de Jerusalén escribieron con todo aplomo: “Hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros” (Hch 15,28). Eran fieles a lo de Jesús: “Enséñenles lo que YO les he mandado” (Mt 28,20).

Entonces no hay, no puede haber discusión alguna sobre lo que Dios ha revelado. Por lo mismo, sobra el decir que nosotros en este trabajo seguiremos con fidelidad total lo que de María nos enseña la Iglesia por sus Pastores.

Pero tendremos también en cuenta que en mariología, como en otro cualquier tema de la teología, decimos y aseguramos muchas cosas que son lógicas, que deben ser así, que conviene que sean así, que son casi ciertas, porque así lo exige lo que Dios ha revelado. Sabemos distinguir muy bien lo cierto certísimo de lo conveniente o probable. Lo dice de sí mismo el Concilio, “que no tiene la intención de proponer una doctrina completa sobre María ni resolver las cuestiones que aún no ha dilucidado plenamente la investigación de los teólogos” (LG 54).

Debemos tener una idea clara sobre las revelaciones privadas, como Guadalupe, Lourdes, Fátima (yo creo en las tres a pie juntillas), y anécdotas y milagros que saldrán a veces en las lecciones como ilustración o ejemplo o comparación. *No son ningún argumento teológico*, y se puede creer en ellas o dejar de creer, aunque a veces podría ser un acto de temeridad serio el negarlas.

Cuando la Autoridad de la Iglesia aprueba esos hechos lo hace después de un examen muy maduro, y su resolución se limita a no negar el hecho, pues los testigos son fidedignos; dice que lo que enseña o pide está conforme con la Palabra de Dios, con el Evangelio, con la doctrina de la Iglesia; que el culto nacido por ese hecho produce frutos de conversión y santificación y, por lo mismo, ese culto queda autorizado. Lo hacen los Pastores con razones sacadas de la Revelación y testimonios serios de la Tradición en los Santos Padres y enseñanza de la Iglesia. Prácticamente, la Autoridad no dice más. Permite, no manda. No enseña. Aunque exhorta a aprovechar el don que el Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia con un carisma suyo a todas luces evidente.

¿Nos hemos dado cuenta de cómo los Papas últimos, han visitado Loreto, Fátima, Lourdes, Paray le Monial, Guadalupe etc. etc.?... Lo hacen porque están convencidos de que ahí está muy bien metido el Espíritu Santo. Igual pasa con ciertos milagros o anécdotas de Santos, y sobre ellos hay que decir lo mismo. Podemos creer o no creer, pero son carismas del Espíritu que nos hacen pensar.

Como una comparación me permito traer un hecho simpático. Queremos probar la Virginitad perpetua de María (y lo hacemos en una lección expresa). Bien; pero, ¿podemos añadir el milagro de un santo? Lo cuento aquí, y dirán qué les parece.

Fray Gil fue uno de aquellos discípulos del Padre San Francisco cuyas “florecillas” han llenado de perfume la Iglesia. Y una vez el bueno de Fray Gil, inocente, sencillo, ignorante en letras pero lleno de Dios, encuentra a un Padre con dudas terribles sobre la virginidad perpetua de María. Fray Gil no ha estudiado teología, pero agarra su bastón y da un golpe en tierra mientras dice fuerte: “María fue virgen antes del parto”. Y brota de repente del suelo un lirio blanquísimo. Nuevo golpe con otro grito: “María fue virgen en el parto”, y surge otro lirio tan airoso como el anterior. Un tercer golpe, mientras clama fuerte: “María fue virgen después del parto”, y los ojos del Padre contemplaban asombrados el tercer lirio bellísimo.

Suponemos que el hecho es histórico. ¿Vale este ejemplo milagroso como argumento en una lección sobre la Virginidad perpetua de María? No. Y sin embargo, ¿ayuda a nuestra fe en ese privilegio mariano? Sin duda que sí. Esos milagros o apariciones son carismas del Espíritu Santo que recuerdan y actualizan la verdad de la Revelación mantenida por el Espíritu Santo, el cual, como es manifiesto, no podría tolerar hechos a Él atribuidos si no respondiesen a la verdad revelada.

Hay que ir a la doctrina cierta, y es lo que haremos nosotros en nuestras clases. Un mariólogo de mucha fama nos dio una conferencia ocasional sobre la Virgen cuando éramos estudiantes de Teología, y alguien le preguntó:

-¿Qué pensar de eso que se dice tanto: que la Virgen María tiene más gracia de Dios que todos los ángeles y bienaventurados juntos?...

Cierto, esto se afirmaba muchas veces. Como la Gracia la contábamos por números, aquella pregunta quería decir: que la Virgen sumará eternamente, hablando a nuestro modo, más gracia santificante que los incontables miles y miles de millones que poblarán el Cielo. El profesor, tan competente, nos dio una respuesta muy satisfactoria que no he olvidado nunca. Nos vino a decir:

-La cuestión está mal planteada. Para nosotros, la gracia es eso: la vida divina que llevamos y llevaremos eternamente depositada en nosotros. Hablando en números, cuenten los millones de millones de grados que sumarán. Y no decimos esto de María. La realidad es otra. María, por el hecho de ser la **Madre de Dios**, tiene una gracia del todo singular. Con ella supera toda gracia que puedan tener todos los hombres y ángeles juntos. Es gracia diferente. Es totalmente personal e incommunicable. Y por esto solo es María más “agraciada”, de más complacencia de Dios, que el resto de todas las demás criaturas sumadas en cantidad indecible (1).

Así nos hablaba el gran mariólogo. Y podía haber añadido, y añadimos nosotros: -Esto, sin contar tantos dones personales y también incommunicables de

María, precisamente por ser la Madre de Dios: que si Inmaculada, que si Asociada al Redentor, que si Dispensadora de la Gracia, que si Reina del Universo y tantos más...

Vendría después el Concilio, y daría la razón al ilustre conferenciante: “Con el don de una gracia tan extraordinaria, *el ser la Madre de Dios*, aventaja con creces a todas las otras criaturas, celestiales y terrenas” (LG 53).

Además, aquella suposición de la “cantidad” de gracia de María no tiene razón de ser. Porque la Teología versa sobre lo que Dios ha hecho y ha revelado, no de lo que supuestamente podría ser o haber hecho Dios. Por ejemplo, no discutimos lo que hubiera sido de *todos* los hombres si Adán no hubiese pecado, pues cada uno habría conservado su propia libertad. La revelación ha sido de lo que ocurrió, de lo que hizo Dios, y esto es lo único que interesa a la teología.

La mariología no debe ser únicamente especulativa. Es decir, no debe quedarse sólo en teorías sobre las verdades que Dios ha revelado acerca de María y nos enseña la Iglesia. Esos conocimientos sobre la Virgen serían muy pobres si se quedaran sólo en pensamiento, por muy elevado y bello que éste fuera. El estudio ha de desembocar en la piedad, en la devoción sincera a nuestra Madre. Ha de conducir a una vida cristiana verdaderamente auténtica. ¿Lo conseguirá nuestro Curso? Lo intentaremos, desde luego. A lo largo de todo el estudio, habrá que mirar para ello a la que el papa Pablo VI llamó la ‘*Virgen oyente*’, la ‘*Virgen orante*’ y la ‘*Virgen oferente*’. Con ella se aprende a escuchar la palabra de Dios; se ejercita el alma en la plegaria y la unión con Dios; y se decide a entregarse a Dios en el cumplimiento de su voluntad. En semejante programa está la verdadera mariología hecha vida. Queremos conocer a la Virgen para amarla más, y para que ese amor nos lleve a amar más a Jesucristo el Señor y por él al Padre en el Espíritu Santo (2).

¿Cómo debemos mirar a María desde un principio? Conviene estar con la mentalidad de nuestro tiempo. Ponemos un ejemplo: ¿Cómo mirar en la Iglesia a la mujer relacionada con María? Miremos. Dios ha suscitado en la Iglesia a su Madre como reflejo de su bondad, creando así el rostro femenino de Dios. El Papa Juan Pablo I dijo en una de sus admirables catequesis: “Dios es más madre que padre”. Y sabemos el revuelo que metió. Pero, ¿tenía razón? Hoy, ante la crisis feminista que se ha suscitado en la misma Iglesia, todos los teólogos están de acuerdo en la mucha verdad que contiene una afirmación seme-

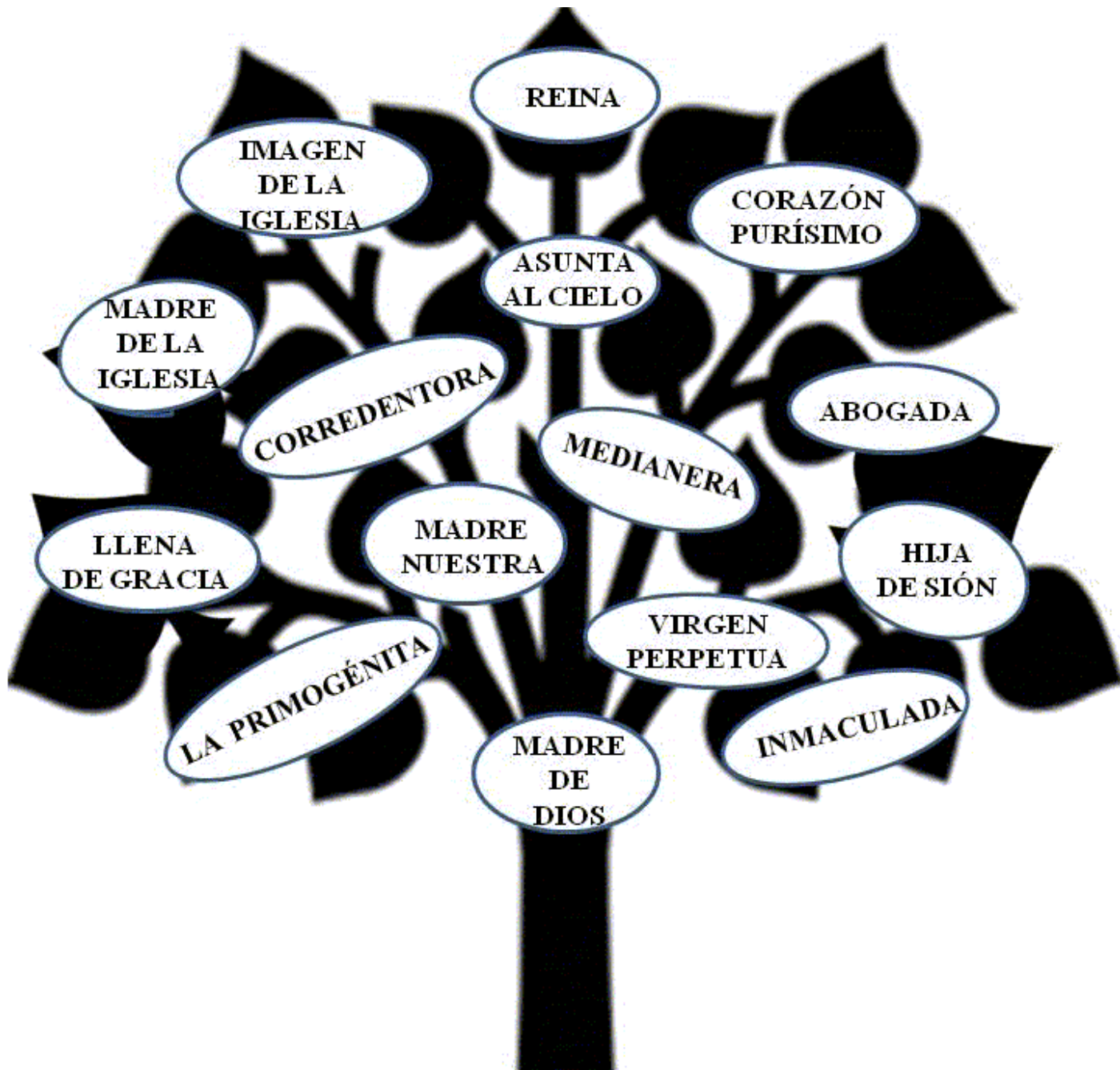
jante. Por lo mismo, hay que mirar a María también en este aspecto, que tanto interesa todos (3).

NOTAS

(1) “La santidad de María es singular, cualitativamente distinta de la gracia de los demás cristianos, de otro orden más perfecto, más transformante. Sin duda es una gracia gratuita, comunicada formalmente por la Trinidad, de alguna manera creada y finita, pero diferente y superior a la gracia de todos los cristianos” (67).

(2) “La devoción mariana que no conduce a la obediencia a Jesucristo no es genuina ni responde a la verdad del Evangelio. Nunca podemos salirnos del ‘haced lo que él os diga’, que expresa la naturaleza y el sentido de la maternidad espiritual de María. Todas las expresiones de la devoción a la Virgen han de tener explícitamente esta orientación cristológica. María es siempre la madre y la socia de Cristo. Al acercarnos a ella nos cercamos más íntimamente a Jesucristo” (205).

(3) “Quienes viven con suficiente atención su relación filial con María, aprenden a seguir y servir a Jesús y vivir y trabajar en su Iglesia con unas características especiales que constituyen lo que podríamos llamar el “talante mariano”. Dicho talante se compone de humildad, sencillez, naturalidad, autenticidad, fidelidad, servicialidad, discreción, predilección por lo más difícil, por lo más exigente, por lo que requiere más amor, paciencia, compasión y misericordia, todo con mucha naturalidad, sin querer llamar la atención, con perseverancia, siguiendo al Señor con un amor total que nos mueve a estar disponibles en primera fila, cuando el Señor o su Iglesia nos necesitan. La condición femenina de María hace que su presencia nos manifieste de modo especial la bondad de Dios, su ternura y su misericordia, lo que podríamos llamar el lado femenino de Dios, sus entrañas de madre” (205).



En este principio

MARÍA, MADRE DE DIOS

hunde sus raíces el árbol gigantesco de todas las grandezas de María.



██████████

En el trabajo anterior había formulado el **Principio** en donde radicaba toda la grandeza de María como **La Madre del Cristo total**, es decir, la Madre de Cristo DIOS y Madre NUESTRA.

No estaba mal. Con ello, aparte de su divina Maternidad, quedaban expresados los “privilegios” de María en honor de la misma Virgen y en favor de todos los redimidos.

Si era Madre del Cristo total, era Madre de Dios y lo era también de todos los miembros de Cristo. Y en orden a estos dos aspectos de su maternidad —de Dios y de los hombres—, Dios le había concedido unos títulos y grandezas propios y exclusivos de María.

Sin embargo, ha parecido mejor formular el **Principio** radical con sólo decir:

MARIA, LA MADRE DE DIOS

Ahí están incluidos **todos los DONES** de que María está adornada. Por ser Madre de Dios en la Persona del Verbo o Hijo de Dios hecho hombre, es también la Madre nuestra, la Madre del Cristo Total, el Cristo Cabeza y Cristo miembros, porque no se pueden separar de la Cabeza los miembros del resto del cuerpo. Y entonces, Dios santificó a María plenamente desde su Inmaculada Concepción hasta la Asunción, unida indisolublemente a la misión de Jesús como Corredentora y Mediadora, y constituida Reina del Universo asociada al reinado eterno de Jesucristo.

De este modo, más conforme con el plan de Dios sobre María, llamamos “dones” a todas sus grandezas, como inherentes a su misión, y no simples “privilegios”, que podrían ser solamente una benigna concesión de Dios.

Al contemplar todos los títulos de las ramas del árbol, vemos que arrancan de un solo tronco que hunde sus raíces en este hecho:

**El ser de María, su ser constitutivo, su esencia misma, su vocación única,
es ser una mujer totalmente MADRE DE DIOS,
del Dios hecho hombre en Cristo Jesús,
que está completo en el que llamamos EL CRISTO TOTAL,
o sea, en el Cristo Cabeza y el Cristo en todos sus miembros.**

██████████

2. LECCIÓN FUNDAMENTAL - I

La raíz del árbol

Para que no resulte demasiado larga, y hasta para entendernos mejor, esta lección fundamental va a tener dos partes, simbolizadas en la imagen de un árbol: la raíz y las ramas. Ciertamente debería ser lección única, como es único el árbol, pero quizá nos vaya mejor así.

Comenzamos esta lección primera dando una mirada a la ilustración de la página adjunta, ese árbol que nos va a decir mucho. “Oficios y privilegios”, dice el Concilio sobre María. Son muchos, es cierto. Pero todos ellos arrancan de UNO SOLO; brotan de él, que es la raíz, como el tronco, las ramas y todas las hojas de un árbol. ¿Cuál es esa raíz, ese principio? Digámoslo sin más: porque María es la **Madre de Dios**.

Hay teólogos que, diciendo exactamente lo mismo, lo formulan así: porque es la **Madre del Cristo total**.

Y hay también otros teólogos que, mirando a Dios en la creación, al ver fracasado el ideal y el plan divino con Eva, que indujo a Adán al pecado y, de madre de todos los vivientes, se convirtió en su asesina, dicen que María es la **Segunda Eva**, porque Dios rehace por María, como colaboradora del Segundo Adán, Jesucristo, el destrozado que la primera Eva causó en la humanidad.

¿Quién tiene la razón y con quién nos quedamos nosotros? Vamos por partes, pero, aunque parezca algo extraño, empezamos por el punto final.

1. La Segunda Eva. Nos remontamos al paraíso, cuyo mensaje nos sabemos de memoria. Fracasado el plan primero de Dios, como leemos al principio de la Biblia, vino la perdición del mundo por culpa de Adán, instigado por Eva “a quien la serpiente sedujo con su astucia”; “engañada, incurrió Eva en transgresión” y pecó la primera (2Cor 11,3; 2Tm 2,13-14). En estos textos de San Pablo han visto los Santos Padres y teólogos la unión de María con Cristo, el Segundo Adán, como la “revancha” de Dios, y, al enfrentar la acción de una y otra mujer, no dudan en llamar a María la “Segunda Eva”, como Pablo VI en el Credo del Pueblo de Dios: “nueva Eva, Madre de la Iglesia”. Y oponen la acción de las dos mujeres: la una, trágicamente “asesina” antes que madre de todos los vivientes; y la otra, con su asentimiento consciente y libre al ángel, gloriosamente “portadora” de la salvación al traernos el Redentor del mundo.

El Concilio nos lo dice en un párrafo esclarecedor:

“El Padre de la misericordia quiso que precediera a la encarnación la aceptación de la Madre predestinada, para que de esta manera, así como la mujer

contribuyó a la muerte, también la mujer contribuyese a la vida”. Y así, “con razón piensan los Santos Padres que María no fue un instrumento meramente pasivo en las manos de Dios, sino que cooperó a la salvación de los hombres con fe y obediencia libres. Como dice San Ireneo, *obedeciendo se convirtió en causa de salvación para sí misma y para todo el género humano*. Por eso no pocos Padres antiguos afirman gustosamente con él en su predicación que *el nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de María; que lo atado por la virgen Eva con su incredulidad fue desatado por la virgen María por su fe; y comparándola con Eva, llaman a María Madre de los vivos*, afirmando aún con mayor frecuencia que *la muerte vino por Eva, la vida por María*” (LG 56).

El Concilio iniciaba este párrafo diciendo: “El Padre de la misericordia quiso que precediera a la encarnación la aceptación de la Madre predestinada, para que de esta manera, así como la mujer contribuyó a la muerte, también la mujer contribuyese a la vida” (LG 56).

Como “Segunda Eva”, en María se realiza el hecho de la “recirculación”, porque Dios sigue para nuestra salvación el mismo proceso que tuvo nuestra ruina: Satanás nos pierde sirviéndose del primer Adán, el cual tiene asociada a Eva, una mujer, que es la primera en pecar consciente y libremente (1Tim 2,14); Dios nos salva por Jesucristo, el Segundo Adán (Rom 5,17-19), con una mujer que consciente y libremente acepta la maternidad de Jesucristo con su “hágase en mí tu voluntad” (Lc 1,38) y con la asociación a su Redención dolorosa: “su madre estaba firme junto a la cruz” (Jn 19,25). Por consiguiente, todo lo que a Jesucristo le compete como a Redentor, se le aplica también a María en un plano inferior, secundariamente, y dependiendo siempre de Jesucristo, del cual le deriva a María todo oficio que desempeña con los redimidos.

2. El Cristo total. En el plan salvador de Dios, al hablar de Eva ha salido ya Jesucristo, el Segundo Adán, como el restaurador del plan primero de Dios. ¿Y quién es Jesucristo? El descendiente de la mujer anunciado y prometido en el paraíso: “Pongo enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya, y esta te aplastará la cabeza” (Gn 3,15). Jesucristo es el hijo de la Mujer preanunciado por Dios. Apenas la Mujer, recibido el anuncio del ángel, dijo creyente: “Que se cumpla en mí esa tu palabra” (Lc 1,38), en ese mismo instante “el Verbo de Dios, su Palabra, su Hijo, se hizo hombre y echó su tienda de campaña entre nosotros” (Jn 1,14). Ya tenemos con nosotros a Jesucristo, el cual, desde el primer momento de su existencia humana es Cabeza de todos

los redimidos, los cuales estamos con él unidos como los miembros de su cuerpo místico. Es el **Cristo total**, el Cristo único, él Cabeza y todos nosotros sus miembros.

Por eso, María es desde el primer instante de la concepción de Jesús la Madre espiritual nuestra: mientras lleva dentro de sí a Jesús *físicamente*, concebido independiente de las leyes biológicas por obra del Espíritu Santo, nos lleva *espiritualmente* a todos nosotros. Desde entonces éramos hijos suyos, aunque vendrá Jesús moribundo en la cruz y confirmará esa maternidad de María con palabras testamentarias: “Ahí tienes a tu hijo..., ahí tienes a tu madre” (Jn 19,26-27). Si María es la Madre del Jesús nacido de sus entrañas, y los discípulos somos los miembros de Jesús, María es la Madre del **Cristo total**.

3. Aunque es adelantar lecciones, completamos el tema. Decimos con aplomo que María es la **Madre de Dios** y que es la **Madre nuestra** por ser la Madre del Cristo total. Pero viene la pregunta ineludible: Jesucristo, el hijo de María, ¿es Dios? ¿Lo creemos sin dudar un solo instante? Si María es verdadera madre de Jesús, y Jesús es Dios, entonces María es la Madre de Dios. Y por ser la Madre de Dios en Jesús, el Dios hecho hombre, es también Madre nuestra. Lo veremos esto en sus lecciones respectivas (10 y 11), que serán muy importantes.

Ahora entendemos bien el significado de la leyenda de María como Madre de “El Cristo total”. Jesús, el hombre Jesús, es un descendiente de Eva, la madre del paraíso; pero es el descendiente prometido a la Segunda Eva, María, la Madre del Cristo total, que, además de hombre verdadero, es “DIOS bendito por los siglos” (Rom 9,5). Por lo mismo, María es la Madre de Dios al ser la madre de un hombre.

Y ahora viene lo que Dios ha querido hacer con su *Madre y Madre nuestra*: la ha llenado de unos dones inconcebibles, inmensos, totalmente singulares, los que le convenían a la **Madre de Dios**. Aquí está la *raíz* de todo lo que vemos y hasta lo que puede faltar en ese árbol simbólico de estas dos lecciones fundamentales.

Para la vida

Qué nos dice María. Hoy, muy poco y todo. Un *observar* la raíz del árbol, y un *conocerlo* cada vez más. El Concilio es el que mejor ha hablado sobre esa raíz y ese árbol: “La Virgen María está enriquecida con la suma prerrogativa y

dignidad de ser la **Madre de Dios** Hijo... Con el don de una gracia tan extraordinaria, aventaja con creces a todas las demás criaturas, celestiales y terrenas. Pero a la vez está unida, en la **estirpe de Adán**, con todos los hombres que necesitan la salvación; y no sólo eso, sino que es **verdadera madre de los miembros de Cristo** por haber cooperado con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella Cabeza... Después de Cristo, María ocupa en la santa Iglesia el lugar más alto y a la vez el más próximo a nosotros” (LG 53-54).

Observar la raíz y conocer el árbol. Es decir: de esta primera lección sacamos la ilusión y el interés de aprovechar estas lecciones para conocer y amar cada vez más a la Virgen Santísima.

3. LECCIÓN FUNDAMENTAL - II

Las ramas del árbol

Vamos a la segunda parte de la primera lección: la ramas del árbol, esos oficios y privilegios —los principales— que arrancan de la gran prerrogativa de María por ser la Madre de Dios.

Madre, totalmente MADRE de Dios y nuestra. Aquí tenemos la raíz de un árbol que en cada una de sus ramas nos muestra un oficio, una grandeza, un título glorioso de la Virgen María. Acertadísimo el llamarla “Madre del Cristo Total”. Porque si es Madre de Cristo Jesús, es Madre de Dios; y, si lo es de todos los miembros de Cristo, es Madre nuestra. Su maternidad divina y espiritual es absoluta, constitutiva de su ser. Bajo todos sus aspectos, María es MADRE, y de ahí arrancan todas las grandezas de que Dios la adornó.

Al citar ahora esos hechos, privilegios o títulos de la Virgen, seguimos sin rigor un orden lo más lógico posible, mirando las ramas del árbol tal como nos venga bien. Y solamente los citaremos con breves palabras, pues cada uno de ellos nos ocupará en adelante una lección propia.

María es la **PRIMERA PREDESTINADA**, junto con Jesucristo, en el primero y el mismo decreto salvífico de Dios. Por eso se le llama también “La Primogénita”, “La Primera Elegida”. No nos equivocamos al hablar así. Al determinar Dios la encarnación de su Hijo, necesariamente señalaba a dedo a la mujer de que había de nacer. Y esa mujer era María. Jesús *hombre* y María *madre* determinados a la vez.

Llegada la hora, María es concebida **INMACULADA**, para ser digna Madre de Dios y de la Humanidad redimida. En Ella no cabrá mancha alguna. Desde el primer instante de su ser en el seno materno, Dios la quiso sin tacha, incluso sin el pecado heredado de Adán por toda su descendencia, y al mismo tiempo la colmaba ya de santidad. María quedaba redimida antes que nadie en previsión de la sangre redentora del que iba a ser su Hijo.

María, al ser la conjunción en la que desemboca toda la esperanza de los pobres del Antiguo Testamento y el arranque de la Nueva Alianza por el Redentor que nos da, es por antonomasia la **HIJA DE SION**, la mujer emblemática y la más envidiada del pueblo escogido, “la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel”.

Llegado el momento culminante, al tomar carne en sus entrañas el Verbo —la Palabra, el Hijo de Dios—, María quedó convertida en verdadera **MADRE DE DIOS**. María, como Madre de Dios, es la *raíz* y el *tronco* del árbol, cuyas ramas y hojas son otros tantos dones, privilegios y oficios que admiramos en ella.

Llevando en sus entrañas *físicamente* a Cristo, Cabeza de todos los redimidos, encerraba *espiritualmente* en su seno a los que iban a ser los miembros de Cristo, los discípulos, todos los redimidos, y quedaba constituida en **MADRE NUESTRA**, lo que proclamará Jesús desde la cruz.

Madre, sí; y mujer-mujer. Pero fue una Madre **VIRGEN**, y virgen permaneció para siempre la que se entregó a Jesucristo con amor exclusivo e indiviso. Virgen y Madre: juntos los encantos de la muchacha y la dignidad femenina más grande. Así quiso Dios a la que iba a ser además Imagen de la Iglesia, la cual por la fe y el bautismo engendra virginalmente a los hijos de Dios.

Aceptada libremente la profecía de Simeón, vivió unida a Jesús en todas sus contradicciones, pero, sobre todo, se personó voluntariamente en el Calvario donde quedó por completo **Asociada a Cristo Redentor**, hasta ser llamada la “**CORREDENTORA**”, proclamada por Cristo como “La Mujer”, la Madre de todos los vivientes según la Gracia.

Encerrada con los Apóstoles en el cenáculo, esperando con fe y atrayendo con su plegaria al Espíritu prometido, asistía en Pentecostés al nacimiento de la Iglesia la que desde la Encarnación y el Calvario ya era la **MADRE DE LA IGLESIA**.

Murió María, para asimilarse plenamente a la muerte de Cristo el Redentor. Pero Dios resucitó a la que había vencido plenamente al pecado en su Concepción Inmaculada y también a la concupiscencia con su Virginidad total y perpetua. Por eso es **LA ASUNTA** en cuerpo y alma al Cielo, y, además, porque Dios ha querido adelantar en Ella lo que será toda la Iglesia en su glorificación final. Aparte de que no sería digno de Dios y de los redimidos tener una Madre corrompida en el sepulcro.

Asociada María en la tierra a Jesucristo el Redentor, en el Cielo hace lo mismo que Cristo, y, *siempre subordinada a Él*, es la **ABOGADA** que vive

rogando por nosotros con intercesión ininterrumpida. Con mirada de madre, sigue y cuida de cada uno de sus hijos e hijas hasta tenerlos seguros en el Cielo, como se lo expresamos con ese continuo “ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte”.

Dios ha puesto en la mano de María de modo especial la gracia de Cristo, el único Mediador, como la ha puesto en la de la Iglesia. Y siempre *con dependencia de Cristo*, María es la **DISPENSADORA** o Mediadora de las gracias de Dios.

Encumbrada sobre todos los Ángeles, Madre de todos los salvados, y Dispensadora de todos los tesoros de Dios, María es la **REINA** de cielo y tierra. Cristo ha asociado a María a su reinado universal como la había asociado antes a su obra redentora.

Dios ha realizado ya en María lo que será la Iglesia en su etapa final: inmaculada, virgen esposa de Cristo, resucitada en el Cielo; es decir, María es la **IMAGEN** de la Iglesia en la peregrinación de la fe, ejemplar a la que mira siempre la Iglesia en su obrar y en su destino, porque en María ha llegado ya la Iglesia a lo que será su perfección total. Al ser María imagen perfecta de Jesucristo, cuando nosotros nos miramos en María para ser como ella, por fuerza salimos iguales a Jesucristo. “Imagen de la Iglesia”, título fecundísimo para la vida cristiana.

Dios dotó a esta Madre suya y Madre de la Iglesia con un **CORAZON** purísimo, inmaculado, de modo que fuese todo amor ardentísimo a Dios y entrega plena a los hombres sus hijos, libre en absoluto de cualquier afecto que le impidiera darse totalmente como Madre a Dios y a nosotros. María tiene un corazón de madre como no lo ha tenido mujer alguna.

Todos estos dones y oficios hacen que María sea la **llena de gracia**; el miembro más eminente de la Iglesia después de Jesús; la soberana del Cielo y de la Tierra, y por eso es merecedora de un **CULTO** especialísimo: no el de adoración, debido exclusivamente a Dios, pero si superior al que se tributa a todos los Ángeles y Santos.

Con una simple mirada a estas grandezas y privilegios, nos damos cuenta sin más de que María es “feliz porque creyó”, ya que “el Poderoso hizo mara-

villas grandes” en ella, y que la misma Virgen tuvo razón cuando profetizó, con palabras que el Espíritu Santo ponía en sus labios, que “todas las generaciones me llamarán dichosa”.

Para la vida

Como en la anterior lección Fundamental-I, nada especial tampoco en esta. Sólo dos insinuaciones.

1. Miramos sobre todo lo que significa ese “llena de gracia” que le repetimos incansablemente al rezar el Avemaría. ¡Cuánta grandeza!...

2. Al estudiar después en sus respectivas lecciones esas grandezas de María, tendremos muy presente que Dios ha hecho a María la IMAGEN de la Iglesia. Es decir, que ya desde ahora nos abrazamos con las disposiciones que dicta el Concilio al estudiar a la Virgen: “a un amor filial a nuestra Madre y **a la imitación de sus virtudes**” (LG 67).

4. MARIA EN LA BIBLIA

Una lección importante, de manera especial en nuestros días, ya que muchos cristianos de fuera de la Iglesia nos llaman “mariólatras” porque hablamos de María —dicen ellos— sin contar debidamente con la Biblia. ¿Es esto verdad? ¿Aceptamos el desafío? ¿Tenemos o no tenemos razón nosotros?... Al final del Curso se introduce el apéndice “María de los Evangelios”, tema complementario de esta lección.

Al hablar de María no tenemos más guía que la Revelación de Dios tal como la guarda la Iglesia, y bebida ante todo en la Sagrada Escritura. ¿Cómo lee y entiende la Iglesia lo que la Biblia dice de la Virgen? Sabemos muy bien el principio que estableció Jesús: “El Espíritu les guiará hasta la verdad plena” (Jn 16,13). La Escritura la leemos bajo la luz de la Iglesia, que no se puede equivocar. Muchas palabras de la Biblia son simplemente semilla, y es la Iglesia quien nos hace ver el árbol plenamente desarrollado.

1. María en el Antiguo Testamento. No hay en el Antiguo Testamento ningún pasaje que hable directamente de María. Los únicos textos citados por el Concilio Vaticano II como mariológicos son las enemistades entre Satanás y la mujer, y la profecía del Emmanuel.

Génesis 3,5: “Pongo enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya, y ésta te aplastará la cabeza”.

Isaías 7,14: “He aquí que la virgen está encinta y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel”. Es decir, “Dios-con-nosotros”, comentará Mateo en 1,23.

Pero son unos textos releídos e interpretados por la Iglesia a la luz de la revelación plena. En otras palabras: la fe de la Iglesia, inspirada y dirigida por el Espíritu Santo, lee en estos textos lo que ella cree, y, aunque no hablen de María directamente, son mariológicos en su sentido total, porque ve realizado en María de modo completo lo que expresa la letra de estos pasajes.

2. María en San Pablo. Las cartas de Pablo son en su mayoría anteriores a los Evangelios escritos. Y Pablo no habla más que una vez vagamente de María al decir que Jesús es un “nacido de mujer” (Ga1 4,4). Más que mariológico, el texto es cristológico, pero importantísimo en la mariología. Indica que el Mesías es *verdadero hombre*; y como este Mesías es el Hijo de Dios encarnado, resulta que María es *verdadera Madre de Dios*. Y, sin decir que Pablo quiera enseñarnos la virginidad de María, habla de ella veladamente, porque es extraño en un judío como él, que no señale a varón alguno ni utilice el ver-

bo “engendrar”, sino “nacer”. De ser Jesús hijo de matrimonio, ciertamente que Pablo hubiera empleado otra expresión.

3. El Evangelio de Marcos. Dos son los pasajes en que Marcos habla de María. En 3,31-35 acaba el incidente, diciendo: “El que cumple la voluntad de Dios, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre”. En este pasaje, Marcos no quiere hablar de María expresamente, y hace resaltar que la nueva familia de Dios ya no se forma por generación natural, como la formaban los judíos por la descendencia biológica de Abraham, sino que es fruto de la fe en el Mesías. Pero incidentalmente viene a decir que María, porque creyó, era parte de la nueva familia de Dios, y más que nadie, porque fue la primera gran creyente al consentir la palabra de una maternidad virginal.

En 6,1-6 no se habla de la virginidad de María. Pero según todo el lenguaje de la Biblia, y aunque José ya había muerto, debería haber dicho “el hijo de José”, y dijo finalmente “hijo de María”, algo que entendían bien los primeros creyentes, conocedores del misterio.

4. El Evangelio de Mateo, en su redacción definitiva es, casi seguro, posterior a Lucas. Pero es también lo más probable que sea anterior a Lucas en una primera redacción, y por eso lo ponemos aquí antes. Deben leerse enteros los dos primeros capítulos. ¿Son leyenda estos hechos tan bellos: concepción virginal de Jesús, dudas de José y silencio de María, adoración de los Magos?... Es imposible negarles el fundamento histórico, aunque contengan detalles redaccionales del evangelista. Podríamos sintetizar así su contenido teológico:

- María es virgen. “María, de la cual nació Jesús” (Mt 1,16). Vemos cómo Mateo rompe el hilo de la genealogía de Cristo al no decir que José “engendró” a Jesús.

- Como después en Lucas, todo es acción del Espíritu: “su esposa se encontró encinta por obra del Espíritu Santo” (Mt 1,18); “lo engendrado en ella es obra del Espíritu Santo” (1,20). María, por lo tanto, comparte con Dios Padre su fecundidad eterna.

- María, la esposa-virgen-madre, es la mujer que nos trae al profetizado Emmanuel, al Dios-con-nosotros (Mt 1,23).

5. El Evangelio de Lucas es el que más habla de María. En los capítulos iniciales 1 y 2 ocupa María un lugar destacadísimo, y todo se pudo saber o por labios de María, que lo comunicaría a Juan y a los apóstoles más íntimos, o

por discípulos del Bautista, fuente no del todo improbable, por recuerdos familiares de la visita de María. En medio de su escrito, Lucas 8,19-21 nos describe la misma escena de Marcos y dice lo mismo: a la nueva familia y pueblo de Dios ya no se pertenece por generación natural, sino por la fe en el Cristo. Y el elogio de aquella mujer a la madre de Jesús, 11,27-28, Lucas lo eleva de categoría: No es dichosa María precisamente por haber concebido y dado a luz físicamente a Jesús, sino por haber creído (Lc 1,45) y haber guardado la Palabra (Lc 2, 19 y 51).

Volviendo ahora a los dos primeros capítulos, hay que leerlos enteros. Los hechos narrados tienen un contenido histórico innegable; pero, sobre todo, tienen mucha teología mariana. En ellos se ve que María es

- la pobre de Yahvé más que nadie: “ha mirado la pequeñez de su esclava”;
- la auténtica y más representativa Hija de Sión: “¡Alégrate!”, el saludo de los profetas a la hija de Sión;
- la creyente: “¡Dichosa tú, que has creído!”;
- la colmada de gracia: “La agraciada”, “la llena de gracia”;
- la portadora de la salvación, como Arca de la Nueva Alianza: “Te cubrirá la nube del Altísimo” (alude al arca antigua); “Concebirás al hijo del Altísimo” (lo encerró en su seno); “¿De dónde a mí, que venga a mí la madre de mi Señor?” (María lo llevaba y lo daba);
- la colaboradora consciente en la salvación: “Que se cumpla en mí tu palabra”;
- la asociada desde el principio al Redentor: “Una espada atravesará tu propia alma”.

Como vemos, el Evangelio de Lucas no es solamente encantador cuando habla de la Virgen, sino que es riquísimo en doctrina mariana (1).

6. El Evangelio de Juan habla de María en dos ocasiones únicamente, Caná y Calvario, pero son de una gran importancia para la mariología. En Juan tienen los hechos dos significados: el literal de lo que narra (un hecho histórico) y el simbólico, o sea, el contenido teológico o de mensaje que quiere transmitirnos.

CANÁ 2,1-12 contiene no solamente un milagro idílico, sino también una doctrina mariana profunda. María está presente intercediendo; interviene eficazmente, y Jesús realiza el milagro; pide a los criados hacer lo que les diga Jesús, y esta docilidad a María, hablándonos en los criados, nos trae de Jesús los bienes mesiánicos simbolizados en el vino generoso, signo del banquete del Reino en el desposorio de Cristo con su Iglesia. En Caná, destaca María

grandemente por su solicitud con los comensales, por su ascendiente o influencia con Cristo, y por su encargo de seguir a Jesús fielmente: hacer lo que Él nos diga.

EL CALVARIO 19,25-27 es capital. Al estar María presente en la **Hora** de que Jesús le habló en Caná, en el Calvario aparece como la *Asociada* a la obra redentora de Cristo; como *La Mujer*, Madre de los vivientes por la Gracia. En el Calvario queda declarada solemnemente y para siempre la Maternidad Espiritual de María sobre todos los hombres.

7. En los Hechos de los Apóstoles aparece María sólo una vez, 1,14, pero se presenta como Madre de la Iglesia, hacia la que con sus oraciones al frente del grupo apostólico atrae el don del Espíritu. Hoy se explota mucho este texto, porque se adivina la intención de Lucas. El papa Francisco lo interpreta así: “Ella reunía a los discípulos para invocar *al Espíritu*, y así hizo posible la explosión misionera que se produjo en Pentecostés. Ella es la madre de la Iglesia evangelizadora y sin ella no terminamos de comprender el espíritu de la nueva evangelización” (Evangelii gaudium).

8. El Apocalipsis 12,1-7 nos describe la visión de La Mujer vestida del sol, coronada de doce estrellas y con la luna bajo sus pies, Madre del Mesías que nace mientras el Dragón infernal está al acecho. Esa Mujer, ¿es María o es la Iglesia? ¿o es María tipificada en la Iglesia? ¿o, al revés, es la Iglesia simbolizada en María?...

Digamos que “La Mujer” es la Sión celestial, la Iglesia, que hereda toda la gloria de Israel, significada en el sol, la luna y las doce estrellas (Gen 37,9). El “alumbramiento” es el del nuevo Pueblo Mesianico, la Iglesia, realizado en la resurrección y ascensión de Cristo.

En el “signo” y en “La Mujer” sobresale espléndidamente MARIA, Madre del Mesías y Madre de la Iglesia. Esta Iglesia, perseguida por el “Dragón”, es defendida y guardada por Dios como el antiguo Israel en el desierto.

María, en este texto, vendría a ser la Madre del Cristo total: la que da a luz a Cristo individuo y la que da a luz a la Iglesia, Cuerpo de Cristo (2).

Conocer a María según la Biblia exige ciertamente bastante estudio, pero la norma es muy sencilla: leer todos los pasajes que consideramos marianos conforme a la tradición con que los ha leído siempre la Iglesia.

Muchas veces la Biblia no dice lo que nosotros decimos con ella, pero nosotros con la Biblia decimos siempre lo que el Espíritu Santo dejó en la tradición cristiana y que nosotros expresamos con palabras bíblicas.

Para la vida

Parece un poco fría esta lección, aunque tan importante. Y, sin embargo, cada cita de la Biblia sobre la Virgen, conforme a la fe de la Iglesia que interpreta la Escritura bajo la guía del Espíritu, tal como acabamos de decir, contiene para nosotros consecuencias importantes. María, IMAGEN de la Iglesia en la peregrinación de la fe, nos enseña mucho con la Biblia en la mano.

1. Marcos y Lucas nos dicen cómo los creyentes formamos la nueva familia de Dios, encabezados por María, la gran creyente.

2. Mateo nos indica que en María, mejor que en nadie, encontramos a Jesús, igual que los Magos, los cuales “hallaron al niño con su madre”.

3. Lucas nos hace ver que los hijos de la Iglesia, pobre y humilde, somos los “agraciados”: nadie nos gana en esa riqueza que cantamos con María en el Magníficat.

4. Juan nos insinúa cuál es el mayor gusto que damos a María: obedecer a Jesús. “Hagan lo que él les diga”. Si hacemos caso a María, que nos lleva a Jesús, nunca nos faltará el vino de los bienes mesiánicos. Nos lo dice la que es Madre de Jesús y la Madre que él nos dio en el Calvario.

5. Los Hechos de los Apóstoles nos enseñan cómo María con su oración nos atrae el Espíritu, el cual crece de continuo en nosotros. La invocamos. Oramos con ella, como lo hicieron los Apóstoles en el cenáculo.

6. El Apocalipsis nos habla de victoria. Tenemos esperanza firme. La persecución y dificultades de la vida no nos arredran. Cristo ha triunfado. Dios nos guarda. Y la Madre vela por nosotros.

NOTAS

(1) Saldrá muchas veces en el Curso la escena de la anunciación a María. Y parece que hacemos demasiado problema casi siempre con la pregunta de María al ángel, con lo que entendió María y con la actitud de José. Difícil, ciertamente, pero Lucas y Mateo proporcionan datos que sugieren a nuestro Cardenal una explicación clara y sencilla.

Primero. ‘¿Cómo será esto si no conozco varón?’.

“Si María no hubiera decidido permanecer siempre virgen, tal pregunta no tendría sentido. Ella sabía cómo vienen los hijos al mundo. Por tanto, su pregunta al ángel da por supuesto que no tiene intención de mantener relaciones maritales con José. Es posible, y entraría dentro de lo lógico, que previamente lo hubiera hablado con su esposo. ¿Cómo iba contraer matrimonio sin manifestarle esta voluntad suya?”.

Segundo, María, ante ‘*El santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios*’, y ‘*El Espíritu Santo vendrá sobre ti*’, entiende una misteriosa maternidad divina.

“La respuesta del ángel recuerda la nube que protegía a Israel en el desierto, la gloria de Dios que reposaba sobre el arca de la alianza. El Hijo de Dios será la presencia de Dios en el mundo de los hombres, el *Dios-con-nosotros*”.

Tercero, lo de José, ‘*que era justo*’.

“Ante esta situación, no resulta difícil imaginar la angustia de José. María era su esposa; si antes de empezar a convivir ya está esperando un hijo, ¿qué podía hacer? O denunciar a su esposa de infidelidad o abandonarla, cargando él con la responsabilidad de esta sorpresa” (100).

(2) Aunque parece que está bien claro lo expuesto, añadimos como un complemento esta interpretación clara, que conviene recordar, ya que citamos siempre este pasaje enardecedor sin entenderlo quizá debidamente.

“¿Quién es esta mujer que juega un papel tan importante en el triunfo del Mesías? La mayoría de los intérpretes ven en ella a la Iglesia; otros, en cambio, ven en esta figura a la Virgen María. El estudio del texto y del contexto teológico de Juan nos lleva a pensar que esta “Mujer” es a la vez María y la Iglesia, es la Iglesia como comunidad, rescatada por Cristo y asociada a él en su lucha contra Satanás, y es María como personificación de la Iglesia y de la humanidad redimida... Esta Mujer que es María, está vestida del Sol que es Cristo, porque todo su esplendor proviene de él; además, tiene la luna bajo sus pies, porque abarca la historia entera, y su gloria está por encima del paso del tiempo; y tiene como corona las doce estrellas que son las doce tribus de Israel, los doce apóstoles, la muchedumbre de todos los creyentes. En medio de su esplendor, vive dolores de parto, porque toda su gloria le viene de su maternidad; es madre de un hijo varón, Madre del Mesías Jesucristo y de todos sus discípulos” (130).

5. LA PRIMERA ELEGIDA

Si Dios es eterno, en él no hay ni un antes ni un después, sino que todo es un *ahora*, un presente que ni empezó, ni pasa ni acabará. Entonces, ¿a qué viene esto de que María fue la Primera Elegida si todos lo fuimos en el mismo instante? Todo se reduce a decir que María fue, junto con Jesucristo, la idea más **importante** de Dios desde toda la eternidad.

Todos sabemos cómo Dios creó todas las cosas por un desbordamiento de su amor: en un instante salieron de sus manos creadoras ángeles incontables y apareció el hombre en el mundo, para llegar todos al final, ángeles y hombres, a una felicidad eterna en la visión dichosa del mismo Dios. Pero fallaron muchos ángeles, convertidos en demonios, que por envidia echaron a perder también el plan de Dios sobre el hombre al inducirle al pecado en Adán, cabeza de la humanidad, que quedaba perdida para siempre en la misma condenación del demonio. Se derrumbaba toda la estructura ideada por Dios.

Pero Dios, sabio arquitecto, rehace los planos y tira adelante. No se deja vencer por el demonio.

-Hijo mío, ¿quieres?...

-Voy, Padre...

Las Tres Personas divinas trazan su “misterio”, que mantendrán “secreto”, y harán caer en la trampa a Satanás, instigador de la crucifixión de Cristo. El Hijo, hecho hombre y muerto en la cruz, pagará la deuda de los hombres sus hermanos, a los que, resucitado, llevará a una nueva creación, en una felicidad que “ni el ojo vio, ni el oído escuchó, ni cabeza humana pudo pensar lo que Dios tiene preparado para los que le aman” (1Co 2,7-9).

Esta lección necesita una previa lección cristológica, la de la nota primera al final (1).

1. Todo es Jesucristo. ¿Y la Virgen? Sin ser nombrada en absoluto, está desde el principio en la misma idea de Dios. Si el Hijo ha de ser hombre verdadero y de nuestra propia estirpe, ha de tener la misma naturaleza nuestra, “nacido de mujer”, dirá enfáticamente Pablo (Gal 4,4). Quiere decir esto: que decretada desde la eternidad la salvación por medio de Jesucristo, la mujer elegida para ser su madre fue tan eterna como la primera idea de la salvación. María, con y por su hijo Jesús, fueron la primera idea del Dios Salvador. Por eso se le aplica a la Virgen el nombre de “La Primogénita” (2).

2. En los designios de Dios no ha habido un plan tan importante como la encarnación de su Hijo. Ahora bien, si el Hijo de Dios había de hacerse hombre verdadero, y “nacido de mujer” para salvar a sus hermanos, es imposible separar de este “hacerse hombre” a la madre que lo había de concebir, gestar y dar a luz. Como este decreto de Dios fue eterno, antes de la creación del universo, la elección de María para la Maternidad divina fue anterior a la de los elegidos para la Gracia y la Gloria (Ef. 1,4), y así fue un mismo e idéntico decreto de Dios el de la encarnación del Hijo y la elección de su Madre.

3. Iniciamos nuestras lecciones mirando el árbol de esos “Oficios y privilegios” de María que nos pasman. Sin embargo, eso de “oficios y privilegios” —son dos palabras del Concilio— hay que entenderlo adecuadamente. ¿Qué y cómo pensó Dios de María desde un principio? ¿Por qué la quiso llenar de tantas grandezas? Hemos de mirarlo todo *en y por* Jesucristo. Y en el Jesucristo llamado “El Cristo total”, con su Iglesia y a cada uno de los redimidos. Las grandezas de María, todos los dones de que está adornada, van a formar un conjunto indisoluble en todo el plan de Dios.

Digamos que no se trata con esos “oficios y privilegios” de algo *que está bien*, de algo que conviene, de algo que le cae mejor a mujer tan singular, pero que podría ser de otra manera. Y sí; es cierto que Dios puede hacer lo que quiera, que no está obligado a nada, y que, haga lo que haga, estará bien hecho y será siempre don, gracia, regalo. Y con María *pudo* hacer las cosas de otra manera. Y así, María *pudo* no ser inmaculada; *pudo* no ser virgen perpetua, *pudo* no ser asunta anticipadamente a la resurrección universal... Pero esto es una manera mezquina de pensar sobre Dios. Como si Dios se hubiera dicho:

-Bueno, ya que María va a ser mi madre, me quiero lucir con ella haciéndola bien guapa, para que admiren todos mi buen gusto y mi especial cariño con ella...

No, ese no es el pensar de Dios, el cual pensó de manera muy distinta:

-María, mujer única, va a ser mi madre, entroncada con cada una de las Personas de mi Trinidad; por lo mismo, *debe* ser en todo digna de mí; en ella no ha de haber la más pequeña mancha, y, redimida antes que nadie de modo singular, la haré *inmaculada*; no compartiré con nadie mi paternidad divina, y será *virgen perpetua* con amor indiviso a nuestro Hijo común, mío y de ella. Y como será además madre verdadera de todos los redimidos, será también digna de todos ellos, a los que comunicará la vida que mi Hijo el redentor les habrá merecido, y será su *abogada*, su *intercesora* que velará por su salvación; unida plena y voluntariamente al sacrificio redentor de mi Hijo, será también

exaltada con él a lo más alto de los cielos, y, por supuesto, sin conocer la corrupción del sepulcro, algo indigno de mi Madre, de la Reina de los ángeles y Madre e Imagen de la Iglesia... Esto será mi Madre, Mujer única, y con esto lo tengo dicho todo.

¿Somos irreverentes al hablar sobre Dios de esta manera? ¡Lo cortos que nos quedamos!... Todo eso que vemos en cada rama del árbol, todo eso entra-
ba desde un principio en la Predestinada con el mismo decreto eterno de Dios sobre Jesucristo.

4. La unión de María con Cristo lo explica todo. Si María está indisolu-
blemente unida al Verbo encarnado en su Persona y misión,

-ella está unida a Jesús desde toda la eternidad en el pensamiento y designio
de Dios creador y redentor;

-están unidos en las mismas profecías sobre el Mesías, como son Génesis
3,15, Isaías 7,14, y en los oráculos sobre la Hija de Sión;

-siguen unidos en la vida humana del Hijo de Dios, que como hombre de-
bería ser formado por su Madre;

-siguen unidos en la obra de la salvación de los hombres;

-siguen unidos también en su glorificación;

-así como están unidos en el culto de la Iglesia y en el amor de los fieles.

Dios se pensó a María como Madre suya, como asociada plenamente al Re-
dentor y Madre e Imagen de la Iglesia. De ahí su personalidad y el cúmulo de
sus dones.

¿Introducimos una nota sobre José? Aunque esposo verdadero de la
Virgen, ocurre con él algo muy distinto. Al no haber engendrado a Jesús, y
para no incurrir la Iglesia en desviaciones inevitables, Dios lo retiró provi-
dencialmente de escena cuando ya Jesús, adulto, no necesitó de él. Aunque
no lo digan los Evangelios, se deduce con claridad que José murió antes de
la vida pública de Jesús. María, en cambio, sobrevivió a José, y así estuvo
asociada como madre verdadera y plenamente a la Persona de Jesús, al sa-
crificio del Calvario, a la glorificación de su Hijo y al nacimiento de la Igle-
sia (3).

Para la vida

1. También nosotros fuimos elegidos en Cristo “antes de la creación del
mundo para ser santos, inmaculados, amantes” (Ef 1,4). María respondió ple-
namente a la elección y predestinación de Dios. En la fidelidad a esta elección

está el secreto de nuestra glorificación final. Nos salvamos si respondemos a la elección de Dios (4).

2. Dios tuvo **un ideal** sobre todos los elegidos. Depende **de cada uno** el que Dios lo consiga. Con María, Dios tuvo un éxito total por su “hágase en mí tu voluntad” nunca desmentido. Lo mismo que espera de todos los elegidos...

NOTAS

(1) Miramos un punto de **crisología** que conviene entender bien para conocer la persona y la vocación de la Virgen María. Se resumen aquí varias páginas de nuestro Cardenal Fernando (71-82).

JESUCRISTO es la primera idea del Dios creador. Es una equivocación decir que Dios determinó la encarnación de su Hijo *después* del pecado de Adán, para que fuera nuestro Salvador. Fue idea *anterior*. Lo de Adán pecador fue un segundo plano del arquitecto, porque se le había estropeado el anterior. Parece como que Dios hubiera dicho: -Hijo, tira adelante y hazte hombre, pero repara bien lo que se ha echado a perder...

“Antes de la creación, antes del pecado de Adán, antes de ninguna otra cosa, Dios, las tres Personas divinas, han querido la existencia de Jesús, la maravilla de un ser distinto de la Santa Trinidad, un ser creado que fuera imagen de la vida divina, imagen visible del Dios invisible, gloria y esplendor de su gracia. Dios quiere y decide la existencia de Cristo como cabeza de todo; el resto es consecuencia de este deseo y preparación o consecuencia de su cumplimiento: *Él es anterior a todo y todo se mantiene en él*” (Col 1,15-20).

Dios fue libérrimo al crear el mundo. No tenía ninguna necesidad de ello. Lo quiso como un desbordamiento de su amor: hacer felices a otras criaturas con su misma felicidad.

“Dios, que es comunidad de personas, no quiere vivir solo, sino en gozosa compañía, y lo primero que decide es esa maravilla de la encarnación del Hijo en un mundo de criaturas, de hijos, presidido por el Hijo Jesucristo. Un mundo de hijos llamados a la vida eterna... Cristo es la razón de ser de todo lo existente, con pecado o sin él”.

¿Qué hizo entonces el pecado de Adán? Echó a perder la vida de los hombres, y como Jesús se metió entre nosotros asumiendo todas nuestras condiciones de vida, se vio rechazado por los hombres, “que no lo recibieron” (Jn 1,11), y paró en la cruz, con la cual pagó voluntariamente por nuestro pecado, y, al resucitar, venció la muerte, nos justificó por el Espíritu Santo, y nos me-

reció la resurrección consigo mismo, que es nuestra Cabeza, para una vida eterna.

Por otro camino diferente del primero que Dios trazara, pero Dios ha conseguido su fin: hacernos hijos en su Hijo, que nos devolvió la vida perdida en el paraíso, y llevarnos definitivamente a una vida eterna en el cielo.

En este plan de Dios, se presenta María. De la **crístología** pasamos a la **maríología**.

“Con Cristo, directamente unida a él y requerida por él, aparece la Virgen María. El hombre Jesús tiene que tener una madre, no puede ser un venido de fuera, sino que ha de ser un individuo de la estirpe humana, nacido de mujer... Dios podía haber creado a Jesucristo de la nada, sin relación vital alguna con la estirpe de los hombres. Pero no quiso hacerlo así. En ese caso hubiera sido ‘uno *como* nosotros’, pero no hubiera sido ‘uno *de* nosotros’. Quiso Dios que su Hijo naciera de una mujer, pues esa era la forma real de comenzar a ser hombre”.

Para madre de ese Jesucristo, y con el mismo decreto de la encarnación del Hijo, es elegida María desde toda la eternidad.

(2) “María fue querida, junto con Cristo, antes de la creación del mundo. No podía existir Jesús, hombre concreto, sin que existiera María como madre suya. Cuando Dios piensa en Cristo, piensa ya, con él, en su madre María. Desde el principio, Cristo es querido por Dios como **hijo de mujer**, hijo de María. Su maternidad era la razón de su existencia” (82).

Por esto María, aunque venía al mundo como estirpe e hija de Adán, fue santa desde el primer momento de su ser, redimida de modo especial y anticipadamente —la “Panaghía” de las Iglesias Orientales—, *Inmaculada*, sin mancha, y la *Toda santa*.

(3) Es apasionante la figura de San José, “que tiene que aceptar el misterio de la presencia divina que llena el corazón de *su esposa*. Ahí radica el misterio y la grandeza de este hombre justo llamado por Dios a compartir la vida con María y con el mismo Jesús. Su relación con María es matrimonial y virginal, de entera confianza y de absoluto respeto y veneración. Su mujer es el sagrario del Verbo de Dios” (103).

(4) Al hablar de María como la Primera Elegida, no hay que olvidar que también nos eligió a nosotros en Cristo, y junto con María, para ser “santos” en su presencia (Ef 1,4). El Papa San Juan Pablo II nos proponía convertirnos

en los santos del Tercer Milenio. ¿Y cómo serlo? La santidad la ha hecho Dios fácil, y la ha infundido en nosotros con el bautismo. Somos nosotros los que la complicamos. Hay que hacer lo mismo que María.

“Día a día, María se va identificando espiritualmente con su hijo. En este sentido, todo el ser de la Iglesia, esposa de Cristo, se realiza inicialmente en María, y toda la santidad de los santos está previamente en María. Santidad excelsa y a la vez cercana, sencilla, cotidiana, accesible para todos. La santidad de María es la santidad del evangelio y de las bienaventuranzas; una santidad que nace, en definitiva, del amor” (99).

6. LA MISION DE MARIA

¿Sabía María quién era ella? Parece una pregunta muy simple, pero ha hecho discurrir mucho a los teólogos. Y nosotros tenemos curiosidad en saberlo. Aunque, dicho desde el principio, no lo sabremos nunca bien. Pero queremos conocer cómo está la cuestión.

Digamos, de buenas a primeras, que se trata de algo psicológico, aunque interesa también mucho a la teología. Ciertamente que es una curiosidad nuestra, pero que nos gustaría tenerla clara por lo mucho que amamos a la Virgen.

1. No nos extrañemos: vamos a comenzar por Jesucristo. ¿Sabía Jesús quién era él, y cómo lo sabía? Jesús era Dios, la segunda Persona de la Trinidad, el Hijo de Dios, su Palabra, que se hizo hombre: era perfecto Dios. Y, nacido de María, era hombre perfecto, totalmente igual que nosotros. *En una sola Persona divina*, Jesús era totalmente Dios y era totalmente hombre. Y esa única Persona divina en dos naturalezas, la de Dios y la de hombre, pero en un solo YO, tenía dos autonomías propias e independientes: dos inteligencias, dos voluntades. La Divinidad del Hijo de Dios, del Verbo, de la Palabra, era eterna, infinita en su saber, en su poder, en todo. Pero la Humanidad del Hijo de María, el hombre Jesús, era limitada como la nuestra, como la de cada uno de nosotros, y comía para poder vivir, se cansaba, dormía..., y no sabía todas las cosas, sino las que iba aprendiendo por lo que veía y sentía o discurría. Su alma, unida personalmente a Dios, no veía a la Divinidad, no la vio hasta después de muerto, en la resurrección.

En qué nos hemos metido, ¿verdad?... Pues, es muy importante para entender la vida de Jesús entre nosotros. Un ejemplo. Cuando escuchó al centurión pagano que le pedía la curación de su criado, Jesús “se admiró” profundamente. *No sabía* que un pagano pudiera tener semejante fe. Y como en este hecho, tantos otros del Evangelio hubieran sido para Jesús un *disimular* constante, un *no obrar* conforme a la verdad que supuestamente sabía.

Entonces, volvemos a la primera pregunta: ¿sabía Jesús que era el Cristo? ¡Claro que sí! Pero su conciencia mesiánica se fue desarrollando poco a poco, bajo la dirección del Espíritu Santo, hasta que llegó a un conocimiento pleno de su realidad. ¿Y sabía que era el Hijo de Dios, Dios como su Padre? ¡También, no faltaba más! Aquella palabra suya: “Yo soy”, le hacía identificarse con Dios Yahvé. Lo sentía y lo sabía. Lo difícil y hasta imposible de saber para nosotros es el *cómo* lo supo Jesús hasta la resurrección. Un gran teólogo lo expresó muy atinadamente con estas palabras: “Tenía conciencia *humana* de

su naturaleza *divina*”. Muy bien dicho, pero nosotros nos quedamos sin entenderlo. Jesús, como hombre, sólo sabía lo que podía aprender como hombre, aunque supo, por tantas gracias carismáticas del Espíritu Santo, todo lo que necesitaba para *su misión* de Cristo y Redentor.

2. Pasamos al conocimiento de María: ¿Qué supo de sí misma? ¿Cuál fue el conocimiento que tuvo de su Maternidad divina y de su misión? ¿Supo *todo* desde la Anunciación? O bien, ¿tuvo limitaciones en su saber? ¿Hubo de esperar a Pentecostés, o quizá hasta su muerte, para conocer el misterio pleno de su Hijo?... Cuestión muy debatida. Aunque los Evangelios nos dan ciertamente algunas pistas muy buenas, los teólogos discurren mucho y se dividen en diversas tendencias al querer explicar el conocimiento de María sobre su misión y el misterio de su fe.

2a. La primera es la de los *maximalistas*, que atribuyen a María, iluminada por Dios en la Anunciación, un conocimiento totalísimo, y así entendió desde un principio, por ciencia infusa o por revelación de Dios, todo el misterio de Jesús, de sí misma y de la Iglesia. Al aceptar el mensaje del ángel, supo todo eso de manera perfecta.

¿Es esto cierto? Hoy esta sentencia, antes bastante común, ya no tiene partidarios, pues resulta casi imposible compaginar este conocimiento con la fe que hubo de tener la Virgen en toda su vida.

2b. La segunda es la de los *minimalistas*, que niegan a María todo ese conocimiento sobre la Divinidad de su Hijo, en el que, a lo más, adivinaba su Mesianismo, o sea, que Jesús era el Mesías prometido por Dios. Y aún esto, no lo supo de manera cierta o total hasta Pentecostés o hasta su propia glorificación.

Esta sentencia viene del campo protestante o de teólogos católicos en países demasiado racionalistas. No se puede aceptar. Habría que negar acontecimientos concretos de la Biblia como la Anunciación, Caná y Hechos.

2c. La tercera, la *intermedia*, es ciertamente la más probable y hasta la única sensata. María conoció en la Anunciación que su hijo iba a ser el Mesías. El ángel le dijo: “Dios le dará el trono de su padre David, reinará en la casa de Jacob y su reinado no tendrá fin”. María, por lo mismo, no dudó de que su Hijo iba a ser el Mesías prometido a Israel.

¿Y que era el Hijo de Dios? El ángel le añadió: “Será llamado Hijo del Altísimo”; y después Isabel: “¿De dónde que venga a mí la Madre de mi Señor?”. Este “Señor” de Isabel se refería al Mesías-Señor. Pero quizá Isabel, iluminada por el Espíritu, intuyó una maternidad algo misteriosa en su pariente, cuya sola voz de saludo hizo saltar de gozo al niño que ella encerraba en sus entrañas. Para todo judío, sólo Yahvé-Dios era “Señor”, palabra que le hizo pensar a María cuando la escuchó.

Por lo mismo, María aceptó consciente, libre y amorosamente el ser la Madre del Mesías-Hijo de Dios.

Que Jesús sería el Mesías lo podía entender María fácilmente. Todos los judíos sabían de memoria de tanto oírlo en la sinagoga cada sábado que un día u otro iba a venir el Cristo prometido. Y ahora se lo decía el ángel a ella.

Pero que fuese Dios..., ya es otra cosa. María pudo tener sospechas de una maternidad divina misteriosa al pensar en tantos acontecimientos, empezando por la concepción virginal y esa palabra “Hijo del Altísimo”, y más todavía: “Por eso el Santo que va a nacer será llamado Hijo de Dios”. Todo esto le hizo a María discurrir, meditar, pero lo vivió siempre en las sombras de la fe. En Jesús veía un niño y un muchacho normal. De aquí que ella, como José, no entendieran la respuesta de Jesús en el templo: “¿No sabían que yo debo estar en la casa y en las cosas de mi Padre?”... Al pie de la cruz, oyó a Jesús encomendar su espíritu a su Padre, ¿y quién podía ser éste sino Dios? Con todo, en el Calvario la fe de María hubo de llegar al extremo, pero se mantuvo firme.

Pero en la Resurrección de Jesús y en Pentecostés, su conocimiento del misterio de Jesús llegó a su plenitud. Entonces, sí; entonces lo veía todo con claridad meridiana y mejor que los apóstoles. En labios de Pedro, que confiesa a Jesús “El Cristo”, Mateo y la Iglesia primitiva pusieron, especificando bien, el “Tú eres... el Hijo del Dios vivo” (Mt 16,16). Mejor que nadie, María supo que ella, la Madre del “Cristo”, era por eso Madre de Dios (1).

Así planteado el problema del conocimiento de María, aparte de parecer lo más cierto, se evitan los dos extremos anteriores: el de los *maximalistas*, que atribuían a María algo que hoy no se le da ni al mismo Jesús *simplemente hombre*; y menos aún, el de los *minimalistas*, eternos tacaños con la Virgen. Un extremo y otro resultan inaceptables.

3. Esta sentencia intermedia nos lleva a hacer algunas afirmaciones nada atrevidas y muy en consonancia con el misterio de la Virgen.

-María concibió al Hijo de Dios espiritualmente por la fe antes que fisiológicamente en su seno. Tiene aquí aplicación aquel dicho tan antiquísimo: “María concibió al Hijo de Dios en su alma y corazón antes que en su seno”. Al creer, aceptó la Palabra de Dios, el “Verbo”, y se convirtió en su Madre.

-Isabel la proclamó “dichosa” por haber creído (Lc 1,45). Y eso que podía objetar, y objetó: “¿Cómo puedo ser madre sin relaciones con varón, siendo virgen?” (Lc 1,34). No dudó del poder de Dios, ofreció “la obediencia de la fe” (Rom 1,5), y se convirtió, mejor que Abraham, en bendición para todas las gentes (Rom 4,3).

-Aun en medio de la nubosidad de la fe, tuvo un conocimiento suficientemente claro sobre Sí misma y su misión, como para poder decir: “Me llamarán dichosa todas las generaciones, porque el Poderoso, cuyo nombre es santo, ha hecho en mí cosas grandes” (Lc 1,48). Ese conocimiento creció siempre, por luz de Dios y por el propio esfuerzo, ya que pensaba de continuo sobre todo lo que veía (Lc 2,19 y 51).

-Caminó siempre en fe, sin retractar su “hágase en mí tu voluntad”, a pesar de las tinieblas —Calvario, sobre todo— por las que hubo de atravesar (2).

4. El hecho de Caná. Fue importante en el desarrollo del conocimiento de María sobre su misión el manifestar a Jesús, y, una vez manifestado, retirarse discretamente esperando “La Hora” del Calvario. Hasta la Anunciación, María es una muchacha despierta, que cada sábado en la sinagoga aprende más sobre la Palabra de Dios. Como toda israelita, esperaba al Mesías. Más de una vez le tuvo que venir a la mente la profecía de Isaías, con la cual Dios la preparaba sin que ella se diese cuenta: “La virgen concebirá y dará a luz un hijo, que será llamado Emmanuel, el Dios-con-nosotros”. Seguro que cuando la anunciación pensó en esta profecía. Todas las palabras del ángel las cree y las entiende con una fe oscura, que se le va desarrollando con la meditación de todo lo que ve en Jesús —lo dice Lucas 2, 19 y 51— y sigue oyendo en la sinagoga durante treinta años largos. En Caná, al ver a Jesús con algunos discípulos y conocedora por ellos de lo que había pasado en el Jordán, no duda y propone a Jesús la situación. No pide un milagro, pues es muy discreta, pero intuye... Y en el “hagan lo que él les diga” (Jn 2,5), manifiesta sin pretenderlo aquello que va a ser su misión universal hasta el fin del mundo: llevar las almas a Cristo.

5. Digamos también como un preaviso que se debe mirar a María como uno de los mejores remedios con que contamos para contrarrestar el creciente y temido secularismo que lo está invadiendo todo. El gran remedio es Jesu-

cristo, pero la figura de la Mujer que suplanta a Eva la rebelde dice mucho a tanta frivolidad e increencia como nos rodea (3).

6. ¿Y la libertad de María? Hemos dejado para el final una cuestión psicológica importante: la libertad de María. ¿Podía María, elegida y preparada por Dios desde toda la eternidad, negarse y decir NO al ángel cuando la anunciación? Debemos tener una idea clara. A eso van las dos notas tan importantes y extensas del final (4) y (5).

Para a la vida

1. Seguir a Maria en la peregrinación de la fe. A pesar de las pruebas durísimas, jamás dejó de fiarse en absoluto de Dios, sostén de su fe.

2. Como Ella, *crecer* en la fe. Maria se fue afianzando cada vez más con la meditación de todo lo que veía en Jesús (Lc 2,19 y 51) y con la oración incesante. El Evangelio nos muestra en estos pasajes a Maria como un alma de gran oración meditativa y amorosa.

3. Cada uno traemos al mundo nuestra propia misión, nuestro propio carisma del Espíritu Santo. No hay que retractar nunca el SÍ que un día dimos a Dios, como no lo retractó Maria, por más dificultades que sobrevengan. Mi estado, mi matrimonio o mi profesión, mi puesto en la Iglesia..., ¡hasta el fin!

NOTAS

(1) Al estudiar lo anterior, nos vienen espontáneamente preguntas como estas: ¿Sabía María de quién era madre? ¿hasta dónde llegaba el conocimiento de lo que llevaba dentro de su seno? ¿tenía conciencia segura de lo que era el niño, el adolescente, el joven que formaba en Nazaret?... Nosotros sabemos mucha más mariología que María (¡!), pero...

“no cabe duda de que María vivía la realidad de su maternidad, incluso no pudiendo expresarla como nosotros. Ella conocía a su manera, mucho mejor que nosotros, la realidad que estaba viviendo por la vía de la contemplación y del amor, Sin este conocimiento, María hubiera sido un muñeco en manos de Dios en vez de ser una persona humana, dignificada y enriquecida por la elección divina” (77). ¡Claro que la Virgen conocía de un modo u otro, aunque misterioso, que era la madre del Mesías y madre de Dios!

(2) La vida de María a partir de la Anunciación, “iba a ser simplemente el desarrollo y la vivencia de esta singular maternidad: toda de Dios y toda para Dios, como madre de Jesús. Tal va a ser su vocación e identidad para toda la eternidad. No podía dudar, no podía resistirse. ¡Había pedido tantas veces la venida del Salvador! Y ahora resulta que era ella la escogida para traerlo al mundo” (37).

(3) La piedad popular con María, al parecer tan inofensiva, juega un papel muy grande en la conservación de la fe cristiana.

“Si ahora los vientos de la secularización eliminan muchas de estas celebraciones y evocaciones en las sociedades modernas, por lo menos dentro de la Iglesia, los cristianos deberíamos mantener con aprecio estas tradiciones, las fiestas marianas populares bien celebradas, las pequeñas imágenes domésticas de la Virgen, las medallas, los nombres, es decir la impregnación mariana de la vida. Esa atmósfera mariana protege la fe y fomenta la piedad y la honestidad. Es responsabilidad de los pastores que estas prácticas no pierdan su significación religiosa, sino que se purifiquen y se vigoricen cada día más” (211).

(4) Un párrafo muy esclarecedor sobre la anuncio del ángel a María.

“Vale la pena detenernos un momento para ponderar la verdad y la gravedad de la libertad de María. Sabemos que María era toda santa, que estaba preparada y asistida por la gracia de Dios para aceptar su misión. Pero María era y es una persona libre. En la soledad interior de su libertad, tuvo que decidir la respuesta de fe a la vocación de Dios con plena libertad, con entera responsabilidad. María pudo decir que no. Es cierto que Dios ayuda, pero no desplaza ni sustituye nuestra libertad. Dios nos da la capacidad de decidir, pero nosotros tenemos que vivir, desde dentro de nosotros mismos, como un acto totalmente nuestro, ese esfuerzo y ese riesgo de nuestras propias decisiones. En su “hágase” María actuó libremente, aceptando la voluntad de Dios, renunciando a cualquier otro proyecto de vida, entregando su vida y acogiendo en su corazón lo que Dios le proponía sin saber lo que eso podía significar. **Tuvo en sus manos el destino del mundo.** Con aquel acto de fe, comenzó a ser madre de Jesús y madre de la nueva creación. Fue entonces cuando comenzó, en Cristo, la nueva humanidad” (39).

(5) Este párrafo tan luminoso de un gran teólogo de hoy tuvo un antecedente en otro párrafo célebre y poético de otro teólogo de hace diez siglos, **San Bernardo** (+1153). Es largo, pero no cansa leer una página que es inmortal.

Lo traemos aquí para deleite espiritual de todos. Se dirige a María ante la presencia del ángel, y le dice con ansiedad y patetismo:

“Has oído, Virgen, que concebirás y darás a luz un hijo; has oído que no será por obra de varón, sino por obra del Espíritu Santo. Mira que el ángel aguarda tu respuesta, porque ya es tiempo que se vuelva al Señor que lo envió. También nosotros, los condenados a muerte por la divina sentencia, esperamos, Señora, esta palabra de misericordia.

“Se pone entre tus manos el precio de nuestra salvación; en seguida seremos librados si consientes. Por la Palabra eterna de Dios fuimos creados, y a pesar de eso morimos; mas por tu breve respuesta seremos ahora restablecidos para ser llamados de nuevo a la vida.

“Esto te suplica, oh piadosa Virgen, el triste Adán, desterrado del paraíso con toda su miserable posteridad. Y no sin motivo aguarda con ansia tu respuesta, porque de tu palabra depende el consuelo de los miserables, la redención de los cautivos, la libertad de los condenados, la salvación, finalmente, de todos los hijos de Adán, de todo tu linaje.

“Da pronto tu respuesta. Responde presto al ángel, o, por mejor decir, al Señor por medio del ángel; responde una palabra y recibe al que es la Palabra; pronuncia tu palabra y concibe la divina; emite una palabra fugaz y acoge en tu seno a la Palabra eterna.

“¿Por qué tardas? ¿Qué recelas? Cree, di que sí y recibe. Que tu humildad se revista de audacia, y tu modestia de confianza. De ningún modo conviene que tu sencillez virginal se olvide aquí de la prudencia. En este asunto no temas, Virgen prudente, la presunción; porque aunque es buena la prudencia en el silencio, más necesaria es ahora la piedad en las palabras.

“Abre, Virgen dichosa, el corazón a la fe, los labios al consentimiento, las castas entrañas al Creador. Mira que el deseado de todas las gentes está llamando a tu puerta. Si te demoras en abrirla, pasará adelante, y después volverás con dolor a buscar al amado de tu alma. Levántate, corre, abre. Levántate por la fe, corre por la devoción, abre por el consentimiento”.

7. LA INMACULADA CONCEPCION

“La Inmaculada” ha venido a ser como el nombre propio de María, algo así como “La Virgen”. ¿Por qué será?... El pueblo cristiano, el sencillo, el de la calle, fue el gran protagonista de la Concepción sin mancha de la Madre de Dios. El pueblo entendió como nadie el “llena de gracia” de la Biblia. Y no se equivocó.

Una discusión multiseular. El privilegio de María más discutido durante siglos, hasta que el papa Beato Pío IX lo definió como dogma de fe. Todos los doctores estaban acordes en que María fue santísima; pero eso de Inmaculada, sin mancha de pecado original **en el primer instante de su ser dentro del seno materno**, eso ya era otra cosa... El mismo Doctor San Bernardo, que pasa por el mayor devoto de la Virgen, escribió a los canónigos de Lyon una carta grave aconsejándoles que no se metieran en ese asunto de la Inmaculada Concepción. Y durante siglos, las luchas entre teólogos y pueblo cristiano fueron emocionantes.

1. La dificultad estaba en que si María no pecó nunca personalmente y ni tan siquiera heredó el pecado de origen, el de Adán en el paraíso, transmitido a toda la humanidad, María se escapaba de la Redención de Cristo. María no necesitaba de redención. María no fue redimida. Y esto era imposible.

Así hablaban los teólogos y los mayores Doctores de la Iglesia, muchos de los cuales eran también grandes Santos y amantísimos de la Virgen.

Pero el pueblo pensaba de otra manera. La Biblia no decía nada de que María fuese inmaculada. Sin embargo, el pueblo leía en la Escritura dos textos especialmente que los interpretaba a su manera. La Biblia, ya en su primera página, llamaba a “La Mujer” la enemiga total de la serpiente: “Pondré enemistades entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya” (Gn 3,15). Si estas enemistades eran así de totales, María no pudo estar ni un instante sujeta a Satanás.

Además, en el Evangelio, María es saludada como la “llena de gracia” (Lc 1,28). Es inconcebible una plenitud de gracia con la sujeción al pecado, aunque no fuera más que por un momento, y pecado **mortal**, de muerte, como es el original.

Durante siglos y contra los teólogos y Doctores, así pensaba el pueblo. ¿Quién tendría la razón?... En este problema de la Inmaculada Concepción, el “sentido de la fe” del Pueblo de Dios llegó a su apogeo.

2. Hasta que vino el papa Pío IX, el cual llenó de gozo inmenso a la Iglesia cuando el 8 de Diciembre de 1854 definió como dogma de fe la Inmaculada Concepción de María.

¿Y cómo resolvió el Papa la cuestión tan espinosa de la redención de la Virgen? No fue ninguna precipitación. Los Doctores habían estudiado mucho y vino también, desde luego, la luz del Espíritu Santo. En la definición dogmática dijo el Papa que María fue redimida **en previsión de los méritos de Cristo** que había de venir. Y el Concilio nos ha repetido que María fue “redimida de modo eminente en previsión de los méritos de su Hijo” (LG 53), algo reafirmado por Pablo VI en el Credo del Pueblo de Dios: María, “por singular elección, en atención a los méritos de su Hijo redimida de modo más sublime, fue preservada inmune de toda mancha de culpa original”.

¿Es esto imposible? No, y lo explicamos con sencillez. Biblia en mano, vemos que esto de santificar a una persona antes de venir Jesucristo no era anormal en el plan de Dios. Porque tomamos la Escritura y vemos que todos los justos y santos anteriores a la venida del Mesías, que se salvaron y subieron con él al Cielo en su Resurrección, fueron redimidos en atención a los méritos de Jesucristo que había de venir y que murió por ellos. De otro modo, ninguno del Antiguo Testamento hubiera tenido la gracia ni se hubiera salvado. Ni Abraham y Sara y los patriarcas, ni Moisés, ni David, ni Rut, ni tan siquiera José y Juan el Bautista, porque todos ellos murieron antes del Calvario. ¿Por qué esa gracia merecida por Jesús en la cruz no la podía Dios adelantar a María al ser concebida en el seno materno?...

María fue también redimida como todos por Jesús, el único Redentor y Mediador, y de modo más admirable y superior que ninguno. Porque los demás, por los méritos de Jesucristo, salimos del pecado cuando hemos caído en él; y Dios, por los méritos de Jesucristo, no dejó a María ni caer tan siquiera en el pecado original.

Brevemente. No tenemos obligación de creer en revelaciones privadas, ¿verdad? Pero, a poco sentido común que tenga, no hay valiente que se atreva a negar Lourdes. Apenas tres años después de la definición dogmática, el 11 de Febrero de 1858 empezaban las apariciones de Lourdes a Bernardita Soubirous, que en la última de todas, al preguntarle angustiada quién era Ella, oyó la palabra de la Señora, que con las manos juntas y mirando al cielo, le decía: “¡Yo soy la Inmaculada Concepción!”. Desde entonces, Lourdes ha sido una fábrica de milagros y de conversiones sin cuento.

Y la hermosa anécdota del papa Beato Pío IX. Pasada ya la definición dogmática, se le preguntó en la intimidad qué había experimentado al pro-

nunciarla. Y contestó el Papa, de alma tan bella: “Es tal lo que experimenté y lo que aprendí al definir el dogma que no puede expresarlo una lengua humana. Mientras Dios proclamaba el dogma por boca de su Vicario, Dios mismo le dio a mi espíritu un conocimiento tan claro y tan profundo de la incomparable pureza de la Santísima Virgen, que, abismada en la profundidad de aquel conocimiento, mi alma quedó inundada de delicias inenarrables, que no son de este mundo y que no pueden probarse más que en el Cielo. No dudo en afirmar que el Vicario de Dios necesitó de una gracia especial para no morir de dulzura bajo la impresión de este conocimiento y de la belleza incomparable de María Inmaculada”.

3. Una consecuencia necesaria se sigue de lo anterior. Si María no tuvo ni el pecado de *origen*, fue impecable también durante toda su vida, en la que no hubo ni el más pequeño pecado *personal*, por privilegio de Dios y porque tuvo orden perfecto en sus pasiones. Si se vio libre del pecado de origen, se vio libre también del desorden causado por éste en nuestra naturaleza y por el que nosotros pecamos con pecados personales (St 1,13-14), esos de los que dice San Juan que “si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y la verdad no está en nosotros” (1Jn 1,8).

Me permito una pequeña digresión interesante. Aquí presentan muchos en la clase una objeción, y dicen: -Entonces, María no tuvo nuestras pasiones; no puede entendernos a nosotros en nuestra lucha contra el mal...

¿Qué respondemos? Pues, lo mismo que decimos de Jesús. Si Jesús era perfecto hombre, tenía y sentía y supo por experiencia lo que son todas nuestras pasiones. Y María, igual, si es que era una perfecta y completa mujer. La diferencia con nosotros está en que ellos, Jesús y María, sin el pecado original que desordenó la naturaleza humana, tenían todas sus pasiones sujetas por completo a la razón y no hacían de ellas sino el uso debido. Esto no es ninguna imaginación ni un simple discurrir nuestro. Miremos el Evangelio. ¿Tenía y sentía Jesús la ira, por ejemplo? Se lo podemos preguntar a los vendedores del templo, y, sin embargo, el látigo no se alargó ni un milímetro más allá de lo que Jesús quiso... De sí mismo, dice Jesús que le acusaban sus enemigos: “Miren qué hombre más comilón y borracho” (Lc 7,34). Naturalmente, un mocetón tan sanote como él comía y bebía con buen apetito, y, con todo, la gula no logró que en la mesa se excediera un gramo ni una gota... Y a María la vemos igual. Cuando al tercer día de dolor inmenso encuentra ¡por fin! al niño en el templo, le dice sólo con una moderación que nos pasma, sin enfadarse ni regañar en absoluto: “Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Mira cómo tu padre y yo te buscábamos con dolor”...

Los dos, Jesús y la Virgen, tenían y sentían nuestras mismas pasiones como un don de Dios a la naturaleza. Sólo que ellos hacían de las mismas el uso debido, sin excederse jamás ni un poquitín.

María, sin mancha en su concepción e impecable por privilegio, no tuvo el más mínimo pecado en toda su vida, ni el original de Adán ni personal alguno. Al hablar de la Inmaculada Concepción nos solemos quedar en la limpieza total de pecado, aunque hay que añadir algo más: María inició su existencia llena también de una santidad que se irá desarrollando después día a día, y cada vez más, por su unión creciente con Dios (1).

4. ¿Qué significado le damos a la Concepción Inmaculada de María? Si era “privilegio”, hay que decir que el privilegio, el don, el regalo nunca son **debidos**, sino que son eso: regalo. Era, por lo mismo, un regalo de Dios. Pero un regalo que prácticamente era una exigencia de la misión que María traía al mundo, como explicamos en la lección 6. n° 3, Podríamos decir muchas cosas, pero nos limitamos a algún punto nada más.

4a. Ante todo, lo exigía **el honor de Jesucristo**. Pensando en Jesucristo es cómo empezó el pueblo y después la teología a pensar en la imposibilidad de admitir en María un solo pecado, aunque no fuera personal, sino el heredado de Adán sin culpa propia nuestra. No nos cabe en la cabeza que el demonio un día le pudiera echar en cara a Jesucristo la fealdad de María: -Y esa madre tuya, fue antes esclava mía... Esto lo vemos un imposible total e inimaginable. A Jesucristo, “el Cordero inmaculado que quita el pecado del mundo”, le correspondía una Madre inmaculada totalmente.

4b. Otra razón es **la dignidad de María**, que, como Madre de Dios, había de tener una belleza moral insuperable. El Evangelio la llama “**La llena de gracia**”, y, si estaba llena de gracia, era santísima, perfecta en todas las virtudes, la toda hermosa. Conforme a la palabra original del Evangelio, María era “La Agraciada”, la que enamoraba al mismo Dios, aquella en la que Dios tenía toda su complacencia, y eso exigía necesariamente una ausencia total de cualquier mancha, por pequeñísima que fuera.

La Inmaculada Concepción nos da en María a la mujer ideal, la más bella que nos podemos imaginar.

4c. Por el Concilio, que nos lo dice de manera tan expresa, conocemos la otra gran razón: María fue Inmaculada **en orden a la Iglesia**. Jesucristo se ha escogido para la eternidad una Esposa “gloriosa, sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada”, nos dice Pablo (Ef 5,27). Y Dios ha que-

rido que desde ahora se mire la Iglesia en María para empezar a ser ya aquí lo que va a ser en la eternidad, una vez purificada plenamente en todos sus miembros antes del Juicio final. “Mientras la Iglesia ha alcanzado en la Santísima Virgen la perfección, en virtud de la cual no tiene mancha ni arruga, los fieles luchan todavía por crecer en santidad, venciendo enteramente al pecado, y por eso levantan sus ojos a María, que resplandece como modelo de virtudes para toda la comunidad de los elegidos” (LG 65).

Para la vida

1. Orgullo por nuestra Madre María. ¡La única toda hermosa! ¡Qué Madre tenemos!...

2. Por María, ¡guerra al pecado!, hasta el más pequeño. Fuimos elegidos para ser “santos, *inmaculados*, amantes” (Ef 1,14); salimos inmaculados de la pila bautismal (1Co 6,11); e inmaculados seremos en la consumación (Ef 5,25). Entonces, hay que tratar de serlo desde ahora. En María ha llegado ya la Iglesia a su perfección, y hay que esforzarse en adquirir esa misma perfección de la Madre.

3. En la tentación, acudir a María. Ella sabe de batallas victoriosas. Ante María, la serpiente infernal se ve con la cabeza machacada por las plantas de una niña celestial.

NOTAS

(1) “Resulta difícil imaginar la vida interior de una persona sin pecado original, habitada por la Trinidad desde el primer momento de su existencia. Los que se contentan con decir que María era como las demás muchachas de Nazaret renuncian a considerar su misterio íntimo. El descubrimiento, hasta donde podemos, de la vida interior de María tiene que ser para nosotros objeto de estudio, oración y contemplación amorosa. Sin eso, jamás sabremos cómo es ella (95).

8. MARIA VIRGEN

“La Virgen” ha venido a ser un nombre propio de María. La llamamos de las dos maneras, según nos venga bien. Lo mismo decimos “La Virgen” que “María”, o bien unimos los dos: “La Virgen María”. Esto no tendría sentido si María no fuera la “**Siempre** Virgen”, la Virgen perpetua. Lección algo difícil, pero bellísima. Quizá nos resulte un poco más larga que las demás, debido a los muchos ataques de los enemigos que tiene este privilegio tan sin igual de María. Y debemos responder.

Nos metemos ahora en una realidad muy hermosa, en la Virginitad de María unida a su Maternidad sobre Jesús, el Dios hecho hombre. Unir en un mismo tallo la flor y el fruto, juntar en una misma mujer los encantos de la muchacha y la grandeza de una madre, es un prodigio que Dios quiso hacer en María y sólo en María. Así lo hizo y así es. Pero esto que nosotros creemos sin la menor duda ha sido siempre, y lo es hoy más que nunca, una cuestión difícil de resolver si nos atenemos a opiniones de los cristianos no católicos y también de algunos católicos desaprensivos. Nosotros miramos desde el principio al Espíritu Santo; sin él no entenderemos nada.

1. El dogma de la virginidad de María, tal como lo ha sostenido siempre la Iglesia, es que María ha sido Virgen perpetua, en la concepción de Jesús, en el alumbramiento de Belén, y a lo largo de toda su vida después.

Fuera de herejes malintencionados, todos admiten la concepción virginal de Jesús. Hay quienes sostienen que el alumbramiento de Belén fue normal y no virginal. Y, finalmente, son muchos los que niegan a María la virginidad después de haber tenido a Jesús.

Pero el dogma y el “sentido de la fe” del pueblo cristiano han sido unánimes y lo han expresado con esta frase lapidaria: “Virgen **antes** del parto, **en** el parto y **después** del parto”. Nosotros en esta lección tomamos la virginidad de María en su totalidad: **perpetua**, tal como la traigan los testimonios, sin especificar demasiado el *antes*, el *en* y el *después*.

2. Los primeros Padres de la Iglesia fueron unánimes. San **Ignacio** de Antioquía, discípulo de los Apóstoles (+110) ha dado mucho que hablar con su afirmación sobre los tres misterios de Jesús que Dios ocultó al demonio: aparte de su muerte, le escondió la virginidad de María con el hecho de estar casada con José, y el nacimiento virginal de Jesús. Con ese truco de Dios, el demonio no sospechó nada ni de María ni de Jesús. Y escribe a los de Esmirna: “Nacido verdaderamente de una virgen”. San **Justino** (+160): “Nadie jamás,

fuera de nuestro Cristo, ha sido engendrado de virgen”. Es célebre la comparación de San **Ireneo** (+202) entre Adán y Jesús, resumida así por un gran teólogo. “Dice Ireneo: *Adán vino de la voluntad y de la sabiduría de Dios y de una tierra virgen*. La encarnación tiene lugar en el seno de una virgen sin obra de varón. Por su origen del Espíritu Santo, Jesús será Hijo de Dios, y por su venida de madre virgen, hijo del hombre”. Afirma San **Hipólito** (+235): “Cristo nacido del Espíritu Santo y de la Virgen María”.

Los Santos Padres posteriores, todos sin excepción. San **Gregorio de Nisa** (+394): “Por Isaías quedas informado previamente sobre la madre no desposada, sobre la carne sin padre, sobre el parto sin dolor, y el nacimiento sin mancha”. San **Basilio** (+379), enérgico: “los fieles no soportan que la Theotókos cesó de ser virgen en un determinado momento”. San **Pedro Crisólogo** (+380): “El hecho de que una virgen conciba y continúe siendo virgen en el parto y después del parto es algo totalmente insólito y milagroso; es algo que la razón no se explica sin una intervención especial de Dios; es obra del Creador, no de la naturaleza; se trata de un caso único, que se sale de lo corriente; es cosa divina, no humana”. S. **Juan Crisóstomo** (+404): “Una virgen nos hizo expulsar del paraíso, por medio de una virgen hemos encontrado la vida eterna”. San **Efrén** (+373): “El Señor (resucitado) que entró con las puertas cerradas, salió así del seno virginal, porque esta virgen dio a luz realmente pero sin dolor”. San **Jerónimo** (+420): “La virgen eterna”. San **Agustín** (+430): “¿Algo más admirable que la gestación de la virgen? Concibió, y es virgen; dio a luz, y es virgen; le hizo Cristo fecunda, y conservó su integridad”. Otro de Agustín: “La Virgen concibió, ¡admírense! La Virgen dio a luz, ¡admírense aún más! Después del parto permaneció virgen. ¿Quién, pues, contará esta generación?”. San **Juan Damasceno** (+753) se dirige a Joaquín y Ana, los padres de María: “Vosotros ofrecisteis al mundo la joya de la virginidad, aquella que había de permanecer virgen antes del parto, en el parto y después del parto; aquella que de un modo único y excepcional, cultivaría siempre la virginidad en su mente, en su alma y en su cuerpo”.

Como vemos por estos testimonios —unos pocos nada más—, toda la Patrística es unánime, desde los principios de la iglesia, en creer y profesar la virginidad perpetua de María.

3. Los protestantes deben ser tomados muy en cuenta. Porque sin duda podrán decir algunos: -Estos testimonios son los de Santos Padres de la Iglesia Católica... ¡Cuidado! Esto era lo que pensó siempre la Iglesia, antes de que se desgarrara en el siglo XVI. Y miramos ahora lo que pensaron los primeros re-

formadores protestantes, unánimes en la virginidad perpetua de María. En conjunto, todos aceptaban la interpretación de San Jerónimo (+420), de que los llamados “hermanos de Jesús” en el Evangelio eran en realidad “primos”.

Miremos tres testimonios de **Lutero**. “Este es un nuevo signo. Es inaudito que una virgen conciba no carnalmente. Dios quiso que este signo fuera proclamado, de modo que fuera para los no creyentes motivo de tropiezo. Aún hoy sigue siendo para los judíos motivo de escándalo. Era un signo, porque concebir por obra del Espíritu Santo era algo que nunca había acontecido”. Otro de Lutero: “María permaneció virgen; pues tras sentirse madre del Hijo de Dios, no deseó ser madre de otro hombre sino permanecer en esta gracia”. Con otro, hace Lutero el elogio de José como custodio de María: “A José le cabe un gran honor ante Dios. José es un carpintero que actúa como cualquier hombre de pueblo que trabaja en lo oculto. Pero quedó escrito para nosotros a fin de que sepamos que Cristo vino y que su madre fue virgen, aunque bajo el velo de esposa se ocultaba la virgen antes y después del nacimiento”.

Muy categórico se muestra **Calvino**: “Es indudable que Isaías habla de una auténtica virgen, que ha de concebir no según las normas de la naturaleza, sino a través de la actuación de gracia del Espíritu Santo”. Y da una interpretación curiosa y bella a la palabra de María cuando respondió al ángel: “¿Cómo sucederá esto?... No era ésta una pregunta contra la fe. La hizo movida por la admiración, no por la desconfianza”.

Lo mismo que **Zwinglio**, el cual hace a María una casada que busca protección virginal: “Ella es joven pura e intacta antes del parto, en el parto y después del parto, es decir, siempre. Entre los hombres es imposible que una madre sea al mismo tiempo virgen; para Dios todo es posible”.

Finalmente, **Bullinger**: “Había de estar distinguida por una especial y perpetua virginidad y por una especial y escogida pureza, permaneciendo siempre en ella, aquella a quien el Dios eterno escogió de forma especial para ser la santa morada, el templo de su Hijo y la madre de su santo nacimiento”.

Ante estos preciosos testimonios **protestantes**, ¿por qué hoy las iglesias separadas niegan tan categóricamente la virginidad de María?

Es obra del Racionalismo y de las sectas irresponsables. La crisis es mucho más cristológica que mariana. Porque si un hombre no nació como los demás, el Racionalismo tenía que admitir un milagro o negar ese nacimiento tan singular. Admitida plenamente la virginidad de María, no había más remedio que admitir la Divinidad de Jesús, y eso de que Jesús es Dios no lo tolera por nada el Racionalismo.

4. Como diremos en la lección sobre “María, Madre de Dios”, Pablo y Juan hacen bajar del cielo a Jesús sin más, y Mateo y Lucas con ambas genealogías suben al cielo a buscar a Jesús precisamente mediante la virginidad de María.

La gran razón de la virginidad de María está en que la encarnación del Hijo de Dios, el envío del Hijo de Dios al mundo para salvarlo, es **PURA GRACIA** de Dios. El mundo no lo merecía. El mundo debía saber muy bien que la salvación era sólo **misericordia** de Dios, el cual se sirvió de una mujer que libremente aceptó ser madre con la *imposibilidad* de serlo sin varón. La posibilidad residía sólo en el Espíritu Santo.

El Concilio Vaticano II, recogiendo toda la fe de la Iglesia, nos dice: “Su Hijo primogénito, que, al nacer, en nada disminuyó su integridad virginal, antes la consagró” (LG 57). Y Pablo VI, en el Credo del Pueblo de Dios leído por él mismo: “Creemos que la Bienaventurada María, **que permaneció siempre Virgen**, fue la Madre del Verbo encarnado, Dios y Salvador nuestro, Jesucristo”.

5. La objeción de los sectarios es siempre la misma: el Evangelio habla de “los hermanos de Jesús”. Argumento que no tiene validez, aunque nadie niega que existe la dificultad. El judío no tenía la palabra “primo”, y era “hermano” cualquier pariente. Abraham llama “hermano” a Lot, que era sobrino (Gn 12,5; 12,8). Y véase en la Biblia el llamativo texto de 1Cro 15,5-10: llama “hijos”, que serían “hermanos”, a una inmensa parentela. Imposible.

Ya en el Nuevo Testamento, Marcos 6,3 llama a Jesús “EL” hijo de María (el original griego lleva artículo). De tener otros hijos, le hubiera tenido que llamar “hijo de María” o “un hijo de María” o “uno de los hijos de María”. Además, Marcos 14,40 y Mateo 27,56 dan los nombres de los “hermanos” de Jesús, que resultan ser hijos de diferente madre, como es María la madre de Santiago y de José. Lo cual quiere decir que eran primos, y no hermanos. La palabra griega “adelfos” significa hermano carnal; pero traduce al hebreo “AH”, que significa hermano o primo o pariente. Y la palabra “primogénito” de Lucas no tiene valor alguno contra la virginidad perpetua de María (1).

6. Hasta aquí no hemos citado a Joviniano (+406), un monje reducido al estado laical, que se oponía a la práctica de la virginidad cristiana, y para ello empezó por negar la virginidad de María al dar a luz a Jesús, aunque aceptaba la concepción virginal: “Concibió siendo virgen, pero no dio a luz virginal-

mente”. San **Ambrosio** (+397) le contestó decidido: “María es la puerta buena que estaba cerrada y no se abría. Cristo pasó a través de ella, pero no la abrió”.

El Papa **Siricio** en el Sínodo de Roma del 393 imponía a Joviniano “la virginidad en el parto” como doctrina de fe de la Iglesia. Era lo que escribía el mismo San **Agustín**: “Si en el momento del parto de Cristo la integridad corporal de María se hubiese visto lesionada, él no habría nacido de la Virgen, y falsamente (cosa inconcebible) confesaría la Iglesia que él ha nacido de la virgen María”.

Y el **Concilio de Letrán** (a. 649) convocado por el papa Martín I, lo define como dogma de fe: “Si alguno no confiesa según los santos padres que la santa y siempre virgen e inmaculada María es en sentido propio y según verdad madre de Dios, en cuanto que propia y verdaderamente al fin de los siglos concibió por obra del Espíritu Santo sin semen y dio a luz sin corrupción, permaneciendo también después del parto su indisoluble virginidad, al mismo Dios Verbo, nacido del Padre antes de todos los siglos, sea anatema”.

7. El finísimo Lucas, médico de profesión, tiene en el Evangelio una frase que dice muchísimo a favor del nacimiento de Jesús sin lesionar a la madre. Copiamos de Ricciotti: María “*lo fajó y lo acostó en un pesebre*. Estas palabras del delicado evangelista médico dan a entender con bastante claridad que el parto tuvo lugar sin la usual asistencia de otras personas, ya que la misma madre atiende al recién nacido, lo faja y lo coloca en el pesebre, como observará San Jerónimo: *Ninguna comadrona, ninguna ayudante; ella misma fue madre y acomodadora*”.

8. Apoyarse en el “primogénito” que dice Lucas 2,7 para asegurar que después vinieron otros hijos, indica una grave ignorancia bíblica. “Primogénito” era palabra jurídica: el que tenía derecho a la herencia y bendición de la primogenitura, tuviera o no tuviera después otros hermanos. Un hallazgo providencial publicado en 1930 tapó para siempre la boca a los partidarios del “primogénito” para negar la virginidad perpetua de María. Lo narra así el autorizado Ricciotti: “El año 5 antes de Jesucristo, es decir, a pocos meses de distancia del parto de María, una joven esposa judía dio a luz en Egipto, costándole el parto su propia vida. La estela sepulcral de aquella joven pone en boca de la difunta estas palabras: *El Destino me condujo al término de la vida entre el llanto del hijo primogénito*”.

9. No pensemos que con la definición dogmática acabó la cuestión sobre la virginidad perpetua de María, a la que con el Racionalismo se le atacó modernamente sin piedad. Bastantes católicos han sido remisos y hasta hostiles con esta verdad tan querida por el pueblo cristiano. Es notable, por ejemplo, lo que pasó con el **Catecismo Holandés** después del Concilio. No podía negar la virginidad perpetua de María, pero daba unas razones para mantenerla que con ellas la dejaba en serias dudas. Para decir que María fue siempre virgen, ese catecismo tan discutido daba estas razones:

Que “los evangelios no dicen que ella tuviera otros hijos después de Jesús”.

Que “los hermanos y hermanas de Jesús no son necesariamente hijos de José y María”.

Que “es muy improbable que ese Santiago y José de Mateo 27,56 hubieran sido mencionados sin ninguna nota si ellos no fueran los mismos de los que ya había hablado en 13,53”.

Que “Juan 19,27 hace muy improbable que María tuviera otros hijos”.

Que “es significativo que María no es presentada nunca en el arte cristiano, incluido el de la Reforma protestante, con otros hijos”.

Vino la respuesta de la Santa Sede (leamos del Papa): “Es deseable una declaración más neta con respecto a la virginidad de María después del nacimiento de Cristo”. El Episcopado holandés aceptó entonces incluir en el Catecismo: “el hecho misterioso de la concepción virginal de Jesús” y la “virginidad perpetua de María”. El papa Pablo VI había puesto muy intencionadamente el “**que permaneció siempre Virgen**” en el Credo del Pueblo de Dios, recitado por primera vez por el Papa *junto* con los Obispos de Holanda.

Y es lamentable que los católicos **Meier**, de Estados Unidos, y **Pagola**, español, como los alemanes de la Gran Enciclopedia Ilustrada de la Biblia, digan que es la creencia más común hoy en todas las iglesias el que María tuvo después de Jesús otros hijos. Pagola, concretamente, escribe: “Los evangelios nos informan que Jesús tiene cuatro hermanos que se llaman Jaime, José, Judas y Simón, y también algunas hermanas que no se nombran por la poca importancia que se daba a la mujer”. Ante tantas protestas, Pagola puso al fin una nota al pie de página: “Esta denominación de *hermanos* debe entenderse en el sentido de hermanos carnales”, aunque “la Iglesia católica siempre ha entendido que estos pasajes no se refieren a otros hijos de la Virgen María”. Con estas palabras deja todo en la misma duda, por más que cita como testimonio el Catecismo de la Iglesia Católica. Lamentable, sí. Ni Meier ni Pagola ni la citada Enciclopedia tienen en cuenta la definición dogmática del Concilio de Letrán ni la profesión de fe de los diversos Símbolos o Credos (2).

10. ¿Casada, madre y virgen?... Cuando el anuncio del ángel, María ya estaba desposada, y acepta sin restricciones la maternidad que Dios le propone. José, al saber el misterio, decide quedarse con su esposa María. Viene virginalmente Jesús, y María se da en exclusiva de por vida a su hijo. Por respeto y misión de Dios, José acepta ser el custodio de la virginidad de María y el padre, ¡tan único!, de Jesús. Por Jesús —por amor exclusivo a Él, por entrega total a su Persona y su obra—, María y José son los *primeros vírgenes cristianos* de la Iglesia, y les seguirán legiones a lo largo de los siglos, así como serán el modelo supremo de amor y de unión para las familias cristianas (3).

-La mejor representación de María no es la de una virgen solitaria, ni siquiera la de una madre con su hijo, sino la Sagrada Familia, unida en la alegría profunda de la comunión, del amor y de un mismo proyecto. María virgen, no renunció al matrimonio con José. Y tras una revelación divina, José descubre que puede formar matrimonio con una que quiere ser virgen para siempre. El eros, la pasión, puede sacrificarse a un ideal superior, y Jesús, para ellos, fue el bien máximo que Dios les confiaba y les daba (José CR García Paredes).

11. ¿Por qué María es Virgen? Adivinamos varias intenciones de Dios, que no nos ha dicho nada; pero vamos a meternos atrevidamente en su pensamiento.

11a. La primera gran razón. Dios no quiso compartir su paternidad sobre su Hijo con ningún hombre. Jesús no podía tener más que un solo Padre, el Padre celestial. Su Hijo, hecho hombre, lo tuvo hombre de sólo mujer sin intervención de varón alguno.

11b. La virginidad para siempre de María era signo de una consagración total y exclusiva a la persona y obra de Jesús, único hijo de una virgen perpetua.

11c. Era una inauguración de los valores del Reino; y María se convertía en la abanderada de la virginidad y celibato de tantísimos que se consagrarían así a Jesús y a los hombres sus hermanos. Es lo que intuyó **Orígenes** (+254) cuando ensalza a Jesús y a María como los abanderados de la castidad virginal: “Jesús se ha hecho para los hombres la primicia de la pureza que consiste en la castidad y María a su vez para las mujeres”.

Son preciosos a este propósito los testimonios de dos grandes Santos Padres. **Jerónimo:** “María, siempre virgen, es, sin embargo, madre de muchas vírgenes”. **Leandro de Sevilla:** “María, la madre que os engendró a vosotras, vírgenes, con su ejemplo”. Tales testimonios serían ininteligibles sin una vir-

ginidad perpetua de María, y falso, en absoluto, el título que se le da continuamente en la Iglesia a María de “Reina de las vírgenes” en la Gloria.

11d. Según el Concilio, María **Virgen** era el tipo o modelo de la Iglesia, Virgen-Madre, que por la Palabra y el Bautismo engendra virginalmente a los hijos de Dios, y que permanece como virgen fiel en su amor a Jesucristo su Esposo, sin admitir otro rival. La Iglesia no coqueteará jamás con otro amor que no sea exclusivamente el de Cristo, y será la Madre que custodiará hasta su salvación definitiva a todos los hijos que Dios le dio, igual que María formó y guardó a Jesús hasta su pleno desarrollo (4).

“Virgen eterna”, la llamó San Jerónimo, el Doctor máximo de las Escrituras. Eternamente **Madre de Dios** de grandeza cuasi-infinita, y eternamente también **Muchacha intacta** la joven más bella y arrebatadora salida de la mano del Creador. Ella, como Jesús, en su virginidad miraba la vida futura, con juventud que no pasa nunca (5).

Para la vida

1. Sea cual sea la opción cristiana de cada uno —casados o solteros—, la pureza ha de ser émula de la pureza sin tacha de nuestra Madre. En la custodia de su pureza, todos los hijos de la Iglesia tienen sus ojos puestos en María Virgen, igual los jóvenes que los esposos, o los célibes y las vírgenes consagrados al Señor. Porque María fue joven novia, fue esposa, madre y viuda en inviolada virginidad. Quien tiene a la Virgen María por ideal, conserva su amor siempre vigoroso y lozano.

2. Nadie puede permitirse un amor que le mate el amor a Cristo. Todo corazón cristiano, como la Iglesia entera, es un corazón fiel al Esposo de la Iglesia y de cada una de las almas. María es la más perfecta Imagen de este amor.

3. En las luchas por la virtud, el cristiano acude siempre a María, la mujer triunfadora de toda concupiscencia. Con Ella, la victoria es segura.

NOTAS

(1) “María no puede ser madre de otros hijos, pues su maternidad humana se ensancha con las dimensiones del amor a Dios y abarca su vida entera. Toda entera es madre de Cristo y toda entera vive poseída y configurada por esta maternidad. Es madre de Jesús, que es su Dios, y acapara todo su amor. No tiene amor para otros hijos” (73).

“Es verdad que su maternidad acaba siendo una maternidad universal, que alcanza a todos los hermanos reales o potenciales de Jesús. Pero estos hijos lo son como extensión de su hijo único Jesús; su maternidad universal no es otra maternidad, sino la extensión de su única relación de maternidad, que se refiere directamente a Jesús, al Verbo de Dios hecho hombre, y se extiende a todos los que vivimos unidos a él por la fe y el amor (73).

(2) Aunque digan que se basan en ciertos pasajes del Evangelio o bien en hechos que podrían ser históricos y “retratan a la Virgen María como una mujer judía cualquiera que pudo haber tenido otros hijos, no tienen en cuenta el misterio personal de la mujer elegida para ser madre del Salvador” (74). “Podemos decir que la vivencia de su maternidad divina la llevaba a la perpetua virginidad y le hacía vivir virginalmente, ofrecida entera a su Señor” (76).

(3) “María virgen quiere decir María toda de Dios, toda de Jesús. María es verdaderamente la esposa de José. José es el compañero de su vida, el confidente de sus secretos. Por la singular presencia de Dios en su vida les hace vivir ese amor en la condición celestial de la vida virginal. Al resucitar, hombres y mujeres serán *‘como ángeles del cielo’* (Mc 12,25). Ese es el modelo de este matrimonio virginal entre María y José. El modelo definitivo de todos los amores humanos” (104-105).

(4) Para entender la virginidad de María, y que en ella no caben otros hijos sino Jesús, más que a la historia hay que mirar a la teología.

“La virginidad de María se valora ante todo como signo de la divinidad de Jesús. La virginidad de María es un don cristológico. María es virgen porque su hijo es el Hijo de Dios. Jesús no tiene padre humano, porque su Padre es siempre y únicamente el Padre celestial. La forma de su concepción, de su nacimiento y de su relación posterior con María responde a su condición divina. Por este carácter divino de su hijo, la maternidad de María queda agotada en este hijo, que centra toda su persona y acapara todo su amor. La carencia de padre humano es una figura de manifestar que ese hijo que nace en el mundo de los hombres tiene ya un Padre, el Padre celestial del que procede eternamente” (102).

“María es toda ella ‘Madre de Jesús’, no queda lugar en ella para otros hijos carnales, todo su amor maternal está centrado en este hijo divino y se multiplica hasta universalizarse a partir de esta única maternidad” (105).

¿Y qué significa esto para María? “Que el Espíritu le hace clamar ‘Abba, Padre’, como a todos los cristianos. Pero sólo a ella el mismo Espíritu le hace clamar ‘Hijo’ a su hijo, con el amor del Padre” (96).

(5) “Jesús vive virginalmente porque vive desde el primer momento la inminencia y la plenitud de la consumación escatológica del Reino en su muerte y su resurrección. María vive también este anticipo de la consumación final porque está enteramente entregada y configurada por la vida de su hijo” (106).

9. LA HIJA DE SION

Nos hallamos ante una lección algo difícil y hasta controvertida. No vamos a tener más guía que la Biblia, pero la Biblia no dice nunca nada de María con título semejante. Sin embargo, la *Hija de Sión* va entrando cada vez más en el lenguaje cristiano y la verdad es que nos gusta mucho llamar así a nuestra Madre querida.

“**Hija excelsa de Sión**”, llama el Concilio a la Virgen. Pero no fue muy fácil aceptar este nombre tan bello. Porque la “Hija de Sión” no corresponde en toda la Escritura ni como *nombre* ni como *profecía* a ninguna mujer. Entonces, ¿cómo hay que entenderlo si se lo aplicamos como título *propio* y *personal* a la Virgen María?

1. Para entendernos, debemos comenzar por el principio: ¿Qué es Sion, o la “hija” de Sión? Ninguna mujer. Era un rincón en la parte oriental de Jerusalén, el bastión inexpugnable de los jebuseos a los que conquistó David y en esos terrenos edificó el rey su pequeña ciudad en la que colocó el Arca del Señor. Después, al construir Salomón el Templo en el noroeste, trasladó a él el Arca y llamaron Sión al nuevo lugar que habitaba el Señor. Finalmente, el nombre de Sión se extendió a toda Jerusalén, y lo mismo decían los judíos Jerusalén que Sión. Más aún: Sión vino a significar a los habitantes, no las construcciones de la ciudad, y después a todo el pueblo judío y no solamente su capital. Por lo mismo, Sión no era una persona sino que vino a ser una ciudad y hasta una nación.

Por eso, no es extraño que varias Biblias modernas, incluidas las más autorizadas entre nosotros, no usen el “hija” de Sión cuando traducen los textos, sino que digan simplemente Sión o Jerusalén. La oficial Vulgata latina mantiene el “hija”.

Y nos metemos sin más en el nudo de la cuestión: cómo ha llegado a aplicarse a María el “Hija de Sión” como título propio. Aparte de bastantes más, la “hija de Sión” tiene tres textos clásicos en el Antiguo Testamento. Miqueas, el primero de todos, Sofonías y Zacarías.

Miqueas 4,9 y 11 usa esta fuerte expresión: “Retuércete, Sión, grita como parturienta... Sión, te daré cuernos de hierro, te dotaré de pezuñas de bronce y machacarás numerosas naciones. Dedicarás al Señor tu botín, sus riquezas al Señor de toda la tierra”. Podría referirse a un grupo de israelitas vencidos y oprimidos que vivían en el norte de Jerusalén, sufriendo como la mujer cuan-

do da a luz, pero con la esperanza de que ese grupo de judíos sufrientes se verá liberado un día y triunfador de todos sus enemigos.

Después **Sofonías** 3,14, interesantísimo. Se dirige a los repatriados que viven en Sión, el monte del Templo donde mora Dios. Pobres, son un “resto” que no tienen nada, pero confían en Yahvé, y son los que reciben el anuncio más jubiloso: “¡Alégrate, hija de Sión, grita de gozo, Israel. El rey de Israel, el Señor, está en medio de ti, no temas mal alguno”. Al morar Dios por su Templo en medio del pueblo, la “hija de Sion” significa desde ahora a todo Israel.

Y viene **Zacarías** 9,9, con la célebre profecía que Mateo y Juan traen al narrar la entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén: “¡Salta de gozo, hija de Sión; alégrate, Jerusalén! Mira que viene tu rey, justo y triunfador, pobre y montado en un borrico, un pollino de asna”.

2. Nos preguntamos. ¿Por dónde *empieza* el “hija de Sión”, qué vida *lleva*, y cómo *acaba* siempre?

Primero, en todas las citas bíblicas iniciales aparece un Israel atormentado, vencido, castigado por Dios como un aviso.

Segundo, convertido el pueblo a su Dios Yahvé, ese pueblo fiel es pobre, sufrido, pero santo, lleno de esperanza en un Dios que no va a fallar en sus promesas. Son el auténtico pueblo de Dios, los “anawim”, los “**humildes** y los **pobres**” amados de Dios y que aman a Dios, los que esperan todo de Dios. Son la oposición de los orgullosos, de los ricos, de los prepotentes.

Tercero, y esto es muy notable, son los felicitados por Dios con el clásico “¡Alégrate!” de Isaías 62,11 al Israel liberado: “Digan a la hija de Sión: mira, ya llega tu salvador”; “o el “¡Dichosos!” que dirá Jesús a las turbas humildes que le siguen. Son ellos el pueblo, la “hija de Sión”.

De esta manera venimos en la Biblia a la **Hija de Sión**, María, personificación del verdadero Israel de Dios (Gal 6,16), como lo dice expresamente el Concilio: “Ella sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que confiadamente esperan y reciben de Él la salvación” (LG 55).

3. El “Jaire” “¡alégrate!”, viene a ser la clave de toda la interpretación mariana del *hija de Sión*. En vez del normal “Shalom!”, “paz”, en estos textos se usa el “Jaire!”. En Lucas 1,28, el ángel se presenta a María con un saludo nunca dirigido en el Antiguo Testamento a una persona, y menos a una mujer: “Jaire, kejaritomene”: “¡Alégrate, la llena de gracia”. Y añade: “El Señor está contigo”. Igual que el Dios Yahvé estaba en su Templo con su pueblo Israel.

Aquí es donde los teólogos modernos ven y entienden el “Hija de Sión” como sobrenombre propio de María. Porque el “Alégrate” del Antiguo Testamento no va dirigido aquí a la hija de Sión, al pueblo de Israel, sino a una persona concreta, a “María, la agraciada”, a la “llena de gracia”. Por eso, empecemos a ver en la escena de la Anunciación:

-que llega el “¡Alégrate!” de todos los profetas del Antiguo Testamento, es decir, el rey y salvador esperado durante siglos por Israel;

-que la hija de Sión ya no es el pueblo en general, sino una persona determinada, la cual representa a todo el pueblo humilde y pobre que esperaba al Mesías, y María es así la verdadera **Hija de Sión**;

-que en esta Hija de Sión residirá plenamente Yahvé el Dios de Israel —mejor que en el Templo insinuado por Sofonías—, porque el Hijo de Dios se encierra en su seno, el cual es el Arca verdadera de Dios;

-que María, al dar el SÍ al mensaje del ángel de una manera consciente y voluntaria, acepta al esperado Mesías en nombre de todo el Israel creyente.

Todo esto se ve claro en la escena de la Anunciación, igual que se vislumbra en la visita a Isabel, en Belén, en la Presentación del Templo y en la adoración de los Magos que encuentran al niño en los brazos de su madre (1).

4. La gran explicación está en la MATERNIDAD divina de María. La hija de Sión del Antiguo Testamento aparecía siempre en los profetas con dolores de parto, pero que desembocaban en un alegre y festivo renacimiento de Israel. Esto va a ser la gran realidad de la **Hija de Sión** María, atravesada por la siniestra espada de Simeón en el Calvario. Al pie de la cruz, estará la **Mujer** en la Hora de Jesús, el cual la proclamará Madre del nuevo Israel de Dios, alegre y en fiesta definitivamente con la Resurrección que va a seguir. Ha nacido el pueblo nuevo anunciado por Miqueas después del gran dolor.

5. Sión ha venido a ser la ciudad universal, con miles de millones de habitantes, la madre de todos los pueblos, como la describe de modo insuperable el Salmo 86. En el registro de Dios, no hay ciudadanos ni de Tokio o Calcuta, ni de Moscú o Madrid, ni de México, de El Cairo o de Sydney, sino que todos somos israelitas nacidos en Sión, inscritos en su Capital, “la Jerusalén celestial, a la que nos hemos acercado sin temor y con toda confianza, entre ángeles innumerables y la multitud inmensa de los inscritos en el censo de los cielos, por obra de Jesús, el Mediador de la nueva alianza, y cuya sangre habla mejor que la de Abel” (Hb 12,22-24), sangre, como nos dice Pablo, que nos ha merecido esa “nuestra ciudadanía que está en los cielos”, y cuya cédula o carné

de identidad guardamos con tesón hasta que vuelva el Salvador que esperamos ansiosamente (Flp 3,20).

6. ¿Y dónde aparece María, la “Hija de Sión”, en medio de tanta belleza y grandiosidad? Por la Carta a los Hebreos hemos visto que todo se debe a la sangre de Jesús, la derramada en la cruz clavada en Jerusalén, donde **La Mujer** es proclamada por el Salvador agonizante como la Madre del nuevo pueblo de Dios, de la Iglesia (Jn 19,25-27). El alumbramiento tan doloroso profetizado en especial por Sofonías ha llegado a su consumación con el nacimiento del que es, desde ahora, el verdadero *Israel de Dios*, con lucha todavía en la tierra, pero tan glorioso en los cielos. La del “¡Alégrate!” de Lucas y “La Mujer” de Juan, son en realidad la misma “Hija de Sión”. Las grandes mujeres de la Biblia —penamos en Sara, Rebeca, Raquel, Débora, Rut, Ester, Judit, la simbólica hija de Sión—, dan al Israel antiguo un aire femenino cautivador, superado ahora amplísimamente por la cristiana **Hija de Sión**, embeleso y cariño de todos los nacidos de ella al pie de la Cruz.

7. La hija de Sión bíblica está unida íntimamente a los “anawim”, los humildes y los pobres, igualmente que al llamado “el Resto”, tan importante en la Biblia ya cercana al Nuevo Testamento. Digamos una palabra muy en general sobre ello.

Para los profetas, el **resto** era la pequeña parte que, en las grandes infidelidades del pueblo, permanecía fiel a su Dios Yahvé. Esa pequeña parte, ese resto, era lo que Dios se reservaba para el cumplimiento de la Promesa, la salvación que traería el Mesías. La muestra quizá más clara de ello está en el destierro de Babilonia. El castigo les llegó a todos. Pero Dios, el Fiel, permanecía firme en su promesa. Y llegó el permiso del retorno a Palestina. En Babilonia y en Persia se quedaron los que vivían bien instalados, y regresaban sólo aquellos idealistas que querían reedificar para su Dios el Templo de Jerusalén.

Lo curioso es que estos fieles idealistas eran los más pobres y humildes, con una fe grande en Yahvé. Durante los cuatro siglos que faltaban hasta la venida de Jesús, en el pueblo iban a seguir las cosas poco más o menos igual. La gente más rica y poderosa no era precisamente la más fiel a Dios. Se vio claro cuando vino la helenización impuesta por los reyes sirios, con los cuales pactaban los que tenían mucho que perder, mientras que los valientes que se jugaron la vida con los Macabeos por fidelidad a Yahvé eran campesinos creyentes y los más humildes del pueblo.

De esta manera, cuando estudiamos la Biblia, hablamos siempre del “Resto”, de los *pobres*, y nos referimos a los que permanecían fieles a Yahvé, como aquel de quien dijo Jesús: “Ahí viene un auténtico israelita en el que no hay doblez” (Jn 1,47). Y esta fue la realidad con que se encontró Jesús en sus días. Los ricos fieles —“pobres” ante Dios—, eran excepción y Jesús tuvo algunos como amigos: los de Betania, Simón el Leproso, Nicodemo, José de Arimatea... Pero la mayoría —como los Sumos Sacerdotes, los saduceos, los herodianos, amigos todos de los romanos—, eran ricos y de Yahvé no les interesaba nada. Mientras que las gentes que rodearon a Jesús eran los pobres en su doble sentido bíblico: los que no tenían nada en la vida, y los que buscaban sinceramente a Dios.

8. Hecha esta digresión necesaria sobre los pobres, los humildes y el resto, nos preguntamos: Y María, la Hija de Sión, ¿en qué nivel del pueblo estaba? Sin discusión alguna, entre los *anawim*, los pobres de Yahvé. El Evangelio de Lucas nos la presenta desde el principio como una simple muchacha de Nazaret, pequeña población campesina de Galilea.

Naturalmente, queremos saber cómo era la soñada Hija de Sión, pero sólo tenemos unos datos sueltos de los Evangelios. Sin mancha alguna desde su Concepción Inmaculada, y apegada a Yahvé como nadie, al escuchar la Escritura en la sinagoga se identificaba con las mujeres más grandes de Israel; entendía y cantaba los Salmos con entusiasmo juvenil; la profecía del linaje davídico del Mesías le hacía soñar gozosa en la afortunada consanguínea de su tribu que lo traería al mundo...

9. Hay un momento, sin embargo, en el que el espíritu de María aparece de una manera extraordinaria. Su canto del Magníficat en casa de Isabel es a este propósito irrefutable. Aquella joven nazarena habló con audacia increíble: “Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador; porque ha mirado la pequeñez de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones, porque el Poderoso ha hecho obras grandes en mí; su nombre es santo, y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. Él hace proezas con su brazo: dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos”. Ve colmada la promesa, y reconoce que Dios auxilia a su siervo Israel, cuyos pobres no quedan nunca fallidos en su esperanza (Lc 2,46-55).

La encantadora Hija de Sión habló por sí misma; pero no hay duda de que fue el Espíritu Santo quien puso en sus labios el himno gozoso del nuevo Israel de Dios, la Iglesia, “el pequeñito rebaño” a quien Dios ha tenido el gusto de dar el Reino, y que no ha de temer a unos “poderes que nunca la derrotarán” (Lc 12,32 y Mt 16,18)

10. Damos ahora una mirada a los hechos externos narrados por los Evangelios. Sorprendida María por el anuncio del ángel, se muestra primero prudente y, entendido el mensaje, entregada total y sin condiciones a Dios.

Emprende sin miedos su viaje hasta Ain Karim para ver y ayudar a Isabel.

Es sufrida, prudente y abandonada en Dios ante las dudas tremendas y dolorosas de José.

Decidida y sin miedos al escoger una gruta en Belén antes que exponer su delicadeza en un mesón público.

Aunque dolorida, respetuosa en el templo ante el hijo que a los doce años ya se atiene a sus propios derechos.

Desde los principios, vemos en ella a una mujer observadora, reflexiva, porque “meditaba y daba vueltas y vueltas en su corazón a todo lo que veía en Jesús” (Lc 2, 19 y 51).

No es entonces extraña su actitud en Caná. Desde años pensaba en lo que podría ser el Bautista, y ahora ve venir a Jesús rodeado de unos cinco o seis discípulos que cuentan lo que han vivido en el Jordán.

María no ha visto nunca un milagro en Jesús. Pero sabe la misión que su Hijo trae al mundo. Adivina con intuición de madre, y con finísima delicadeza femenina se contenta con decirle: “No tienen vino”. Sabemos el resultado.

Cuando durante tres años Jesús proclama y establece el Reino, María no aparece por ninguna parte. Sabe que sólo debe figurar Jesús.

Pero cuando llega el Calvario, digna madre de su Hijo, allí se planta decidida ante la cruz aunque se le destroce el alma.

Después de la Ascensión, y encomendada por Jesús a los discípulos en Juan, es la verdadera Madre del grupo, regido por Pedro, pero, con Ella como lazo de unión en la fe y en la oración. Todo el grupo orando, pero con Ella en medio, trajo al Espíritu Santo. En el mismo nacimiento de la Iglesia, María figura en el centro como Madre verdadera.

Por todas sus actitudes, se nota en María una mujer-mujer psíquicamente extraordinaria. Hay que tener en cuenta que Jesús, como hombre, fue formado por María, y mucho de esa grandeza de alma de que hizo gala Jesús se debió en gran parte a lo aprendido de su Madre.

De su vida en la tierra no podemos decir más. Pero, con eso que sabemos con certeza por los Evangelios, nos damos cuenta de que la **Hija de Sión**, figurada en toda la Biblia, tenía en la mente de Dios un papel único que desempeñar. Era La Mujer. La Segunda Eva, la Madre espiritual de todos los redimidos, los verdaderos vivientes, los “agraciados” como ella, los ciudadanos de la Jerusalén celestial.

11. Si quisiéramos hacer ahora un breve resumen de este título “Hija de Sión”, arrancado de la Biblia y aplicado a María, podríamos decir:

11a. La Biblia no habla para nada de María personalmente como la Hija de Sión. Es un título tomado de la Biblia como un símbolo preciso de la Virgen.

11b. Pero los escrituristas y teólogos han adivinado de tal modo ese simbolismo bíblico de la Virgen que el Concilio, nada menos que en la Constitución dogmática sobre la Iglesia, señaló expresamente a María como la “Hija excelsa de Sión” (LG 55).

11c. Si se analizan las expresiones de Lucas, sobre todo el “Jaire”, el “¡Alégrate!”, parece que el evangelista centra en María los oráculos dirigidos a esa indeterminada “hija de Sión” de los profetas.

11d. La misma María se sitúa, con su “aquí está la esclava del Señor”, entre los *pobres de Yahvé* y el *resto* que espera y del que va a venir el Mesías.

11e. El Magníficat, desde luego, evidencia que María vive como nadie a esa Hija de Sión de toda la Biblia.

11f. Y nosotros, sobre todo, sabiendo que la Iglesia es el nuevo y verdadero Israel de Dios (Gal 6,26), podemos llamar con toda propiedad a María como la Hija de Sión (2).

Para la vida

1. La Hija de Sión nos enseña mucho. La Iglesia peregrina sigue el mismo camino del *resto* de Israel. Solamente los humildes y los abiertos a Dios aco-

gen la Palabra y esperan la realización de la promesa. Son los únicos que se salvan.

2. La pobreza, la humildad y el abandono en Dios de María son un programa para nosotros. Los pobres son los más afortunados, porque se hacen los más ricos en los bienes de la Gracia (St 2,5).

3. Nos cautiva la Hija de Sión, tan hermana nuestra, ¡y tan maestra y evangelizadora! Jesús la llama “Mujer” apenas inicia su ministerio, aunque le frena sus ansias al decirle que “todavía no ha llegado mi Hora”. Pero a María no se le han caído aún de los labios estas palabras que nos repite continuamente: “¡A hacer lo que él les diga!” (Jn 2,4-5).

Todo cuanto leemos en el Evangelio es una palabra directa de Jesús a cada uno de nosotros en particular, reforzada por María: “¡A hacerlo!”.

Es su misión, como nos dice el Concilio: “los oficios y los privilegios de la Santísima Virgen siempre tienen por fin a Cristo, origen de toda verdad, santidad y piedad” (LG 67).

NOTAS

(1) El “¡Alégrate!” dirigido a la Virgen no es para ella sola, es para todos nosotros. En María nos felicitaba Dios por el Ángel a todos los redimidos.

“La alegría de María es la alegría del mundo, la alegría de todos los que esperan la salvación de Dios. En María, el mundo tiene la alegría de la salvación... Con María comienza la vuelta de la humanidad a la paz y a la alegría del Paraíso, a la vida original bendecida por la presencia del Dios creador y salvador... María, santa desde el primer instante de su existencia, es la inocencia perdida y añorada, la belleza de lo nunca manchado, de la inocencia reencontrada y disfrutada. En ella vemos todos lo mejor de nosotros mismos, el ideal de nuestra recuperación, la garantía de nuestra salvación. María es el paraíso recuperado” (36 y 87).

(2) Este párrafo de Pikaza resume toda esta lección:

“En el Antiguo Testamento, la Hija de Sión es el símbolo de Israel. Objeto de la elección y de los amores de Dios. Sión (Israel) es doncella, virgen elegida y querida (Am 5,1-6), esposa del Dios de la Alianza (Os 1-3; Jr 2,2), madre de los fieles y madre de los pueblos (Sal 87; Is 60,1-7). Todo cuanto Dios ama

y vela por Israel se cumple abundantemente en María. María es, de hecho, la Ciudad de Dios, el Arca de la alianza, el Resto santo de Israel en el que se cumplen las promesas y se despliega la providencia divina. El amor y la predilección de Dios hacen que María, esta humilde muchacha de Nazaret, lleve en su mente y en su corazón la entera historia de Israel, las bendiciones de Dios, la esperanza de los profetas y el amor de todos los santos” (25).

10. LA MADRE DE DIOS

Theotókos. Vamos a aprender bien esta palabra griega tan antigua, y que significa esto: “Madre de Dios”. Volvemos a aquella lección primera del árbol para detenernos sólo en la raíz, porque ella, la Theotókos, encierra lo que decimos y explanamos en todas las lecciones.

Lo más alto y la realidad más grande de María se reduce a confesar esto: que María es Madre de Dios porque es la Madre de Jesús, que es Hombre y es Dios en una sola persona. Si María es Madre de una persona que es Dios, se sigue que María es **Madre de Dios**. Aquí está todo.

Es lo que vamos a tratar de entender, aunque sea relativamente fácil de explicar. Sólo que esto, tan fácil hoy, tuvo una historia muy difícil en los principios de la Iglesia. Iremos por orden (1).

1. La Biblia no llama nunca a María “Madre de Dios”. Pero Lucas y Mateo presentan a María como la que engendró a Jesús, la mujer que concibió y llevó en su seno a Jesús. Marcos dice que se presentó “su madre”. Juan la llama “la madre de Jesús”. Por lo mismo, para los cuatro Evangelistas María es Madre de Dios, porque es la Madre de ese Jesús que el Evangelio nos presenta como DIOS. Los Evangelios no pueden ser más claros, aunque nunca llamen “Madre de Dios” a María. La palabra Theotókos nació del pueblo cristiano.

Pero vamos a dar una explicación bíblica interesante.

Sabemos que casi todas las cartas de San Pablo son anteriores a los Evangelios. Pues bien, en la de los Gálatas se limita a decir cuando habla de la Madre de Jesús: “Nacido de mujer”. Lo único que le interesa es decir que el Hijo de Dios se hizo hombre, que bajó del cielo. Ni una palabra más. Los cristianos no tenían bastante con esta afirmación, y empezaron a interesarse por la madre de Jesús. Por eso, Mateo y Lucas comienzan cada uno su escrito narrando la genealogía de Jesús, su concepción en el seno de María, hechos de su infancia..., de todo lo cual suben por Jesús *hombre*, obra del Espíritu Santo, a Jesús el *Hijo de Dios*. Pasan los años, viene el último Evangelio, y, como ya los cristianos sabían lo de Mateo y Lucas, hace Juan lo mismo que Pablo, y aún menos, pues no nombra para nada a la Madre de Jesús, sino que dice sin más: “Y la Palabra, el Hijo de Dios, se hizo hombre y habitó entre nosotros” (Jn 1,14).

2. Miremos el proceso de unos y otros. Pablo y Juan hacen **bajar** al Hijo de Dios desde el cielo, y ese hombre que nace de María por fuerza es Dios. Mateo y Lucas con sus genealogías, por el contrario, hacen **subir** al hombre Jesús de la tierra al cielo. Su concepción virginal y la acción del Espíritu Santo demuestran que Jesús es Dios. Los cuatro dicen lo mismo, pero siguiendo orden inverso: tanto el que *baja* del cielo como el que *sube* al cielo es DIOS.

Aunque es curiosa la genealogía de Lucas, que empieza por José el último, y acaba: “de Adán, de Dios”.

Ahora bien: los cristianos que leían a Pablo y los Evangelios no pusieron nunca en duda la confesión de Pedro: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo” (Mt 16,16). Así desde los apóstoles. Por lo mismo, María, la Madre de Cristo, era para ellos la Madre de Dios.

3. Sí que hubo algunas herejías, como la de los gnósticos, los cuales no se metían contra María sino contra Jesús, al que no creían Dios, y eso repercutía en María también. Aunque un San Hipólito, ya a finales del siglo II, había dicho que “José se desposó con María y fue testigo fidedigno de la Madre de Dios”. Pero a mitades del siglo III, allá por el año 260, vino el obispo de Antioquía Pablo de Samosata a decir que María era madre de Jesús, pero no del Logos, de la Palabra, del Hijo de Dios. El pueblo reaccionó con energía y comenzó a llamar a María *la que engendra a Dios*, la **Theotókos**, y al obispo de Antioquía le respondió el obispo de Alejandría: “Nuestro Señor Jesucristo ha recibido realmente un cuerpo de la *Theotókos* María”.

Se ve que la idea se extendió muy rápidamente por las iglesias, pues en Egipto se encontró un papiro de esos años con la oración más antigua que se conoce a la Virgen, el *Sub tuum praesidium*, que llama a la Virgen, en griego, “Theotókos”, y traducido al latín “Dei Génatrix”, Madre de Dios: “Bajo tu amparo nos acogemos, santa *Madre de Dios*”.

Esto es emocionante. ¡En qué años la Iglesia ya confesaba y oraba con fe a la Virgen!... La oración completa, tal como la tenemos y la rezamos en la Liturgia de las Horas, dice así:

“Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios; no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades; antes bien, libranos siempre de todo peligro, oh Virgen gloriosa y bendita”.

Como se ve, la Iglesia creyó desde el principio en la Maternidad divina de María, confesada siempre cuando profesaba su fe en la divinidad de Jesús. El pueblo, igual que los máximos Doctores, discurría siempre de la manera más

fácil, y no se equivocaba: “Si Jesús es Dios, y María es la Madre de Jesús, entonces María es la Madre de Dios”.

4. Vinieron los cuatro Concilios ecuménicos primeros, decisivos en la fe de la Iglesia sobre la divinidad de Jesucristo, del que afirmaban que era verdadero **Dios** y verdadero **Hombre**, y, por lo tanto, nadie dudó ya jamás de que María era verdadera Madre de Dios. Seguimos sus pasos históricos.

Nicea, en el año 325, definía contra los herejes arrianos que la Segunda Persona de la Trinidad era Dios.

Constantinopla I, en el 381, formulaba el famoso Credo, y confesaba que “el Hijo único de Dios... bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre”.

Éfeso, en el 431, fue decisivo en la doctrina mariana. El hereje Nestorio, Patriarca de Constantinopla, venía a afirmar: María no es Madre de Dios, sino de Jesús solamente; porque Jesús, según él, tenía *dos personas*: una, la del Hijo de Dios; otra, la de Jesús. María sólo sirvió como un *instrumento* para engendrar una naturaleza humana en la que el Hijo de Dios pudiera habitar, sin que Jesús fuera Dios, sino un hombre en el que Dios se metía... Al poner en Jesús dos naturalezas, hombre y Dios, pero no una sola persona divina, negaba a María el título de “Theotókos”, Madre de Dios, y la llamaba “Christothókos”, Madre sólo de Cristo *hombre* pero no de Cristo *Dios*.

Este error lo entendió el pueblo mejor que nadie y se revolucionó contra los nestorianos.

Vino el Concilio. Y por ser tan importante sobre la Maternidad divina de María, me permito describirlo tal como lo dictamos en las clases de Historia de la Iglesia y en el programa de radio “Evangelizando”.

El Concilio estuvo lleno de peripecias desde el principio hasta el fin. Cirilo tenía plenos poderes del Papa, y antes de que llegaran sus delegados se tuvo una sesión —aceptada y firmada después por los delgados papales— en la cual se leyó toda la doctrina que el papa San Celestino había proclamado en un sínodo de Roma, condenando la enseñanza de Nestorio, el cual quedaba solemnemente depuesto.

Antes de seguir, recordamos lo que nos narran los Hechos de los Apóstoles en el capítulo 19, cuando se originó el tumulto creado por la predicación de San Pablo y se armó un griterío fenomenal, porque todos, sin saber por qué, se abalanzaron hacia el estadio gritando como locos: *-¡Diana, la grande diosa de los efesios! ¡Diana, la grande diosa de los Efesios!...* Por lo visto, los habitantes de la ciudad gozaban con manifestaciones populares como aquella. Los efesios paganos no sufrían que nadie

les tocase a su diosa Artemisa, nombre que ellos daban a la Diana de los romanos, y aquel día les había tocado alguien a su diosa idolatrada. Se habían metido con su soberana, y los culpables la tenían que pagar...

Recordamos, digo, este hecho por la semejanza que tiene con lo que ahora, tres siglos más tarde, iba a pasar en la misma Éfeso.

Los efesios cristianos toleraban aún mucho menos que alguien les tocase a María, la Madre de Jesús, y esta noche del 22 de Junio del año 431 iban a repetir la aventura con otra manifestación imponente por nuestra Virgen María, la Madre de Jesús, mucho más Reina y más robadora de corazones que la bella y simpática Diana de la mitología.

El pueblo sabía el porqué de este Concilio tan importante, y le habían tocado la fibra más delicada del corazón: si Jesucristo no era Dios, como decían los herejes nestorianos, María tampoco era verdadera Madre de Dios. La sesión en el aula se había alargado mucho y era ya de noche. El pueblo estaba aguardando afuera la decisión de los Padres Conciliares, y al fin salió el vocero para dar la gran noticia:

-Los Padres, y el Espíritu Santo con ellos, han decidido proclamar una vez más la fe de la Iglesia, bien clara y definitiva.

Todo el gentío escuchaba con el aliento en suspenso, mientras seguía el pregoneo con las palabras definitivas, que se harán inmortales en la Iglesia:

-Si alguno niega que Jesús, el Emmanuel, el Dios-con-nosotros, es verdaderamente Dios, y por lo tanto, niega también que la Santa Virgen sea verdadera Madre de Dios, porque, según está escrito, El Verbo se hizo hombre, ese tal que sea anatema: excomunión y maldición sobre él.

El pueblo estalló en aplausos delirantes. Prendió miles de antorchas y acompañó por todas las calles a los Obispos hacia sus casas, gritando sin cesar y cada vez más enardecidamente: *¡María, Madre de Dios! ¡María, Madre de Dios, hoy como ayer, y lo será siempre!...*

Dejemos a los manifestantes de Éfeso que sigan en su locura mariana y también lo que pueda haber de literatura amorosa en esta descripción. Con este hecho, conservado seriamente por la Historia, confesaron aquellos cristianos la fe de la Iglesia en la Maternidad Divina de María, creída y vivida por **todos** los cristianos antes de que se separasen las Iglesias.

Calcedonia, en el 451, fue el último de los grandes Concilios en la antigüedad cristiana. Después de Éfeso, no hacía falta declarar y definir algo más sobre la Maternidad divina de María, pero citamos sólo unas palabras sobre ella: “Creemos en Jesucristo, que para nosotros y para nuestra salvación apareció de la Virgen María, **Madre de Dios** según la humanidad, como un solo y mismo Cristo, Hijo, Señor”.

A la Iglesia le costó mucho *formular* la fe verdadera y completa en Jesús, como lo dice muy certeramente el papa Beato **Pablo VI**: “La Iglesia reflexionó, estudió, discutió, recibió para sí la luz del Espíritu Santo; y, con un prudentísimo y fidelísimo trabajo de siglos, consiguió formular la doctrina

exacta, pero siempre ilustrada y abierta, sobre el misterio en torno a nuestro Señor Jesucristo”.

Hemos dicho antes que la fe en la Maternidad divina de María fue unánime en **todas** las iglesias antes de que se separasen. No es ninguna exageración. Hoy se cita mucho el bellissimo párrafo de Lutero que comenta el Magnificat:

“Las grandes cosas que Dios ha realizado en María se reducen a ser la Madre de Dios. Con esto le han sido concedidos muchísimos otros bienes, que nadie podrá nunca comprender. De ahí se deriva todo su honor, toda su bienaventuranza y que ella sea en medio de toda la naturaleza humana una persona del todo singular e incomparable. Ella ha tenido con el Padre celeste un niño, y un niño semejante... Se comprende todo su honor cuando se la llama Madre de Dios. Nadie puede decir cosa mayor de ella, aunque uno tuviera tantas lenguas como forraje tiene la hierba, como estrellas el cielo o arena las playas. Hay que meditar en el corazón lo que significa ser Madre de Dios”.

Ante semejantes palabras, nadie entiende cómo el protestantismo y las sectas rechazan el culto de la Virgen. Aunque, para nosotros, ella es un signo de esperanza dentro del Ecumenismo. La Madre no pudo ser causa de división entre los hijos.

5. El Concilio Vaticano II, el nuestro (1962-1965), no tuvo que decir nada nuevo respecto del dogma, tan claro desde hacía tantos siglos. Pero le dio una dimensión enorme al tomar la Maternidad de María en su significado salvífico, es decir, en lo que fue y sigue siendo para nuestra salvación.

En la anunciación, María se entrega del todo a Dios como madre de Jesús en su obra de Salvador, unida a Jesús hasta el extremo, y en el Calvario acepta ser también madre de los hombres, a los que acoge y de los que cuidará y se preocupará hasta la consumación de los siglos. Dice el Concilio:

“María, al aceptar el mensaje divino, se convertía en Madre de Jesús, *en Madre de Dios*, y se consagró totalmente a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo con diligencia a la obra de la redención con Él y bajo Él, con la gracia de Dios omnipotente” (LG 56).

Por lo mismo, el Concilio acepta y afirma de nuevo la Maternidad divina de María, pero explica su finalidad: no era un don sólo personal para Ella, sino para todos nosotros como instrumento en la mano de Dios para nuestra salvación.

Dicho esto, se entiende perfectamente el sentido de la fe y el acierto del Pueblo de Dios, que compuso la segunda parte del Avemaría. Después de la Palabra de Dios en la primera parte, intercala el nombre de **Jesús**, y abre esa

segunda parte, el *Santa María*, confesando diariamente millones de veces con el “**Madre de Dios**” la grandeza máxima de que está adornada la Virgen.

Es lo mismo que dice la oración del *Sub tuum praesidium*, citada más arriba: “*Dei Genetrix*”, al pie de la letra, “*la que engendra a Dios*”. Imposible una expresión más clara y grandiosa.

6. La Maternidad divina de María, por excelsa que sea, se entiende fácilmente. En Jesús no hay más que UNA sola persona que es Dios, la del Hijo de Dios.

Y María daba consciente y libremente naturaleza humana al Hijo de Dios. Porque los padres engendran no precisamente un cuerpo, sino un individuo, una persona, un YO, como decimos hoy. Y el YO de Jesús era DIOS.

Jesús, que no tiene más que UNA persona, es engendrado en su divinidad por el Padre desde toda la eternidad. Y en el tiempo es engendrado en su humanidad por María.

Jesús, su ÚNICA persona, dice con la misma razón “Dios es mi Padre” que “María es mi Madre.”

Para la vida

1. Por su dignidad incomparable, merece María nuestro máximo honor, según el Concilio:

“Los fieles deben venerar en primer lugar la memoria de la gloriosa siempre Virgen María, Madre de Dios y de nuestro Señor Jesucristo” (LG, 52).

2. Según el mismo Concilio (LG, 53), María “está enriquecida con la prerrogativa y dignidad suprema de ser Madre de Dios Hijo, y, por lo tanto, hija predilecta del Padre y sagrario del Espíritu Santo”. Esto nos hace ver el valimiento que tiene ante Dios y la confianza con que podemos acudir a ella. ¿Puede Dios negarle algo cuando intercede por nosotros?...

3. Y aunque parezca inconcebible, nos asemejamos a la Madre de Dios. Con palabras de San Ambrosio nos lo recuerda el papa Benedicto XVI en la *Verbum Domini*: “Todo cristiano que cree, concibe en cierto sentido y engendra al Verbo de Dios en sí mismo: sí, en cuanto a la carne, sólo existe una Madre de Cristo, en cuanto a la fe, en cambio, Cristo es el fruto de todos. Así pues, todo lo que le sucedió a María puede sucedernos ahora a cualquiera de nosotros en la escucha de la Palabra y en la celebración de los sacramentos”.

NOTAS

(1) Conviene explicar de una vez la relación que tiene María con la Santísima Trinidad. Trato con esta nota de resumir varias páginas del libro del Cardenal, sin citar al pie de la letra sus palabras, aunque cito las páginas.

¿Qué Persona de la Santísima Trinidad realizó la encarnación del Hijo de Dios? Las tres por igual: el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo decretaron y realizaron la encarnación, aunque la asumió de María sustancialmente sólo el Hijo, el Verbo. El alma humana de Jesús, para ser unida al cuerpo de Jesús en el seno de María, fue creada por Dios Trinidad, pero poseída **personalmente** sólo por el Hijo. Y así, el hombre engendrado por María es realmente el Hijo de Dios hecho hombre: Hijo eterno de Dios, e hijo de María en el tiempo. No hubo ni un minimísimo instante en el que Jesús fuera sólo hombre y no Dios en dos naturalezas: perfecto Dios y perfecto hombre desde el primer instante de su ser. No se metió el Hijo de Dios en un cuerpo que ya existiera, aunque no fuese más que un simple embrión, sino que ese embrión empezó siendo Dios (60).

Esto hizo que el Padre pueda decir:

-María, por ti tengo como hombre a mi Hijo.

Y María, a su vez:

-Padre Eterno, por ti tengo a mi hijo como Dios.

Y además, Jesús llama a María “Madre mía” con la misma naturalidad con que llama “Padre mío” al Padre eterno, y se une a María con el mismo amor con que se une al Padre.

Y todo lo hizo Dios, como confesamos en el Credo, ‘*por obra del Espíritu Santo*’, el cual, siendo el amor y el abrazo fuerte e intensísimo que el Padre y el Hijo se dan en el seno de la Trinidad, estrecha ahora a María haciéndola partícipe del abrazo de amor y gozo entre el Padre y el Hijo (62).

Esta es la gran realidad de María con la Santísima Trinidad y su relación con el Espíritu Santo en la obra de la salvación. Así vemos por qué el Concilio remarcó tanto la unión del Espíritu Santo con María (60 a 67).

11. LA MADRE NUESTRA

“Ser Madre”, decíamos al mirar el árbol, es la esencia constitutiva de todo el ser de María: Madre de Dios y Madre de todos los redimidos desde cualquier ángulo que se la mire. Por eso, después de haberla contemplado como Madre de Dios, ahora nos toca mirarla como Madre nuestra.

Vimos que María es Madre de Dios; pero, se nos ocurre preguntar: Si fuera María sólo Madre de Dios, ¿nos interesaría tanto como nos ha interesado e interesa siempre? Ciertamente que la veneraríamos, asombrados de su grandeza. Pero, ¿la amaríamos tanto si, a la vez, no fuera Madre nuestra?...

Esta lección es algo especial porque arranca mucho cariño a nuestros corazones.

Y hemos de empezar diciendo que eso de llamar “Madre” a María no es un nombre que le damos por afecto, sino que es una realidad: María es **verdadera** Madre nuestra, y no solamente por un título externo, como del amor, sino por motivos reales internos, porque nos engendra y desempeña con nosotros funciones maternas.

No es Madre nuestra porque nos haya adoptado, pues entonces lo sería sólo en sentido jurídico, sino porque ha contribuido con Cristo a nuestra generación espiritual. El Concilio dice: “Es verdaderamente madre de los miembros de Cristo, porque cooperó con su amor a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella Cabeza” (LG 53).

Vamos a desarrollar algo todo esto en los números siguientes.

1. La Biblia tiene, como siempre, alguna palabra que decimos. En un mundo en el que la mujer contaba muy poco socialmente, la Biblia, a la vez que tiene páginas muy duras contra ella en los Sapienciales, por otra la elogia grandemente en la historia de Israel, ensalza a sus heroínas, y, en cuanto a la madre, bendice a los hijos que la cuidan y colman de amor.

Y es curioso el dato que nos ofrece el Nuevo Diccionario de Mariología. La Biblia trae 220 veces la palabra *madre* y 781 la palabra *mujer*, con sus funciones más significativas en el orden físico de concebir, estar encinta, dar a luz, generar, amamantar; pero otras con significados hondamente expresivos por sus “entrañas maternas”, que son fuentes de amor y de ternura, hasta llegar Dios a decir de sí mismo: “Como a un niño a quien su madre consuela, así os consolaré yo” (Is 66,13); todo esto porque la madre tiene una fuerza enorme para afrontar el sacrificio, los dolores del parto, y se convierte en fuente de

vida como colaboradora de Dios, tal como dice Eva en Génesis 4,1: “He adquirido un hombre con la ayuda del Señor” (DM, 1200).

Ahora bien, no debemos llevarnos una decepción porque en el Nuevo Testamento nunca se llama a María “Madre nuestra”, sino sólo “Madre de Jesús”. Y, sin embargo, la *maternidad espiritual* de María respecto de nosotros brilla con esplendor en la Sagrada Escritura como verdad de fe, precisamente por nacer de la maternidad *física* de Jesús. Por ser madre de Jesús, es María también madre nuestra.

2. La primera raíz de la maternidad espiritual de María se encuentra en el paraíso. Jesús y María están estrechamente unidos en nuestra salvación como Adán y Eva lo estuvieron en nuestra perdición.

Dios maldijo a la serpiente, la instigadora del pecado, pero prometió reparar toda la destrucción del primer Adán por el “nuevo Adán”, Jesucristo, al que estuvo íntimamente unida María, la “nueva Eva”, la cual extendería su maternidad espiritual a todos los salvados.

3. La Madre del Cristo total aparece sin más en la encarnación del Hijo de Dios al hacerse hombre en las entrañas de María. Por ser María la madre física del que es nuestra Cabeza, es por eso mismo la madre espiritual nuestra, porque María llevó en su seno a Jesús entero, al Jesús total, a la Cabeza y a los miembros, al uno *físicamente* y a los otros *espiritualmente*. De no ser esto así, abríamos de decir que Jesús en el seno de María no era aún Cabeza nuestra ni nosotros sus miembros. Por lo mismo, buscando razones por las cuales María es Madre nuestra, encontramos la primera en que es la *Madre de Jesús*.

4. El milagro de la boda de Caná (Jn 2,1-12), el agua convertida en vino, es según el evangelista Juan un avance para demostrar, con la solicitud *materna* de María, que María es madre de los hombres. Es Jesús quien lleva en el milagro todo el protagonismo, pero lo ha hecho por la intervención de una mujer fina que se ha dado cuenta del apuro en que se van a ver los nuevos esposos cuando noten que falta el elemento que alegra la fiesta. Sabiendo que se expone a un fracaso, le comunica delicadamente a Jesús: “No tienen vino”. Jesús se sorprende de la audacia de su Madre, la cual se da cuenta de que ha vencido, y dice resuelta a los sirvientes: “Hagan lo que él les diga”. Jesús realiza el milagro para demostrar su poder mesiánico y ganarse la fe de sus discípulos en Él.

Lo interesante es que el milagro realizado por Jesús está bajo el signo de María, la cual aparece preocupada por el apuro de los demás, y por otra parte lleva a todos hacia la fe en Jesús, convirtiéndose así en madre espiritual de ellos; y lo confirma Juan con sus palabras últimas al presentar a Jesús en Cafarnaúm con su madre y sus discípulos.

“En este sentido, el cuarto evangelista nos presenta a María como la Madre de los cristianos, porque coopera a que se abra la flor de la fe en el corazón de los hombres, y por tanto el nacimiento de los hijos de Dios” (DM 1201), conforme a lo del mismo Juan 1,12: “A cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre”.

5. Al presentarse ante la cruz, María se constituye en la *Asociada del Redentor*, convertida en Madre nuestra por “nuevo título de dolor y de gloria”, decía el papa Pío XII, ya que contribuía personalmente a la adquisición de la gracia que nos merecía Cristo, el cual la proclamaba “La Mujer”, segunda Eva, madre de los vivientes según la gracia.

Este es el pasaje bíblico cimero de la Maternidad espiritual de María sobre todos los redimidos. Lo encontramos en el Evangelio de Juan, cuando dice a María desde la cruz: “Ahí tienes a tu hijo”. Y a Juan: “Ahí tienes a tu madre” (Jn 19,26-27). Ya hemos dicho que María era madre nuestra desde el primer momento de Jesús en el seno de la Virgen. Es cierto. Pero en la cruz hizo de ello Jesús una declaración grandiosa. De no haberlo sido ya, entonces mismo se hubiera convertido María en madre nuestra y nosotros en hijos suyos, porque la palabra de Dios es **creadora**: lo que dice, queda hecho.

6. Ahora nos tocaría el analizar estas palabras de Jesús, bellas, emocionantes y profundas, pero hemos de contentarnos con alguna idea nada más.

Sólo tres o cuatro Padres de la antigüedad, y muy pocos escrituristas modernos, piensan que se trata de un afecto filial de Jesús a su Madre, y la encomienda a Juan para que no quede abandonada. No se admite hoy por nadie este parecer. Juan habla de “La Mujer” y del “discípulo” en sentido **simbólico**. *La Mujer* es la Madre de todos los vivientes en la nueva creación, la nueva Eva; y *el discípulo* es todo creyente, todo predestinado a la gracia y a la gloria.

Dice “Mujer” como en Caná. Sin ese sentido simbólico, hubiera dicho “María”, o “Madre” significando a su madre propia, y al discípulo le hubiera llamado sin más “Juan”, o bien Juan se hubiera puesto en el Evangelio su nombre propio en vez del anónimo “discípulo”. Al hablar Jesús de “La Mujer”, totaliza, *universaliza* la maternidad de su madre, en alusión clara del evange-

lista a la primera madre Eva, cuyo disparate deshizo María, la Corredentora, al plantarse junto a la cruz de su Hijo. Y proclamaba también la victoria sobre Satanás, al que Dios había sentenciado en el paraíso: “La descendencia de la mujer te machacará la cabeza”.

7. Este episodio grandioso lo acaba Juan con esta observación: “Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio”. Algunas Biblias, incluso modernas, siguen traduciendo el original griego de este versículo “eís tà ídia”, o el latín “in sua”: *la recibió consigo, o en su casa*. No parece buena traducción. Es mucho más apropiada esta otra: *como propiedad suya*; al pie de la letra el “eís tà ídia”: *como sus cosas propias*.

Y a nosotros nos hace pensar: ¡Qué riqueza la del testamento de Jesús moribundo! ¡Vaya regalo que nos hace, una madre, y qué madre, la suya nada menos! María es propiedad de la Iglesia, a la vez que la Iglesia está confiada plenamente a los cuidados maternos de María hasta que estén salvados todos y cada uno de sus hijos.

Como ya hemos explicado antes, María era Madre nuestra desde que en su seno concibió a Jesús, a Jesús Cabeza que llevaba unidos a Sí a todos los miembros de su cuerpo místico. Era la Madre del *Cristo total*. Ahora Jesús la proclamaba “Madre”, diríamos, en un sentido oficial —valga la expresión—, y Madre será para siempre. María será Madre nuestra por toda la eternidad. María, **Madre eterna**.

8. Otro hecho. Al hacerla Dios **verdadera madre** ensanchó los senos de su corazón de manera que cupiéramos en él todos los redimidos. Una madre de diez hijos ama a cada uno de los diez como si no tuviera más que dos. Y, en la presencia de Dios, María nos ve a cada uno de nosotros como si no tuviera a nadie más que atender.

Y así, y de manera ininterrumpida, nos ama, nos dispensa la gracia de Dios, nos estrecha pegados a sus pechos de madre, nos defiende del enemigo y no nos suelta de sus brazos hasta vernos seguros en la Gloria. Y allá en el Cielo seguirá siendo nuestra madre, pues lo que Dios crea una vez no lo aniquila ya nunca; y a María la creó y la hizo Madre nuestra (1).

9. Como Madre de Jesús, María fue también su **formadora** en cuanto hombre, hasta que Jesús adquirió su pleno desarrollo. Y le resultó un hijo que fue su mayor orgullo, aunque el hijo le pagó con creces a su madre la formación que recibió de ella (2).

Hacemos aquí una breve interrupción, porque vale la pena. Grandes escrituristas y teólogos han resaltado la influencia de María en la formación de su hijo Jesús. Traemos sólo a dos de mucha fama.

Dice el dominico Padre **Lagrange**: “Si estuviera permitido apurar el análisis del desarrollo humano de Jesús se diría que hay en él la influencia de su Madre: su finura exquisita, su dulzura indulgente, pertenecen a su Madre”.

Y el jesuita Padre **Bover**: “Jesús quiso ponerse en manos de María para recibir el molde de la formación. De hecho, sus sentimientos, sus inclinaciones, su carácter, su lenguaje, habían de llevar impreso el cuño de la educación materna. Aquel no sé qué de virginal delicadeza, de bondad exquisita, de comprensiva ternura que caracterizan a Jesús reflejan la esmerada educación recibida de la Madre”.

Lacordaire atinaba bien: “Jesús, el primer caballero del mundo”...

Y como lo fue de Jesús hombre, María sigue ejerciendo su oficio de **formadora** como madre nuestra. Ahora le toca a ella formar a Jesús en nosotros. Muchos aplican hoy a este oficio de María aquellas sus palabras en Caná: “Hagan lo que él les diga”. Nos está recordando siempre lo que Jesús nos dice y manda para salir unas copias perfectas de Jesucristo. Mirando a la mayor imitadora que Jesús ha tenido como es su Madre —la que “daba vueltas y más vueltas en su corazón” a todo lo que veía en Jesús—, oiríamos su voz que nos anima mejor que Pablo a los suyos: -Venga, “imitadme a mí como yo imitaba a Cristo”, “hasta que Cristo se forme en vosotros” (1Co 11,1; Gal 4,19).

Ejemplos bonitos los de dos muchachos. Uno, el pasionista San **Gabriel de la Dolorosa**. Ante cualquier deber que le costaba algo, se preguntaba con decisión: “¿Y se lo negarás a María?”. Aquel joven seminarista escalaba los altares a sus veinticuatro años... Y la simpática madrileña **Teresita González Quevedo**, que elige entre sus compañeras el lema de congregante mariana: “Que quien me mire, te vea”. E imitó tan perfectamente a María, que le sueltan una vez en plena Gran Vía de Madrid este piropo: “Pero, ¡qué maravilla! ¡Si parece la Virgen María paseándose por la Castellana!”... Hoy está también, a sus veinte años, camino de los altares.

Así es. María nos forma infundiéndonos los sentimientos suyos, que eran los mismos de Jesús (Flp 2,5); inspirándonos delicadamente lo que debemos hacer; iluminándonos y robusteciéndonos con gracias especiales.

Como formadora de Cristo en nosotros, nos dice el papa Beato Pablo VI: “María sigue ahora en el Cielo desempeñando su misión maternal, con la que ayuda a engendrar y aumentar la vida divina en cada una de las almas de los

hombres redimidos” (*Signum magnum*). Y Pío XII, en la *Mediator Dei*: “Ella es también la que nos enseña la virtud: nos da su Hijo, y con Él todos los auxilios necesarios” (3).

10. Toda la lección queda resumida en estos tres hechos, que son muy fáciles de recordar, y que aparecen claros en la Biblia, interpretada conforme a la doctrina tradicional de la Iglesia en todos los tiempos:

10a. María es Madre de Jesús, Cabeza nuestra, y, por lo mismo, lo es también de todos los que somos sus miembros.

10b. Es la Asociada a Cristo Redentor en toda su vida, Segunda Eva, Madre de todos los vivientes por la gracia.

10c. Es, desde el Cielo, la formadora de Cristo en nosotros, que se desarrolla, con el influjo de María, hasta hacernos llegar a la plenitud de Cristo en nuestras almas (Ef 4,13). La que es madre hace llegar su maternidad hasta el fin (4).

Para la vida

1. “María es mi Madre”. Es la suprema razón del amor. ¿Es posible no quererla?... Nuestro amor no se funda en tradiciones sociales o sentimentalismos más o menos válidos, sino en una realidad revelada por Dios.

2. Hay que acudir a María con amor filial, tierno, como lo merece una madre y le gusta a la madre. En todos los asuntos de la vida, grandes y pequeños.

3. Dejarse formar por María. No impedir la obra de la gracia. Ella quiere infundirnos los sentimientos de Jesús, vividos antes plenamente en Sí misma.

4. La observación de un insigne profesor, gran mariólogo, que nos hizo observar más de una vez en sus conferencias. En los siglos medievales presentaban a María más bien como “Reina”, porque la reina era todo en aquella sociedad. Basta ver cómo revestían la imagen más célebre, la del Carmen, con lujosísimo vestido de Reina. Y así la invocaban también: “Dios te salve, Reina y Madre”. Está bien. Pero..., dejemos todos los títulos, aunque tan legítimos como el de *Señora*, y llamémosla mejor: ¡Madre mía! ¡Madre nuestra!...

NOTAS

(1) Conviene recalcar que María es Madre de TODOS los hombres, incluso de los que no la conocen.

“En la medida en que Cristo está también presente en los hombre y mujeres de buena voluntad que buscan la verdad según el juicio de su conciencia desde otras religiones, otras culturas e incluso desde el desconocimiento de Dios, María es también Madre universal de todos ellos. La acción del Espíritu de Dios desborda los límites de la Iglesia y del cristianismo, junto a él está también la presencia espiritual y la influencia de la Virgen María como arquetipo de la aceptación de la verdad y de la Palabra de Dios. Ella es Madre de todos los hombres, Madre de la fe y de la evangelización” (197).

(2) ¿Por qué María es todo amor, misericordia, y confianza nuestra? Sencillamente, porque es como Jesús.

“Si ella dio cuerpo al Hijo de Dios en su seno, ahora el Hijo de Dios se reproducía espiritualmente en su corazón de Madre. La piedad, la misericordia y la caridad de Jesús crecían también en el corazón de la Virgen María” (87).

Por todo cuanto por él hacía, Jesús le pagaba a su madre haciéndola como él en todo.

(3) Quizá esto vale especialmente para los jóvenes, a los que el amor a la Virgen les hace un bien muy especial.

“Los jóvenes de hoy, como los de siempre, son idealistas y generosos. Es posible que muchos vivan atrapados por las mil formas y figuras que les ofrece la civilización contemporánea. La sociedad actual es cambiante, insegura, seductora; los jóvenes tienen dificultad para encontrar un modelo de vida seguro, estable y convincente. El único modelo verdaderamente atractivo es sin duda Jesucristo, principio y fuente de la auténtica humanidad. Y a Jesucristo va unida la figura de la Virgen María como presencia maternal que acompaña en las luchas y aspiraciones más íntimas de la persona” (213).

(4) Mirada así María, madre que lleva hasta el fin la perfección de sus hijos, tenemos una auténtica lección de **mariología** al contemplar bajo su luz lo que dice San **Pablo** de sí mismo.

“Con más razón aún que Pablo nos puede decir y nos dice María: “Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo” (1Cor 11,1); “Hijos míos, sigo con

dolores de parto hasta que Cristo se forme en vosotros” (Gal 4,19). Lo que yo pido y deseo es que “Cristo se forme por la fe en vuestros corazones” (Ef 3,17). “Por la fe yo os he engendrado en Cristo. Os suplico, pues que seáis imitadores míos” (1Cor 4,15-16). Madre de nuestras almas, madre de nuestra fe, madre de nuestro vivir en Cristo. En una palabra, ‘Madre de la Iglesia’. María hace que la vida sobrenatural con Cristo y con Dios nos resulte más fácil y sencilla, humana, familiar. Este es el “toque” mariano del catolicismo, la fuerza de la fe católica frente a cualquier abstracción. El calor familiar de la vida cristiana frente al desamparo y la frialdad cuando falta la fe” (149).

12. LA CORREDENTORA

¿Es aceptable esta lección? No se lo pregunten a un no católico, porque se la rechazará de plano. Sin embargo, a nosotros nos mete en uno de los misterios más profundos de María: ella cooperó activamente a nuestra salvación por su unión con Jesucristo el Redentor, aunque María fuese también una redimida, y con una redención más egregia que la nuestra. La Virgen fue a la vez redimida y corredentora. Lo vamos a ver.

Una lección difícil, quizá una de las más difíciles de la Mariología, la de la “Corredentora”, aunque el creyente de ojos limpios, de ojos de niño, ve y acepta con naturalidad lo que Dios nos revela y la Iglesia nos enseña; penetra en la Palabra de Dios mejor que nadie, y no ve contradicción ninguna en ciertas expresiones de la Biblia, por ejemplo, en la más seria de todas sobre este punto, el texto de Pablo en 1 Timoteo 2,5: **“Dios es uno, y ÚNICO también el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús”**.

Defendiendo nosotros esta verdad, con igual o mayor tesón que los hermanos separados y los de las sectas, vemos cómo Dios puede asociar a María a la obra redentora de Cristo. Pero, eso sí; en esta lección, desde el principio, tendremos en cuenta, como una cuña metida en la cabeza, esta verdad: que María es corredentora

**siempre en dependencia de Jesucristo,
en un segundo plano,
y recibiendo toda su eficacia de la Redención de Cristo,**

pues la misma Virgen María tuvo que ser también redimida por la sangre de Jesús, tal como explicamos detenidamente al hablar de la Inmaculada Concepción en su lección respectiva. Digamos desde el principio que en el Concilio se suprimió expresamente la palabra “Corredentora”, aunque los Padres conciliares la tenían muy presente y desarrollaron la doctrina de la corredención sin usar una palabra inaceptable para los hermanos no católicos.

María fue la colaboradora de Jesús **desde el instante mismo de la encarnación** del Hijo de Dios en su seno, colaboradora inseparable de él en toda su vida. Para el Concilio —y esto es muy importante—, la corredención de María abarca *toda su vida*, y no sólo el Calvario. Es corredentora porque su vida *entera* estuvo asociada a la Persona y vida entera también del Redentor.

Vamos a señalar algunos puntos concretos.

1. Ante todo, ¿qué significa la palabra “redimir” y qué entendemos con ella en el lenguaje cristiano? Redimir es lo mismo que “rescatar” una cosa o una persona perdida, “pagando” lo que vale y se nos exige. Ahora bien, la humanidad entera se perdió entregándose por el pecado a Satanás y a la muerte eterna. Para ser rescatada con el perdón de Dios, Dios exige nada menos que la Sangre de su Hijo hecho hombre. Jesucristo paga por nosotros en la Cruz, y, más fuerte que el demonio, éste ha de devolver su presa. Jesucristo, nuevo Adán, se ha convertido en el **Redentor** de los hombres. El único Redentor. El único necesario. Con él había precio bastante y sobraba para el rescate, por ser su sangre de valor infinito.

2. Si ahora pasamos a María, vemos que también ella va a pagar por nosotros, aunque **en un plano secundario y subordinada del todo a Jesucristo.** Empieza por ser la primera redimida y de modo muy superior a los demás: por los méritos de Jesucristo, Dios la preserva hasta del pecado original y la hace Inmaculada. Sin mancha alguna ante Dios, la “Agraciada”, al recibir el anuncio del ángel, entrega su vida entera, voluntariamente y de manera irrevocable a la voluntad de Dios, en la Persona y en la obra de Jesús. Dios la acepta por su fe, su obediencia y su sacrificio en unión de su Hijo. El SÍ de la anunciación era un abrazarse con todo lo que pudiera venir... Se sometía libremente a la voluntad de Dios, abrazando del todo en su vida propia la vida del Hijo que Dios le daba.

3. Por voluntad expresa de Dios, esta elección de María como **asociada** al Redentor fue tan eterna como el decreto mismo de la Redención. La elección de los elegidos es eterna (Ef 1,4), y Dios eligió a María como Madre suya asociándola en todo a Jesús el Salvador, y, por los méritos de Jesús, la redimió antes que a nadie haciéndola Inmaculada para que fuera **digna** Madre suya. Aceptaba después la vida de María, ya redimida y totalmente pura, en unión de la de Jesús. Digamos que, aunque no hacían ninguna falta, Dios añadía a los méritos de Jesús los méritos también de María. El principal y **único necesario** es Cristo Jesús, pero Dios se complacía y aceptaba con Él la obediencia y sacrificios de su madre.

4. El Concilio habla de la predestinación eterna de María como *corredentora*, pero sin usar la palabra, con un parrafito precioso: “La Santísima Virgen, predestinada desde toda la eternidad como Madre de Dios juntamente con la encarnación del Verbo, por disposición de la divina Providencia, fue en la tie-

rra la Madre excelsa del divino Redentor, compañera singularmente generosa entre todas las criaturas y humilde esclava del Señor” (LG 61).

5. Esto de la vida entera de María unida a la vida del Redentor, lo vemos desde un principio en la profecía de Simeón, que adivina a Jesús como Redentor, el “signo de contradicción”. Ante la profecía siniestra, María reafirmaba el SÍ de la anunciación (Lc 2,35). La espada profetizada en aquel momento la llevó siempre fija en la mente sin saber cual y cómo sería, pero sin rechazarla nunca y repitiendo siempre el “hágase tu voluntad”. Así se ofrecía de continuo a Dios como una hostia inmaculada hasta que llegase la hora suprema.

6. Y llegó la Hora de Jesús, que fue también la hora de María, cuando Jesús se humilló ante el Padre “hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz”. San Pablo dice que Jesús “se hizo maldición por nosotros” (Gal 3,13). María sabía, como todo judío, que era “maldito” el que colgaba de un madero. Humillación inmensa del Hijo en la que se metía también voluntariamente la madre, la cual, sin avergonzarse de su Hijo, fue valiente hasta el Calvario. “Su subida al Calvario, su **estar** a los pies de la cruz, fueron una participación del todo especial en la muerte redentora del Hijo” (Juan Pablo II, *Salvifici doloris* 25).

Juan dice que la Madre de Jesús, María, “estaba firme junto a la cruz”, dejando que su corazón quedase destrozado por tanto dolor, renunciando a sus derechos maternales. Y todo en una oscuridad de fe que nosotros no entendemos. María podía repetir a Dios con toda razón el misterioso “¿Por qué me has abandonado?” que Jesús dirigía al Padre.

El Concilio nos dice esto de manera casi patética: “Así avanzó también la Santísima Virgen en la peregrinación de la fe, y mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz, junto a la cual, no sin designio divino, se mantuvo erguida, sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado, y, finalmente, fue dada por el mismo Jesús agonizante en la cruz como madre al discípulo con estas palabras: Mujer, he ahí a tu hijo” (LG 58).

María entregaba a Dios su propio Hijo cuando lo vio expirar, y, durante una soledad inacabable, siguió con toda la pasión de Jesús clavada en su alma, hasta que lo sintió salir triunfante del sepulcro. El Calvario y la soledad de

María fueron una inmolación total que Dios le aceptaba a María con el sacrificio del mismo Jesús (1).

7. La respuesta de Dios, por labios de Jesús en la cruz, es clara: María, por este hecho, consumación de todas sus renunciaciones maternas en su vida entera, fue declarada “La Mujer”, la Segunda Eva, Asociada al Redentor en el merecimiento de la gracia, como estuvo asociada Eva al primer Adán en nuestra ruina. La Iglesia nacía del costado de Cristo traspasado en la cruz, como Eva del costado de Adán dormido bajo las frondas del paraíso; y María, con el “ahí está tu hijo”, se convertía en la Mujer, la madre de todos los redimidos.

8. Esto hacía que, a partir de entonces, María pudiera ser, en dependencia de Jesucristo, la dispensadora connatural de la gracia merecida por el Redentor. Era María la primera redimida y la primogénita de la Iglesia, llamémosla así. El primer miembro y el más eminente entre todos los redimidos; la imagen de lo que tenía que ser la Esposa de Cristo, sin mancha ni arruga después que la había lavado Jesucristo con su sangre (Ef 5,26). Y así María, una vez preservada del pecado por Jesucristo de manera tan eminente —¡Inmaculada desde su Concepción!—, pudiera ser, por su colaboración también al sacrificio de Jesucristo, la mejor dispensadora de la gracia divina.

9. Todo lo dicho en los ocho números anteriores, podríamos reducirlo a estas tres afirmaciones, que no cuesta recordar:

-María fue la “compañera generosa” del Redentor durante toda su vida, aunque especialmente ante la cruz;

-fue también redimida, y de modo singularísimo, para ser del todo *agraciada* ante Dios y capaz, por lo mismo, de ofrecer también, en unión del de Jesús, su propio sacrificio agradable a Dios;

-de este modo, es la criatura más apta para distribuir también la gracia merecida por Jesucristo el Redentor.

10. El Concilio ha dicho esto en un párrafo extraordinario: María, “concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo en el templo al Padre, padeciendo juntamente con su Hijo agonizante en la cruz, cooperó a la obra del Salvador de un modo totalmente extraordinario por la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad, a fin de restaurar la vida sobrenatural en las almas. Por tal motivo es nuestra madre en el orden de la gracia” (LG 61).

La piedad de la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo, no se equivoca. Y la devoción precisamente a los Dolores de María es una de las más entrañadas en nuestro pueblo. El arte ha expresado también este sentir de nuestras gentes cristianas, y ahí tenemos el “Stabat Mater” de Jacopone da Todi, que pasa como uno de los himnos líricos más sublimes de la literatura universal.

“La Madre piadosa estaba
junto a la cruz y lloraba
mientras el Hijo pendía;
cuya alma, triste y llorosa
fiero cuchillo tenía.

¡Oh cuán triste y cuán aflicta
se vio la Madre bendita,
de tantos tormentos llena!
cuando triste contemplaba
y dolorosa miraba
del Hijo amado la pena.

¿Y cuál hombre no llorara
si a la Madre contemplara
de Cristo, en tanto dolor?
¿Y quién no se entristeciera,
Madre piadosa, si os viera
sumida en tanto rigor?

Por los pecados del mundo
vio a Jesús en tan profundo
tormento la dulce Madre.
Vio morir al Hijo amado,
que rindió desamparado
el espíritu a su Padre.

¡Oh dulce fuente de amor!,
hazme sentir tu dolor
para que llore contigo;
y que, por mi Cristo amado,
mi corazón abrasado
más viva en él que conmigo”...

Y siguen estrofas bellísimas. El original latino, naturalmente, es mucho más expresivo, pero la traducción que hemos traído —de Lope de Vega nada menos—, es también de lo mejor de nuestra literatura española. Desde el siglo XIII se ha cantado este himno en la Iglesia, pues la música lo reconoce en muchas piezas de gran valor, y un santo como el barcelonés San **José Oriol** se lo hizo cantar en su agonía; escuchándolo se fue al Cielo.

Para la vida

1. Conciencia y sentimiento de lo que costamos a María. Los Dolores de María, como el Viacrucis, son consideraciones eminentemente santificadoras.

2. Colaborar con Jesús y María en la salvación de los hombres cuya salvación está en peligro. Los sacrificios nuestros voluntarios, unidos a la Sangre del Redentor por la salvación de las almas, son eficacísimos. Son el valor siempre actual de los cristianos expresado por San Pablo: “Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, a favor de su cuerpo que es la Iglesia” (Col 1,24). Porque todos somos, en cierta manera, “corredentores” con Jesús, a imitación de María. Con ellos están todos los que generosamente se entregan mediante la oración, el sacrificio y la acción apostólica, muy dura a veces, a la salvación de los hombres, especialmente los más necesitados de la misericordia divina.

3. Esta lección nos hace entender en su punto verdadero el mensaje central de Fátima: “Habéis visto el infierno, a donde van a parar las almas de los pobres pecadores. Para salvarlas, el Señor quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado”. Y señalaba la Virgen a los niños videntes como medios la oración constante, sobre todo del Rosario, y la práctica de sacrificios voluntarios.

4. Por su Corazón Inmaculado y dolorido, María fue la gran Asociada a la redención de Cristo. No es extraño que ahora —repetimos, conforme a lo de Pablo: “suplo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo”—, busque la Virgen voluntarios que le ayuden en la gran faena de la salvación de los que están en peligro de perderse.

NOTAS

(1) “El ofrecimiento de Jesucristo por nuestra salvación arrastra a María hasta la tragedia del Calvario, hace de su maternidad virginal una maternidad dolorosa con el dolor de la cruz de Jesús y es la causa del amor de María por nosotros” (87).

13. LA MADRE DE LA IGLESIA

A la Corredentora en el Calvario, Jesús moribundo la declara Madre de la Iglesia. Por eso, decir que María es la Madre de la Iglesia no es decir nada nuevo. Pero en nuestros días, a partir del Concilio, ha venido a ser un título queridísimo en el Pueblo de Dios. En esta lección vamos a ver por qué y cómo es María la Madre de toda la Iglesia igual que lo es de cada uno en particular, tal como vimos en la lección “La Madre nuestra”, de la cual ésta viene a ser como un complemento: la misma realidad con diferente expresión. Un tema que abordamos con gusto especial.

Recordamos el gesto aquel del Beato Pablo VI, el 21 de Noviembre de 1964. Acababa la tercera sesión del Concilio, cuando el Papa había firmado y promulgado la imponente Constitución *Lumen Gentium* sobre la Iglesia. E improvisadamente, recogiendo el sentir de todos los Padres conciliares —más de tres mil Obispos asistentes—, y de los fieles de todos los tiempos, proclamó a María *Madre de la Iglesia* con palabras emocionantes.

Dijo el Papa: “Así pues, para gloria de la Virgen y consuelo nuestro, proclamamos a María santísima “Madre de la Iglesia”, es decir, Madre de todo el pueblo de Dios, tanto de los fieles como de los pastores, que la llaman Madre amorosa y queremos que de ahora en adelante sea honrada e invocada por todo el pueblo cristiano con este gratísimo título”.

En la basílica de San Pedro del Vaticano resonó un aplauso atronador, que no quería acabar, sin que las manos se cansaran...

De suyo, el Papa no hacía más que repetir ahora en voz alta lo que acababa de firmar en la Constitución: “La Iglesia Católica, instruida por el Espíritu Santo, honra a María con afecto de piedad filial como a Madre amantísima” (LG 53). Pero aquel acto expreso, especial e inesperado, iba marcar a la Iglesia en adelante con un amor mucho más consciente y tierno a la Madre bendita.

1. Digamos desde un principio, como introducción, que vamos a tener muy presente que María es una mujer normal, hermana nuestra, mujer de la raza humana, redimida por Cristo..., pero esto no impide que ocupe en la Iglesia un puesto del todo singular, único e irrepetible, superior al de todos los demás miembros de la Iglesia. Todo, porque es la Madre de Dios y la Madre nuestra.

María es *inmanente* en la Iglesia, con la misma vida que los demás miembros de la Iglesia. Pero *trasciende* a la Iglesia, porque, como Madre, es superior al resto de la Iglesia.

O sea, que María es miembro de la Iglesia como todos nosotros —esto quiere decir “inmanente”—, pero superior a todos los demás.

Algo parecido a lo que afirmamos de Cristo. Es “inmanente” en la Iglesia porque es un miembro de la Iglesia; pero es *trascendente* a la Iglesia porque *la sobrepasa infinitamente* como Cabeza de la misma Iglesia.

2. Varios son los fundamentos de este bellissimo título. Los mismos de siempre. Pero adelantamos uno que compendia a todos los que podamos enumerar y que basta él solo por todo lo que vayamos a decir:

*María es la Madre de la Iglesia por su maternidad divina. Al ser la Madre de Cristo Dios, que desde el primer instante de su ser como hombre en el seno de María era la **Cabeza** de su Cuerpo que es la Iglesia, al ser María la Madre de Cristo era, por lo mismo, la Madre de la Iglesia.

Porque la Cabeza, Cristo, es inseparable de todos los miembros de su Cuerpo Místico. Y María era la Madre del **Cristo total**. Con esto ya está dicho todo. Pero vamos a explicarlo con más detalles.

3. Necesariamente, repetimos lo anterior. María es Madre del Cristo total, *fisicamente* de Jesús individuo, al que concibe y gesta en su seno; y *espiritualmente* de todos los miembros de Cristo, porque todos los redimidos estábamos ya unidos a Cristo como Cabeza nuestra. María, por lo mismo, nos llevaba a todos como Madre en su seno y en su corazón. Desde la encarnación del Verbo era Madre de la Iglesia, formada por los miembros de Cristo.

Cabe aquí una consideración importante. La Iglesia no es precisamente una institución magnífica de Jesucristo, fundada sobre una Roca visible, Pedro, el Papa, con promesa de supervivencia hasta el final de los siglos. Es mucho más. Es un cuerpo con la misma vida de Dios, llevada por Cristo Cabeza a todos sus miembros, y dotada, por el mismo Cristo, con una Madre que la nutre con la misma gracia merecida por el Redentor.

El Beato Pablo VI nos lo dice con estas palabras:

“En verdad la realidad de la Iglesia no se agota en su estructura jerárquica, en su liturgia, en sus sacramentos, ni en sus ordenanzas jurídicas. Su esencia íntima, la principal fuente de su eficacia santificadora, ha de buscarse en su mística unión con Cristo; unión que no podemos pensarla separada de Aquella que es la Madre del Verbo Encarnado, y que Cristo mismo quiso tan íntimamente unida a sí para nuestra salvación” (1).

Y San Pío X, con frase lapidaria:

“Llevando en su seno a Cristo, nos llevó a nosotros”.

4. De la Anunciación saltamos de golpe hasta el Calvario. No hay teólogo que no lo haga. Siempre se ha considerado el nacimiento o principio de la Iglesia al abrirse por la lanza el costado y el corazón de Cristo en la Cruz. De allí salía la Esposa de Cristo, manifestada por la sangre y el agua, como Eva del costado de Adán dormido en el paraíso.

Momentos antes de recibir esa lanzada, Jesús moribundo dicta su testamento dirigiéndose a María y a Juan, cuyos nombres no pronuncia, sino que los cambia por otros mucho más significativos. “Mujer, ahí tienes a tu hijo... Ahí tienes a tu madre” (Jn 19,26-27). Desde que empiezan los grandes escritores de la Iglesia en el siglo IV, acabadas las persecuciones romanas en el 313, todos dan a estas palabras una extensión *comunitaria*, y no de simple madre-hijo en sentido familiar, como si Jesús encomendara su madre a un discípulo concreto para que no quedara la pobre viuda abandonada. Todos los Santos Padres vieron en la “Mujer” a María, la nueva Eva, como Madre de todos los redimidos, de todos los creyentes, de la Iglesia entera, simbolizados en el “discípulo”.

Ha sido la interpretación unánime en todos los siglos. Ya en nuestros tiempos, el Papa León XIII nos lo recordaba con estas palabras:

“En la persona de Juan, según el pensamiento constante de la Iglesia, Cristo quiere referirse al género humano y particularmente a todos los que habrían de adherirse a él con la fe”.

5. No es esto una interpretación arbitraria del Evangelio. Los exegetas modernos están acordes en que Juan 19,26-27 es un testamento verdadero de Jesús, que proclama la maternidad espiritual de María sobre todos los fieles.

La presencia de María al pie de la cruz tiene una importancia grande, indicada con tres palabras “proféticas” tan propias de la Biblia, esta vez no en labios de un enviado, sino del mismo Jesús: vio, dijo, ahí. “Vio”: señala a María, la persona elegida para el mensaje. “Dijo”: expresa el mensaje, la misión. “Ahí tienes”: da el encargo.

Lo mismo va a hacer con Juan, el *discípulo*, que representa a todos los creyentes, es decir, a la Iglesia entera.

Este gesto de Jesús moribundo, al parecer tan simple, es de una grandiosidad bíblica sin igual. Jesús confiaba la Iglesia a María como a Madre; y entregaba María a la Iglesia como a hijos.

6. Otro punto que la exégesis moderna tiene muy en cuenta es lo del capítulo primero de los Hechos de los Apóstoles, al narrar la vida del grupo en el cenáculo: “Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas

mujeres y MARIA, la Madre de Jesús, y con sus hermanos” (Hch 1,14). Este “María, la madre de Jesús” está dicho por Lucas con toda intención. María ocupa un lugar especial, del todo propio, diferente de los otros tres de los apóstoles, las mujeres y los familiares (2).

María cooperó al nacimiento de la Iglesia no sólo al concebir a Jesús en su seno y al asociarse a él en el Calvario, sino al atraer con su oración al Espíritu en el cenáculo cuando la proclamación solemne de la Iglesia en el día de Pentecostés. En esta ocasión, María estaba en el grupo como madre, como corazón, mientras que Pedro era el jefe indiscutible (3).

7. Llamamos a María con toda propiedad Madre de la Iglesia porque ha sido y es el auxilio de la Iglesia en todas sus luchas, la compañera y protectora en todas sus vicisitudes. Insiste el Concilio: “Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada” (LG 62).

Son muchos —¡somos!— miles y miles los cristianos que podemos dar testimonio personal de este cuidado amoroso de la Virgen como madre nuestra. Pero, como dicen hoy teólogos muy serios, este cuidado maternal de María sobre la Iglesia se palpa también a nivel social y colectivo, sobre todo en momentos cruciales de muchos pueblos cristianos y aún de toda la Iglesia. Viene aquí el recuerdo de los santuarios marianos, como Lourdes y Fátima frente al Racionalismo y Comunismo, o Guadalupe para toda América Latina. Son realidades que la Historia no puede negar. Se necesita ceguera para no ver a la Madre de la Iglesia, hasta de manera palpable, en estos acontecimientos de todos conocidos (4).

Entre nosotros, hemos de mencionar de modo especial a **Guadalupe**. Sin la aparición del Tepeyac no se explica fácilmente la extensión tan rápida de la evangelización en México y la firmeza de su fe en medio de tanta persecución. Pero nuestros Obispos en Puebla reconocieron este hecho como algo común en todos nuestros pueblos latinoamericanos. Con toda propiedad llamaron a la Virgen la “Estrella de la Evangelización”, y no se equivocaban. Lo recalca con autoridad un párrafo del Diccionario de Mariología:

-Las primeras afirmaciones del documento (de Puebla) van dirigidas a acentuar la Maternidad de María respecto a los pueblos latinoamericanos. María, en efecto, pertenece “a la íntima identidad propia de estos pueblos”, de modo que todos los santuarios marianos latinoamericanos, comenzando por el de Guadalupe, son signos del encuentro de la fe de la Iglesia con la historia latinoamericana. Esa identidad se simboliza muy luminosamente en el rostro mestizo de María de Guadalupe, que se yergue al inicio de la evangelización”.

8. ¿Y qué hace ahora María como Madre de la Iglesia? No está ociosa, que digamos. Porque, glorificada en el Cielo, sigue ejerciendo sus oficios maternales con cada uno de los fieles, hasta conseguir su salvación final. Pensemos en estos tres puntos.

Primero, María está metida de lleno en la Iglesia como miembro suyo principal, como el primero de todos, después de Jesús, y es imposible que se desentienda de ella.

Segundo, que la Iglesia peregrina debe ser como lo fue Ella, imitadora perfecta de Jesús.

Tercero, que el cristiano, como miembro de Cristo, suspira siempre secretamente por la unión definitiva con el Señor.

Esto condiciona el quehacer de María glorificada en el Cielo respecto de sus hijos (5).

Nos lo dice el Concilio con palabras contundentes: “Esta maternidad de María perdura sin cesar hasta la consumación perpetua de todos los elegidos. Pues asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna” (LG 62).

9. María y el Ecumenismo. Punto que dejamos para el final, pero de actualidad suma. ¿Y ayuda María al Ecumenismo? ¿No es Ella causa de separación entre los hermanos? No nos dejemos llevar por las apariencias. La unión comenzará por María, no lo dudemos. El Papa León XIII, avanzándose mucho al Concilio Vaticano II, había escrito: “La causa de la unidad de los cristianos pertenece específicamente al oficio de la Maternidad de María. Porque a cuantos son de Cristo, no los ha engendrado María ni podría engendrarlos sino en una sola fe y en un único amor”.

El Concilio admite como una esperanza “el hecho de que aun entre los hermanos separados no faltan quienes tributan el debido honor a la Madre del Señor y Salvador” (LG 69).

En medio de la seriedad de la lección, descansamos un momento con una anécdota preciosa. Aquel gran Jefe militar y héroe de la Primera Guerra Mundial, Hindenburg —admirado por su pueblo vencido y respetado grandemente por el enemigo vencedor—, llegó a ser Presidente de Alemania. De religión protestante luterano, demostró ser sin embargo un gran amante de la Virgen María. Tenía en su despacho una preciosa imagen de la celestial Señora, a la que dirigía miradas muy tiernas. Más de una vez se le preguntó con extrañeza:

-¿Cómo? ¿Usted también honra a María, como los católicos?

Y el gran hombre de Estado, respondía convencido:
-Sí; María me eleva y me educa. Ella me representa los valores espirituales.
Con sólo mirarla me vuelvo mejor.
Este hombre tan excepcional, pareciera que hubiese aprendido y se hubiese hecho suyo el consejo de San Juan de Avila:
-Rueguen a María que les dé ojos para saberla mirar.

Y un teólogo y pastor protestante, **Borowsky**, reconoce que si los teólogos protestantes admitieran la Mariología católica, tendrían que aceptar también la Teología católica, y entonces desaparecería como por ensalmo la división entre los hermanos que viven separados.

Se hizo célebre a este propósito el artículo que apareció en un periódico de Berlín hacia el año 1919, firmado por Jungnickel, pastor protestante luterano:

“La Iglesia Evangélica es demasiado fría. Tiene necesidad de calor. ¿Quién se lo podrá comunicar? Es mi convicción que debemos volver a nuestra Madre María. Y Ella, la cara y bendita Madre de Dios, infundirá también calor a nuestra Iglesia. Sí, nos falta María. Entonces florecerán en nuestros labios las canciones de la Virgen, bellas como rayo de luna, puras como gotas de rocío; entonces adornaremos de nuevo nuestras iglesias con las flores del campo, con las hojas de los bosques. Entonces surgirá Ella en nuestros corazones más radiante que nunca en su pobreza y en su pureza. Y nosotros celebraremos la fiesta de la Visitación, porque la Virgen habrá regresado a nuestras iglesias. Y entonces, ¿quién sabe?, aquellos que se marcharon de entre nosotros, volverán. A nosotros nos falta María. ¡Oh, sí, volvamos a nuestra Madre María!”.

Para la vida

1. Confianza cuando veamos perseguida a la Iglesia: está en manos de una Madre, y la madre es un león cuando se trata de defender al hijo.
2. Plegaria incesante a María para que acelere la unión de los hermanos separados y los encierre a todos en su Corazón de Madre.
3. Mantener y acrecentar el amor a María, nota peculiar de la verdadera Iglesia de Cristo.

NOTAS

(1) “La Iglesia no es una organización, sino la humanidad habitada por Cristo, transformada por Cristo, levantada por Cristo hasta la comunicación

viva con Dios. Y todo a partir de María, que es como el principio de esa transformación real de la humanidad por la inserción de Cristo, el Hijo de Dios, en ella” (74).

En el ser de la Iglesia, “después de Cristo, María es la primera, personal y comunitariamente, como madre espiritual en la fe y por la fe de todos los creyentes. En María existe ya la Iglesia, la humanidad redimida por Cristo, antes de que sea organizada por la institución de los apóstoles y de sus sucesores. La dimensión mariana de la Iglesia comienza antes y durará más que la dimensión petrina” (161).

(2) “Los Evangelios no nos dicen nada en este período ni en el tiempo de las apariciones de Jesús resucitado. María, que no estuvo presente en el cenáculo, sí está ahora en la oración de los primeros discípulos, a quienes alienta en la fe y sostiene en la esperanza. Ella sostiene desde dentro la fe de los apóstoles y ora con ellos esperando la venida del Espíritu Santo, que Jesús les ha prometido. María no recibe misión apostólica, ni predica, ni aparece en ninguna parte, pero es la madre interior que sostiene con su presencia y oración la fe de los apóstoles y de todos los discípulos. Todos, como Juan, la han “recibido” como su madre, todos creen en ella y se refugian bajo su amparo como modelo y como viviente en su fidelidad al Señor hasta la muerte” (133).

(3) Una nota que va ser larga, pero de contenido muy importante por la actualidad que supone hoy en la Iglesia.

“Esto me permite hablar de una doble dimensión en el ser de la Iglesia: la dimensión petrina y sacramental, la más visible, la más activa mientras peregrinamos por este mundo, y la mariana, la dimensión profunda de la fe y de amor, la dimensión mística que llega a todos, también a los pastores, y que durará por los siglos de los siglos.

“La consideración de María como icono y síntesis de la Iglesia, nos lleva a remediar el “vacío femenino” de la Iglesia y descubrir lo que algunos llaman el “rostro mariano” de la Iglesia, su dimensión interior y mística, la Iglesia de la contemplación y la esperanza, de la humildad y el servicio, del amor y la obediencia. Este caudal inmenso de amor, de servicio callado y perseverante, de ardiente esperanza que alimenta por dentro el alma de los cristianos y fecunda la vida de la humanidad entera, es precisamente lo que la Virgen María personifica y garantiza en el interior de la Iglesia. Lo más importante, lo que verdaderamente nos acerca a Cristo y nos hace hijos de Dios.

“En María se nos presenta lo femenino en su más alta realización y en su simbología profunda dentro de los planes de Dios. Con María, la Iglesia es femenina, receptiva, esposa virginal y madre. Esta simbología se halla arraigada en la naturaleza de las cosas. Por eso no podemos decir que Cristo es la esposa y la Iglesia es el esposo. Hay una radicalidad profunda que lo impide. Como no se puede decir que Dios es la esposa e Israel es el esposo. En la experiencia religiosa, Dios es el esposo e Israel es la esposa; Cristo es el esposo, y la Iglesia es la esposa. No creo que esta simbología que atraviesa la iglesia sea solamente cultural y contingente. Ni creo que pueda ser interpretada como fruto de una cultura machista y despreciadora de lo femenino. Se trata de un lenguaje universal, arraigado en la naturaleza de las cosas, que expresa la soberanía y la iniciativa de Dios, la receptividad y el sometimiento de todo lo humano respecto a la iniciativa y al amor de Dios. Jesús, el Hijo de Dios, el Salvador, el que es cabeza, fue varón, y por eso son varones cuantos le representan en la Iglesia como cabeza y principio vivificador. La Iglesia, todos los que formamos la Iglesia, respecto de Cristo somos la esposa, tenemos una dimensión de acogida y receptividad que María vive plenamente y encarna en el conjunto de la Iglesia” (162).

“Lo *femenino* en la Iglesia es más importante que lo *masculino*. Por eso, la reivindicación de la ordenación sacerdotal de las mujeres en nombre de la democracia, con apariencias progresistas, manifiesta una mentalidad superficial que ignora el misterio profundo de la Iglesia y de la vida humana, incluida la dimensión profunda y misteriosa de la sexualidad (161).

“Todo esto entra en juego cuando queremos comprender la actitud de la Iglesia ante la difícil cuestión de la ordenación sacerdotal de las mujeres. Lo masculino y lo femenino, el varón y la mujer tienen una significación que no es intercambiable, por más que ahora, incomprensiblemente, se quiera desconocer. La eliminación del lenguaje simbólico, fundado en la diferenciación sexual, supone negar el orden de la creación y resulta antiteista. La firmeza de la Iglesia católica en negarse a ordenar mujeres para el ministerio sacerdotal, hará que descubramos mejor el simbolismo propio de la mujer y la dimensión femenina de la Iglesia (y de toda la vida humana), que es la más valiosa, profunda, determinante y definitiva. El corazón de la Iglesia no es la autoridad, sino el amor” (163).

(4) “Entre María y la Iglesia se da una profunda compenetración y convergencia. Cuanto más mariana se hace la Iglesia, tanto más se hace Iglesia de Jesús. Cuanto más mariana, más cristiana; y cuanto más cristiana, más del Es-

píritu Santo, más de la Trinidad, más signo y anticipación del reino de Dios en la tierra” (161).

(5) Esta nota nos presenta lo que María espera y hace en el Cielo respecto de la Iglesia.

“María está en la Iglesia y la Iglesia está en María. Ella no es toda la Iglesia, pero lo que es la Iglesia está personalmente en María; y todo lo que María es personalmente está presente en el ser comunitario de la Iglesia” (159).

“Lo que ella es lo vamos siendo los cristianos, y al final la Iglesia entera llegará a ser en conjunto lo que María es ya personalmente desde el principio, salvo aquello que le corresponde de manera estrictamente personal, como la maternidad divina” (158).

“El cielo es precisamente su hijo *Jesús* resucitado, presente en este mundo con un cuerpo glorioso, espiritual, que participa del poder y la ubicuidad de Dios. Después de la resurrección de Cristo y hasta su ascensión al cielo, María vivió del todo orientada hacia la vida eterna, atraída por el amor de su hijo, enteramente dominada por el deseo de reunirse con Cristo resucitado. Allí estaba su tesoro, y allí estaba su corazón. Una vez asunta al cielo, María vive con su hijo y en su hijo resucitado, con un cuerpo y una presencia en el mundo que es el eco y la participación de la corporeidad gloriosa de Cristo resucitado” (170).

14. LA ASUNCION DE MARIA

La Asunción de María es uno de los títulos y una de las fiestas más entrañados desde hace siglos en el pueblo cristiano. Eso de pensar que la Virgen no estuviera en el Cielo en cuerpo y alma no le cabía en la cabeza a nadie, hasta que vino el saberlo como dogma de fe. Hoy la vamos a estudiar a la luz de la teología y de lo que nos dijo el Concilio.

Empezamos por entender las palabras. ¿Por qué a la glorificación última de María la llamamos “Asunción” y no “Ascensión”, como a la de Jesús? Muy sencillo. Tienen diferente matiz en Jesús y en la Virgen, expresado muy bien por los dos verbos latinos de que se derivan: “ascēdere”, significa *subir por sí mismo*, y es lo que hizo Jesús; y “assumere”, significa *tomar*. María fue “asumida”, asunta.

1. La Asunción de María en cuerpo y alma al Cielo es una verdad revelada por Dios. Significa la glorificación plena de María: en su cuerpo y alma, en todo su ser personal. Para 1944 habían pedido al Papa la definición dogmática más de mil Obispos, iniciada la lista por San Antonio Ma. Claret en 1863 por medio de su dirigida la reina Isabel II. No había duda. Si el Magisterio y toda la Iglesia pensaban lo mismo, aquella verdad estaba en el depósito de la Revelación.

La Asunción la definió el papa Pío XII el 1 de Noviembre de 1950 con estas palabras: “Proclamamos, declaramos y definimos que es dogma revelado que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrena, fue elevada en cuerpo y alma a la gloria celestial”.

Siempre se ha creído en la Iglesia que María murió, asociada también en la muerte a Cristo. Pero el Papa no quiso resolver la cuestión debatida entre los teólogos, ya que algunos aseguraban que María no murió, sino que, transformada su condición terrena en inmortal, fue trasladada sin más al Cielo. Por eso dijo el Papa: “acabado el curso de su vida terrena”, sin meterse en el tema de si murió o no, aunque la creencia general de siempre ha sido que sí, que María murió, como Jesús, como moriremos todos sus hijos, y que fue resucitada y asunta avanzándola Dios a la resurrección final (1).

2. ¿En qué se funda este dogma? Parece sencillo, pero resultan difíciles los orígenes de la fe de la Iglesia sobre esta verdad mariana. En la **Biblia** no hay una sola palabra explícita y directa sobre la Asunción y no dicen tampoco nada los **Santos Padres** de los tres primeros siglos. **San Epifanio** (+403), es-

cribía: “La Escritura ha conservado un absoluto silencio, ni si ella ha muerto, ni si ha sido sepultada ni si no lo ha sido”. Porque también estaba la creencia de que María fue llevada sin morir.

Las primeras noticias de lo que podría haber sido la Asunción las tenemos por *apócrifos* muy tardíos que merecen muy poca atención. Se celebraba la fiesta de la Virgen el 15 de Agosto, pero sin título especial. Como las fiestas de los mártires eran el día en que murieron, no el del nacimiento, vino por el año 650 el llamar de la “Dormición” a la fiesta de María, conocida como la “Asunción” desde los Papas Adriano (772) y Pascual (817).

3. No se puede prescindir de los apócrifos en una lección como ésta, aunque no tengan ningún valor. Aquí se combinan los detalles encantadores que dan los dos principales, los cuales debieron tener la misma fuente, encerrada en las leyendas populares.

Miremos los detalles simpáticos que cuentan. Ante todo, María tuvo aviso previo de que iba a morir, y dejó arregladas sus cosas en la casa que tenía en Getsemaní, donde vivía con dos vírgenes, pues Juan había tenido que marchar a su puesto de apostolado en el Asia Menor. Lo más importante fue que todos los apóstoles fueron avisados en la parte del mundo en que estuvieran, y todos se vieron trasladados milagrosamente a Jerusalén. Se les había adelantado Juan, desde Sardes. Al llegar todos, saludaron a María con estas palabras: “María, hermana nuestra, madre de todos los salvados, la gracia del Señor esté contigo”. Y con ella pasaron en oración tres días. Hacia las nueve de la mañana del día tercero llegó entre las nubes el Señor Jesús, que abrazó a su madre, a la que dijo:

-Ven, perla preciosísima; entra en la morada de la vida eterna.

Tomó su alma y la puso en las manos de Miguel, acompañado de Gabriel, mientras él decía al cuerpo:

-No te abandonaré, perla mía, tesoro inviolado. Nunca abandonaré el tesoro sellado hasta que sea buscado.

Y se subió al cielo, después de encomendar el cadáver a Pedro. Y al subirse con el ángel, “los apóstoles vieron que su alma era tan cándida que ninguna lengua humana podía describirla dignamente; irradiaba tal claridad que superaba la blancura de la nieve, de la plata y de todos los metales”.

En el entierro multitudinario le tocaba llevar la palma a Pedro, el cual se la cedió generosamente a Juan. En medio de aquella procesión funeraria, se aba-

lanzaron unos judíos contra el féretro de aquella mujer, madre de su gran enemigo Jesús.

Una vez enterrado el cadáver ante todos los apóstoles, se presentó Jesús, y Pedro le dijo: “Si fuese posible a la gracia de tu poder, nosotros veríamos con buenos ojos que resucitaras el cuerpo de tu madre y lo condujeras contigo al cielo”. A lo que respondió Jesús ordenando a Miguel que trajera el alma de María; el ángel Miguel depositó en el cuerpo el alma que ya había subido antes, y Jesús giró la piedra del sepulcro, pero diciendo:

-Sal, amiga mía; tú que por tu virginidad no aceptaste la corrupción de tu cuerpo, no sufrirás la disolución del cuerpo en el sepulcro.

Y al instante resucitó María, la besó el Señor, y la entregó a los ángeles para que la llevaran al cielo. Los apóstoles vieron “que el cuerpo de María era semejante a una flor de lirio y exhalaba un perfume tan suave que no puede encontrarse otro igual”. El Señor acabó mandando a los apóstoles que volvieron a sus puestos para convertir a todos los hombres.

Semejantes apócrifos no tienen ningún valor histórico, pero indican la fe de la Iglesia en la Asunción de María. Y en Jerusalén señalan todavía hoy los dos principales lugares que recuerdan la muerte y ascensión de la Virgen, como son la casa e iglesia de la “Dormición de María”, y la iglesia en Getsemaní, construida por la emperatriz Eudoxia con el sepulcro vacío (¿?), custodiada por los Ortodoxos Orientales, en la que hay de continuo servidores blandiendo devotamente, como culto perenne, el imprescindible incensario.

4. Ciertamente, estos relatos fantásticos no cuentan con ninguna prueba histórica, pero nos dan algunas pistas al asegurarnos lo que era la fe sobre el fin de María en la Iglesia. Lo principal, que la Virgen no conoció la corrupción del sepulcro.

Como razón primera dan la Maternidad de María, y por eso Jesús viene personalmente a resucitarla.

Con las dos visiones brillantísimas de la subida al cielo tanto del alma como del cuerpo resucitado, hacen alusión a la santidad excelsa de la Virgen, la “Panaguía”, la “llena de gracia”, la “todasanta” entre los Orientales, nuestra Inmaculada, y dan una gran importancia a la virginidad perpetua de María.

Llama también la atención el papel que hacen jugar a los Apóstoles, bajo la dirección de Pedro: los jefes de la Iglesia la consideran su Madre.

Si lo miramos bien, son las razones teológicas que nosotros vamos a dar ahora en esta lección y en las que el Magisterio de la Iglesia vio los fundamentos del dogma.

5. Si quisiéramos compendiar en una sola palabra todo lo que vamos a decir, lo reduciríamos al valor de **“El sentido de la fe”**.

Aunque la Asunción no esté en la Biblia ni tengamos testimonios muy antiguos de la Tradición en los Santos Padres, el Espíritu Santo, dado a la Iglesia “para guiarla hasta la verdad plena” (Jn 16,13), iba infundiendo en los fieles una convicción semejante con exclusión de cualquier error. Miremos así las razones que han iluminado a los teólogos y guiado al Magisterio. ¿Por qué María fue Asunta?

5a. Entra en su relación global con el misterio de Cristo, que quedaría incompletísimo con María corrompida en una sepultura.

La Elegida con el mismo decreto eterno de Cristo...

la “Llena de gracia”, empezando por su Inmaculada Concepción...

la que es Madre verdadera, y con Virginidad perpetua...

la Asociada al Redentor de manera tan total en el Calvario...

la constituida Madre de la Iglesia por el mismo Jesús agonizante...

la Abogada de la Iglesia en unión con Cristo...

la reconocida como Reina de los Ángeles...

Todo eso, ¿y darle Dios a la Iglesia una madre que se convertiría en polvo, para verla en la misma condición que la primera Eva, condenada con Adán a la muerte irremediable?...

El **sentido de la fe** de los fieles daba proporcionalmente a María, asociada plenamente al misterio de Jesús, la misma razón que Pedro daba del Señor: ¡Imposible que siga en el sepulcro! (Hch 2, 24).

5b. Por su Maternidad divina, María está estrechísimamente unida a Jesús en toda su suerte. ¿Podían separarse después de la muerte, uno resucitado en la Gloria, la otra hecha polvo en el sepulcro?...

5c. María triunfó en absoluto del pecado por su Concepción Inmaculada, como lo dice tan categórico el Doctor de la Iglesia San **Juan Damasceno** (+749): “Asunta, porque eres Inmaculada”.

Se da la misma razón al contemplar su triunfo sobre la concupiscencia por su integridad virginal perfectísima. No podía sufrir la corrupción, pena del

pecado, aunque muriera pasajeramente para asociarse a la muerte de Jesús el Redentor.

5d. Por ser la Nueva Eva, está asociada en todo a la Redención de Cristo. Unida al sacrificio redentor del Calvario, lo está también a la Resurrección, y Dios la resucita con Él. Adán-Eva, muerte; Jesucristo-María, resurrección.

San **León Magno** (+461), dice de Adán: “Si no hubiera pecado, su alma hubiera subido a la gloria celestial junto con su cuerpo”.

En estas palabras sobre Adán, puede adivinarse, aunque no diga nada al respecto, lo que Papa y Doctor tan egregio pensaba de la Asunción de María, la sin mancha de pecado original. Desdecía de Dios el dejarla corrompida en el sepulcro.

5e. Cristo no hubiera honrado totalmente a su Madre si la hubiese dejado muerta en el sepulcro. A la “llena de gracia” le hubiera faltado algo demasiado importante.

5f. La Asociada a Cristo en la Mediación, la Reina de los Ángeles y Santos, la Abogada nuestra, debía estar total y definitivamente en el Cielo. Nos es imposible imaginarla en el sepulcro, habiendo de esperar su resurrección al final del mundo.

6. El porqué de la Asunción es muy rico en relación a la Iglesia. Aparte de la glorificación personal de María, Dios la hizo Asunta para que fuera tipo o modelo de la glorificación que le espera a la Iglesia al final.

Además de la de Cristo, Cabeza, la resurrección se ha realizado y manifestado ya en un miembro distinto de la Cabeza. La resurrección y asunción de María son garantía de la promesa y fidelidad de Dios, que un día nos resucitará también a nosotros. En María ha empezado ya la Iglesia su vida futura y destino final (2).

7. Es este un punto capital que el Concilio ha resaltado de la Asunción de María. Dios la ha hecho tipo, modelo, **Imagen**, de lo que será un día la Iglesia en la totalidad de sus miembros. Siguen dos párrafos luminosos del Concilio.

“La Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de culpa original, terminado el decurso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial y fue ensalzada por el Señor como Reina universal con el fin

de que se asemejase de forma más plena a su Hijo, Señor de señores y vencedor del pecado y de la muerte” (LG 59).

“La Madre de Jesús, de la misma manera que, glorificada ya en cuerpo y en alma, es imagen y principio de la Iglesia que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura, así en la tierra precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor” (LG 68).

Esta esperanza la ha recogido felizmente el prefacio de la Misa de la Asunción con estas palabras preciosas:

“Ella, *María*, es figura y primicia de la Iglesia que un día será glorificada; ella es consuelo y esperanza de su pueblo, todavía peregrino en la tierra” (3).

Para la vida

1. Volvemos a contemplar la belleza incomparable de nuestra Madre. La contemplación de María glorificada en el Cielo no cansa nunca. Nos dice el Concilio: En María, “la Iglesia admira y ensalza el fruto más espléndido de la redención y la contempla gozosamente como una purísima imagen de lo que ella misma, toda entera, ansía y espera ser” (SC 103).

2. Es además esta consideración un gran bien para nosotros. María Asunta es esperanza nuestra, y, como en Jesús resucitado, vemos en ella una razón para la vida en medio de las dificultades. ¡Todo acabará en una glorificación final! No es solamente la **Cabeza**, Jesucristo, quien está ya en la Gloria; María es un **miembro** de la Iglesia, como nosotros, quien posee ya en plenitud la Vida Eterna que todos esperamos.

NOTAS

(1) Como el papa Pío XII no definió la muerte, sino que dijo ‘*acabado el curso de su vida mortal*’, vinieron las cuestiones sobre los teólogos: ¿pertenece la Asunción a la revelación apostólica, es decir, lo supieron y lo comunicaron los apóstoles, o es una tradición sugerida en la Iglesia por el Espíritu Santo?

“Parece que la respuesta correcta exige afirmar que la asunción de la Virgen en cuerpo y alma al cielo estaba contenida de alguna manera en la tradición apostólica, aunque no fuera recogida explícitamente en los evangelios canónicos. Los argumentos de los que niegan su muerte, no parecen muy convincentes. Todos ellos se reducen a la preservación del pecado y a la santidad de Ma-

ría. Si María no estaba incluida en el pecado de Adán, no tenía por qué verse sometida a la muerte. Este argumento tiene una respuesta contundente: tampoco Cristo estaba incluido en el pecado de Adán y sin embargo se vio sometido a la muerte justamente como medio de rescatar a la humanidad del pecado original, de todos los pecados y del dominio de la muerte. La muerte de María pudo estar perfectamente justificada no como consecuencia del pecado de Adán, que no afectó a la Toda santa, sino como consecuencia de su especial vinculación con Cristo y de su participación maternal en la muerte redentora de su hijo” (135).

“Si hablamos de “tránsito” a la vida celestial, eso es precisamente lo esencial de la muerte. Quienes niegan la muerte de María, niegan lo que en la muerte es efecto del pecado: la angustia, el temor, el dolor. Tratándose de María, la toda santa, podemos pensar en su muerte como una apacible conclusión de la vida terrena y la transformación de su ser entero a la vida celeste, como hubiera sido la muerte en la vida inocente del paraíso” (109).

(2) Algo sobre el cuerpo glorificado —el de Cristo, el de María, el nuestro en la resurrección—, sobre el que nos hemos preguntado todos muchas veces y no nos sabemos responder. Sigue una explicación del Cardenal Fernando muy luminosa, que dividimos en párrafos espaciados para más claridad.

“Lo importante es creer y saber que la Virgen María está realmente en la gloria con Cristo resucitado, en cuerpo y alma, con su cuerpo glorificado a imagen del cuerpo glorificado de Jesús.

“¿Y cómo es este cuerpo glorioso? El cuerpo humano es esa materia vivificada por el alma inmortal. El ser y la vida humana le vienen del alma. Según esto, podemos afirmar que el cuerpo glorificado es también una materia, una porción de este mundo material, vivificada por el alma gloriosa, de modo que se someta a las aspiraciones del alma sin imponerle las limitaciones de la materia.

“¿Cómo es ahora el cuerpo glorioso de Cristo? Un cuerpo real, material, pero de tal modo sometido y ajustado a las aspiraciones del alma glorificada que le permite estar *‘sentado a la derecha del Padre’*, es decir, ejercer las atribuciones de Dios en la santificación de los hombres a lo largo y ancho de la humanidad en el mundo, gozando por tanto de una cierta ubicuidad que le permite entrar en relación verdadera y directa con todos los hombres que le invocan;

un poco al modo divino pero de manera diferente, porque Dios no tiene cuerpo, no es parte del mundo, mientras que Cristo resucitado sí.

“En el caso de la Virgen María, su cuerpo mortal ha sido ya enteramente transformado por la fuerza santificadora y transformadora de Cristo glorificado. Esto es lo que decimos al afirmar la ascensión de María. María vive espiritual y corporalmente presente dentro de nuestro mundo, cerca de nosotros, con un cuerpo que nosotros no podemos comprender, pero que posibilita una relación corporal con nosotros, y que le permite estar corporalmente presente junto a todos los que la invocan, intercediendo por nosotros y colaborando universalmente, junto a Jesús, en la redención de la humanidad” (137-138).

Sigue el eminente teólogo con una ampliación de este punto tan interesante. ¿Cómo es, cómo está en el cielo el cuerpo resucitado de María? ¿Cómo actúa en el mundo? Como el de Jesús. Y como actuará el nuestro después de la resurrección final en la creación nueva.

“Su cuerpo es una realidad material asumida y vivificada por su alma glorificada que le hace estar realmente en el mundo de los hombres sin limitación de ninguna clase. Los cuerpos resucitados sirven al espíritu y se acomodan a las leyes del espíritu. María, como Jesús, está en nuestro mundo, está corporalmente junto a nosotros, se comunica como nosotros por obra de Jesucristo, con el que vive del todo configurada. Ella está con Cristo corporalmente glorificada, con un cuerpo transformado por el Espíritu, que le permite estar presente y operante a lo largo y ancho de la humanidad y del mundo”.

Y remite al Catecismo de la Iglesia Católica: “La Ascensión de la Santísima Virgen constituye una participación singular en la resurrección de su Hijo y una anticipación de la resurrección de los demás cristianos” (CEC 966).

Una comparación ya nuestra. En Julio de 1969 subieron los hombres por primera vez a la luna, y les costó cuatro días. Si Jesús —el hombre, el resucitado—, quiere subir de la tierra a la luna, le basta quererlo y en ella que se presenta... ¿Por qué? Pues, porque ninguna ley física de espacio ni de tiempo le detiene. E igual que el de Jesús, es el cuerpo glorificado de María, como lo será también el nuestro después de la resurrección final (108 y 110).

(3) El grito ansioso final del Apocalipsis —el “Maranata”, ¡Ven, Señor Jesús!—, que decían los primeros cristianos, lo debió repetir María como nadie hasta que le llegó el día. Y es un ejemplo vivo para nosotros.

“El deseo de la vida eterna es esencial para todos los cristianos. La esperanza es deseo eficaz, pues sin la fuerza de una esperanza clara y decidida los cristianos no tenemos vigor espiritual para superar las seducciones de este mundo. La devoción a María también nos ayuda a perder el miedo a la muerte y a desear la vida eterna en la gloria de Dios. El vivir de los cristianos en el mudo tiene que ser el vivir las realidades terrenas con la inocencia y el amor de la vida celeste. María es modelo y ayuda. Siempre con Cristo” (110).

Para los que gustan de las buenas letras, traemos en honor de María Asunta la poesía del Padre Restituto del Valle Ruiz OSA, el mismo autor del casi inmortal “Cantemos al Amor de los amores” al Santísimo.

Virgen más pura que la luz del día,
Virgen más bella que en Oriente el sol.
¡Bendita siempre seas, oh María,
bendito sea el fruto de tu amor!

¡Oh Virgen la más bella entre las bellas,
encanto de las hijas de Israel,
a cuyos pies se agrupan las estrellas
por servir a su Reina de escabel!

Virgen digna de Dios, cuya hermosura
canta el ángel y adora el serafín;
toda eres bella Tú, toda eres pura,
la gloria de Dios se muestra en Ti.

Toda eres bella, sí, flor de las flores,
y rosa de las rosas del Edén,
Esposa del amor de los amores,
Virgen y Madre del Eterno Bien.

Virgen pura, entre todas elegida,
Reina del Cielo y gloria del Señor.
¡Oh Madre del amor que da la vida,
llévanos a la vida del amor!

15. MARIA ABOGADA

Es de suponer que tenemos muy presente aquella lección anterior, “La Corredentora”, y que nos fijaremos de manera especial en la siguiente, “María Mediadora”. Veremos cómo esto de que sea también “Abogada” resulta lo más natural en el plan de Dios.

Abogada nuestra. Se lo repetimos a María miles y miles de veces en la Salve. ¿Es en verdad Abogada? ¿Se equivoca el “sentido de la fe” del pueblo cristiano? Decirle Abogada es decirle Corredentora y Mediadora..., aunque la cosa no es tan fácil. La teología protestante lo rechaza sin más. Pero la realidad es que María es Abogada nuestra ante Dios y ante su Hijo el Redentor.

Dice el Concilio con palabras segurísimas: “Con amor materno, se preocupa de los hermanos de su Hijo que aún peregrinan y se debaten entre peligros y angustias hasta que sean llevados a la patria feliz. Por eso, la Bienaventurada Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de **Abogada**, Auxiliadora, Socorro, Mediadora” (LG 62).

Hay que desterrar desde un principio esas frases, más oratorias que otra cosa, que atribuyen a María el ejercicio de la *misericordia* y a Dios o Jesucristo Juez el de la *justicia* y el castigo, como si María fuese más buena que Dios... Eso, no. Pero es cierto —y lo dicen todos los grandes convertidos y el sentir de los fieles—, que Dios nos ha dado en María una Madre cuyo Corazón es todo bondad, compasión y ternura para con los hijos más necesitados. Diríamos que Dios se ha acomodado a la psicología humana, ya que el hombre acude por instinto a la madre en los momentos más difíciles. Por eso ha querido que María ejerciera esa función maternal en la Iglesia.

Y conviene tener presente desde el principio una gran razón para valorar a María como Abogada nuestra. Conforme a la Carta a los Hebreos 4,15-16, Jesucristo, para ser digno Sacerdote e intercesor nuestro, había de participar todas las miserias de sus hermanos, menos el pecado, conociéndolas por experiencia propia. Es lo que hizo Dios con María: sin pecado por su Concepción Inmaculada, pero metida de lleno en el mundo de sus hijos pecadores (1).

1. Qué significa Abogada. Sabemos quién es un abogado: el que toma una causa en sus manos, la lleva a un tribunal, la defiende con tesón, y no deja hasta arrancar al juez un fallo favorable para su cliente. Con este concepto, nos remontamos instintivamente al paraíso. El pecado de Adán fue fatal; no tenía remedio alguno. Suerte tuvimos de que el Segundo Adán —Jesucristo, hombre

verdadero, que tomó su naturaleza humana, la misma del viejo Adán, en el seno de María—, se convertía sin más, desde el principio de su ser humano, en el Abogado nuestro. Y miremos lo que allá por el año 170 dice el Padre de la Iglesia San Ireneo, que llama a María: la “abogada de Eva”, y añade que debía ser “Eva restaurada en María”. Ese primer teólogo mariano ha dado y da mucho que hablar a los mariólogos modernos.

2. Si Ireneo la llama “virgen María defensora de la virgen Eva”, no quiere decir que María rogara por la Eva del paraíso, sino por la humanidad echada a perder por aquella primera madre. María, al aceptar el mensaje del ángel, el “cúmplase en mí tu palabra”, con su fe y obediencia nos traía al Salvador, el cual libraría del pecado y de la muerte al género humano. De este modo, aquella primera catástrofe quedaba conjurada por María, que *defendía* a la humanidad como si fuera en persona Eva, la mujer de Adán. Es el proyecto divino de *recirculación* que dicen los teólogos —de “revancha” lo hemos llamado nosotros, para entendernos bien—, o sea, traer la salvación de la misma manera con que nos vino la ruina: Jesucristo por Adán, María por Eva, lo cual se ha cumplido de manera maravillosa.

Las palabras de Ireneo, ya en el siglo II, fundadas en San Pablo (Rom 12-21), son auténticamente admirables: “Como por la desobediencia de un solo hombre —el primero que fue plasmado de tierra no cultivada—, todos se hicieron pecadores y perdieron la vida, así era preciso que por la obediencia de un solo hombre —el primero que nació de Virgen— todos fuesen justificados y obtuvieran la salvación”.

Este pensamiento de Ireneo no es del todo original suyo. Poco antes que él, San **Justino**, filósofo judío, que, convertido, murió mártir por el año 160, ya lo había intuido, aunque fue Ireneo quien escribió este párrafo tan formidable contraponiendo a las dos madres de la humanidad:

“De modo análogo nos encontramos que también María es obediente cuando dice: “*He aquí tu esclava, Señor; hágase en mí según tu palabra*”. A Eva, en cambio, la encontramos desobediente; no obedeció, en efecto, cuando era todavía virgen. Y así como Eva, hecha desobediente, llega a ser *causa de muerte*, tanto para sí como para todo el género humano, así María, obedeciendo, llega a ser *causa de salvación*, tanto para sí como para todo el género humano. El nudo de la desobediencia de Eva fue deshecho por medio de la obediencia de María, porque aquello que la virgen Eva con su incredulidad había anudado, lo desató María con su fe”. Es célebre y preciosa esta comparación del “nudo” hecho por Eva y deshecho por María.

Tanto en Justino, como después en Ireneo, vemos que eso de llamar **Abogada** a María viene desde tiempos antiquísimos en la Iglesia, y no de oraciones piadosas de los fieles.

3. Este sentir a María como Abogada del pueblo cristiano desde los principios de la Iglesia, lo atestigua la oración más antigua de la Virgen, el *Sub tuum praesidium*, de la que ya hablamos anteriormente, oración hallada en Egipto en un papiro anterior al año 300, y probablemente hay que retrotraerlo hacia el 250, y hoy conservado en Manchester (Diccionario Mariano, pág. 1144). Hallado por papirólogos protestantes, tuvieron la lealtad de fecharlo hacia mitades del siglo tercero, a pesar de que iba de lleno contra su doctrina de que el culto de María no había comenzado en la Iglesia sino en siglos muy posteriores. La podemos leer de nuevo ahora en aquella lección 10. Está en plural, o sea, que era oración de la comunidad y no de un particular; se dirige directamente a María, y no a Dios por María; expresa la seguridad de ser socorridos en una grave tribulación; y esto, por la que es “Engendradora de Dios” y “Virgen perpetua”, *sola casta*, dice el original; y manifiesta la confianza de que no rechaza las *súplicas* que se le dirigen. Es decir, que María, ya en los primeros tiempos de la Iglesia, era considerada como una **Abogada** en el pleno sentido de la palabra.

4. Miremos diversos aspectos, o diversas razones teológicas, de este acudir del pueblo cristiano a María como Abogada poderosa ante Dios.

4a. María en el Cielo sigue asociada a Jesús Redentor y Mediador en la obra de la salvación de los hombres. Igual que decimos al hablar de María como Corredentora y como Mediadora, hay que tener presente que el único Abogado que nos mereció el favor de Dios es Jesucristo, el cual, además, y desde su primera aparición como Resucitado, manda a su Iglesia el Espíritu Santo como Paráclito, como nuevo Abogado, y precisamente como perdonador de los pecados.

Los textos del Evangelio de Juan son claros e impresionantes. “Les conviene que yo me vaya, porque si no me voy, no vendrá a ustedes el Paráclito. En cambio, si me voy, se lo enviaré” (Jn 16,7). Y ya resucitado, en la primera aparición, les muestra sus llagas redentoras, sopla su aliento sobre los apóstoles, y les dice: “Reciban el Espíritu Santo; a quienes les perdonen los pecados, les quedan perdonados” (Jn 20, 20-23). María es Abogada con ellos, pues ni

quita ni suple en nada a Jesucristo y al Espíritu Santo, sino que uno y otro la asocian a su intercesión por nosotros.

4b. María sigue desde el Cielo ejerciendo con nosotros sus oficios maternales, como dice el Concilio: “Una vez recibida en el Cielo no abandonó este oficio salvador, sino que continúa alcanzándonos, por su múltiple intercesión, los dones de la eterna salvación. Con su amor materno, se preocupa de los hermanos de su Hijo que aún peregrinan y se debaten entre peligros y angustias hasta que sean llevados a la patria feliz” (LG 62). Esta palabra, “la eterna salvación”, hace meditar mucho. Salvarse o condenarse es el único problema que tiene que resolver el hombre en esta vida. Lo demás, puramente transitorio, tiene muy poca importancia, mientras que la salvación o condenación son para siempre, para la misma eternidad de Dios.

Ahora bien, la palabra abogado, abogada, suscita en nosotros sin más la idea de pleitos, causas difíciles, casos perdidos... Y es aquí donde la piedad cristiana ha encontrado en María, ¡porque es madre!, el acudir a ella como la valedora más buena y poderosa ante Dios. Y la verdad es que en las grandes conversiones se halla siempre María en una parte u otra.

4c. Al decir el Concilio que “no abandona sus oficios maternales”, se sobreentiende que en la tierra ya fue nuestra Abogada y Medianera: Aim Karim con Isabel; Belén con los pastores y Magos; Caná con los novios; el Calvario... En todos esos hechos aparece María como Abogada, consecuencia de la Corredención y Mediación. Y se preguntan los teólogos: su oficio de Abogada, ¿lo ejerce María sólo de una manera moral, o es porque Dios se sirve de Ella, efectivamente, como instrumento de salvación?... Que lo sea por **ascendiente moral** ante Dios no lo puede dudar nadie. Por ser su Madre, Jesús no le niega nada. El Padre ve en ella a su hija adorada. Y el Espíritu Santo está enamorado de esta su Esposa. Le dan todo lo que quiere y pide.

Pero hay más. Dios la tiene como **instrumento de salvación**. Es la consecuencia más lógica de su cualidad de Corredentora. El Padre ve en ella a la “esclava humilde”, la que dijo plenamente “hágase en mí tu voluntad”, lo mismo en la Anunciación que en el Calvario. Jesucristo tiene ante sus ojos todavía a la “Mujer”, que se asoció voluntariamente a su sacrificio, y la constituyó Madre, y una madre, por naturaleza, es defensora del hijo por criminal y desgraciado que sea. El Espíritu Santo, el Paráclito —el Consolador o Abogado, como queramos—, tiene a María como su asociada más fiel.

4d. Ruega incesantemente por nosotros. Sin miedo, le aplicamos a María la afirmación grandiosa de la carta a los Hebreos respecto de Jesús glorificado: “Está siempre vivo para interceder por nosotros” (Hbr 7,25). María, con subordinación a Cristo, no hace otra cosa... La oración de María por nosotros tiene tal eficacia que se le ha llamado “la omnipotencia suplicante”. Si *supli-ca*, es porque Dios es infinitamente superior a ella, que no es ninguna diosa; si es *omnipotente*, quiere decir que Dios no le niega nada.

Para la vida

1. Confianza ilimitada en la Madre celestial, toda bondad. No confiar en ella es ir contra corriente en la Iglesia, la cual se ha entregado a su protección y defensa desde los primeros tiempos. “¡Ea, pues, Señora, Abogada nuestra!”, le dice la Salve, después del Avemaría la oración más célebre a la Virgen desde la Edad Media, escrita por el gallego San Pedro Mezonzo, Obispo de Santiago de Compostela (930-1003). Ese “Eia” del original latino, muy español —“¡Ea!”—, hoy lo traduciríamos con energía, casi como una exigencia a la Virgen: “¡Venga, pues, nuestra Abogada!”.

2. A Dios se le canta con verdadero convencimiento: “Si grandes son mis culpas, más grande es tu bondad”. No hay duda de que estas palabras tan acertadas se las podemos aplicar con toda justeza a María, a la que cantamos: “Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos”.

3. Encomendarle a Ella los casos más difíciles, desesperantes y perdidos que encontremos en nuestro apostolado. No hay fuerza del mal que resista al poder intercesor de María.

NOTAS

(1) “Cristo es la Cabeza de la humanidad, unido a cada uno de los hombres, ‘hecho pecado’ (2Cor 5,21) como dice audazmente San Pablo. Cristo no vino a salvar a los justos, sino a los pecadores (Mc 2,8). María, por ser Madre de este Cristo Redentor, quedó ligada a la humanidad pecadora y tuvo que vivir su maternidad en el dolor y despojamiento del Calvario” (87). Dios quiso a María sin pecado, como Jesús, pero metida en el mundo de los pecadores.

16. MARIA MEDIADORA

¡En qué lección nos metemos! Una de las más grandiosas y difíciles a la vez de la Mariología. Los católicos no dudamos un instante de que María es Mediadora de la gracia. Pero, ¿cómo? Los hermanos separados protestantes lo rechazan en absoluto. El Concilio admitió el llamar “Mediadora” a la Virgen, pero no se metió en más discusiones, aunque tampoco rehuyó la cuestión y nos abrió grandes horizontes sobre la misma. Hablaremos de todo un poco.

Mediadora o **Medianera** es una equivalencia de los títulos de Corredentora y Abogada, aunque esta palabra “Mediadora” la hemos reservado en nuestro lenguaje popular cristiano principalmente al oficio de María como **Dispensadora** de las gracias de Dios. Y queremos decir con ello que no hay gracia que Dios nos dispense y que no pase por manos de María. Oficio grandioso con que Dios ha querido honrar a su Madre, la cual se unió tan valientemente a Jesús, el Mediador y Redentor, para la adquisición y merecimiento de la Gracia en el Calvario. Dios no ha querido interrumpir en el Cielo el oficio que inició en la tierra con María, unida a Jesucristo el único Mediador.

Esto, lo que pensamos siempre, atentos a lo que significa la palabra “mediador”: el que une a Dios con los hombres y a los hombres con Dios; el puente que ancla sus pilares extremos en las dos orillas del río; la escalera por la que baja Dios a nosotros y nosotros subimos a Dios.

Una advertencia importantísima desde el principio. Al hablar de la Mediación de María —Corredentora, Abogada, Mediadora— hay que tener presentísimo siempre, sin olvidarlo nunca, lo que ya dijimos una vez y lo repetimos de nuevo aquí:

**Siempre, siempre, siempre lo mismo,
que debemos tener bien claro:
María es Corredentora, Abogada, Mediadora
en un segundo plano, dependiente de Jesucristo, e íntimamente
unida a Él.**

Este principio no se nos debe ir de la cabeza. Sin él, o convertimos a María en el mismo Redentor o la infravaloramos y la dejamos en el nivel de un santo cualquiera.

María se lo debe todo a Jesucristo. Sin su unión al misterio de Jesucristo, María no es nada. Y todo lo que es, obedece a que Dios la metió de lleno en la misión de Jesucristo. Así respondemos a los hermanos separados, y en especial a los fanáticos de las sectas fundamentalistas, que nos llaman “marióla-

tras” sin saber ellos lo que nosotros decimos sobre la Mediación de María respecto de la de Jesucristo (1).

1. Empezamos con algo de historia. Nos colocamos en el año 1960 cuando empezaban a llegar a Roma desde todo el mundo católico las primeras proposiciones para el Concilio que se iba a iniciar en Octubre de 1962. Y llegaron 300 nada menos pidiendo que el próximo Concilio definiera como dogma de fe la Mediación de María, algo que venía ya de lejos. Aunque no se expresara con la palabra “Mediación”, siempre la Iglesia creyó en esa función de María, como nos lo atestigua la oración *Sub tuum praesidium*, varias veces citada, del siglo tercero.

Después, pueblo cristiano y teólogos seguían en la misma creencia, pero en el siglo veinte, con el desarrollo científico de la Mariología, la palabra “Mediación” tenía carta libre en la Iglesia. Fue Bélgica en el año 1921, con sus Obispos y todas las organizaciones eclesíásticas, quien pidió primero la *Misa de María Mediadora* —aprobada y concedida por el papa Benedicto XV—, y presentaba posteriormente la petición de la definición dogmática de la Mediación. El papa Pío XII definió la Asunción de María y con algo de timidez admitió el título de “Corredentora”. El Concilio, finalmente, llamó “Mediadora” a la Virgen y, sin definir nada, expuso una doctrina clara y segura sobre la mediación de María para todas las gracias de Dios a los hombres (Diccionario de Mariología, p. 1305).

2. ¿Y qué nos dice el Concilio? Miramos varios párrafos del mismo, que los entendemos sin muchas explicaciones.

Recuerda, necesariamente, las palabras de San Pablo: “Dios es uno solo, y uno solo también el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús” (1Tm. 2,3).

Pero el Concilio nos enseña también algo muy importante: “Así como el sacerdocio de Cristo es participado tanto por los ministros sagrados como por el pueblo fiel de formas diversas..., así también la mediación única del Redentor no excluye, sino que suscita en las criaturas diversas clases de cooperación, participada de la única fuente” (LG 62).

Entendemos esto. Al ser bautizados nos convertimos en miembros de Cristo, y participamos de su naturaleza de Sacerdote, Profeta y Rey. Igualmente, participamos de su Mediación, y somos con Cristo sacerdotes, profetas, reyes y mediadores. En esto último se funda la ayuda que nos prestamos los unos a los otros en el negocio de la salvación, con verdadera comunión entre los santos. Toda la Iglesia está unida en el Espíritu Santo a esta *única fuente* que es

Jesucristo, sobre todo la Iglesia celestial, que ruega por sus hermanos que aún están en la tierra.

3. Y María está unida como nadie a esta mediación de Jesucristo. Miremos el párrafo conciliar más repetido a este propósito: “Asunta a los cielos..., con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada. Por este motivo, la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Socorro, Auxiliadora, **Mediadora**. Lo cual, sin embargo, ha de entenderse de tal manera que no reste ni añada nada a la dignidad y eficacia de Cristo, único Mediador” (LG 62). Y los responsables de la redacción de este párrafo, explicaron después: -Se puso “Mediadora” lo último para ir en orden ascendente: Mediadora al final, como lo más grande que se podía decir de María.

El Concilio, por lo mismo, aunque no quiso definir como dogma de fe la Constitución sobre la Iglesia, nos dice en ella lo que piensa como doctrina suya propia y definitiva: **que María es verdadera Mediadora nuestra**.

4. Cuando los teólogos hablan de la Mediación de María, de **cómo** puede ser, piensan de estas tres maneras, ya que no todos están acordes en una sola opinión.

4a. El Mediador **único** es Jesucristo. Y María es Mediadora secundaria, porque cooperó con Jesucristo en su obra redentora, sobre todo en el Calvario. Dios aceptó este sacrificio de María en el **merecimiento** de la gracia por Jesucristo, y ahora la tiene asociada en el Cielo a la **distribución** de esa misma gracia. ¿Y cómo es su mediación? Por su oración continua a favor nuestro... Puede que Dios mire solamente los deseos de la Virgen para con nosotros, y la complace sin más... En esto, prácticamente, coinciden todos los teólogos.

4b. María, como Medianera de las gracias, puede actuar de dos maneras. **Moralmente**, Dios la quiere tanto que no le niega nada: ¿cómo se va a negar a la que es su Madre y a la que sufrió tanto con Jesús por nosotros como Corredentora nuestra?... Pero otros teólogos dicen más: Dios se sirve de María como un **instrumento físico**, es decir, pone en manos de María **todas** las gracias y que sea ella quien las distribuya. Esto es mucho. Un gran mariólogo nos decía en clase: -Para mí, después de su divina Maternidad, ésta es la grandeza

mayor de María, ser la dispensadora de *todas* las gracias a Dios... Y esto lo hace la Virgen no como un robot, sino con libertad absoluta, plenamente consciente de su acción, aunque siempre y a la vez con el único Mediador Jesucristo y con la mediación de la Iglesia.

4c. Decir que María es Mediadora de las gracias de Dios es lo mismo que decir que es nuestra Madre **espiritual**. Ha de cuidar de cada uno de sus hijos, recibidos de Jesús en el Calvario, dándoles todas las gracias necesarias para su salvación. Con una tierna comparación, el mismo teólogo nos decía: -Toda la gracia que Cristo Redentor tiene como **Cabeza** de la Iglesia, María la convierte en gracia **materna**, que la da con sus pechos de madre a todos sus hijos... Bello, no lo podemos negar.

5. ¿Qué pensamos nosotros? Nos es igual una opinión que otra. Lo importante es saber que María nos trae y da todas las gracias que por ella le pedimos a Dios.

Y no estará de más el examinar, *psicológicamente*, nuestras peticiones a María y a los Santos. A un Santo o Santa, siempre le decimos: “**Alcánzame** de Dios esta gracia”... Nunca le decimos “dame”. Mientras que a la Virgen, igual le decimos *alcánzame que dame*. “**Dame**”, porque sabemos que la tiene en su mano... Nueva alusión a la primera oración que tenemos dirigida a María, el *Sub tuum praeasidium* (lecciones 10 y 15). Miremos que ya entonces, muy antes del año 300, se dirigían a María directamente, y no a Dios por María, como hace siempre la Liturgia. Claro indicio de que los cristianos aquellos consideraban a la Virgen muy diferente de los demás Santos, y la tenían como depositaria de las gracias de Dios. De lo contrario no se hubieran atrevido a hacer oración semejante a María.

6. Como hacemos en cada lección, podemos explayar algunos puntos que nos amplíen o aclaren lo anteriormente dicho.

6a. El papa León XIII, en su encíclica *Adiutricem populi*, tiene unas palabras luminosas: María, “por haber sido cooperadora suya en la obra de la redención, vino a ser para siempre la dispensadora de las gracias, fruto de esa misma redención”.

Esto era decir mucho. Es como asegurar que Dios ha encomendado a María seguir su acción corredentora y que nos vaya aplicando la gracia merecida por Cristo, a la que ella colaboró activamente. Y era dar la razón al pueblo cris-

tiano, que siempre ha pensado lo mismo y siempre ha acudido a María en las peticiones de las gracias de Dios.

6b. El Papa, repetimos, da como razón suprema la Corredención de la Virgen, o sea, la unión de María con Cristo en el Calvario. Y una protestante episcopaliana nos va a interpretar bien esta razón. Cayó en manos de **Elizabeth Seton** un devocionario católico donde vio la oración del *Acordaos* a la Virgen. Y cuenta ella misma:

“Se la recé, segura de que Dios no puede negar nada a su Madre, y segura también de que ella, por su parte, no podía dejar de acoger y amar a las pobres almas por las que su Hijo había sufrido tanto. Mientras rezaba, sentí que yo tenía realmente una Madre”.

Aquella mujer tan bella, esposa y madre ejemplar, se convertía poco después al catolicismo, se consagraba religiosa después de enviudar, y hoy es la primera Santa norteamericana que ha escalado los altares.

6c. Glorificada en el Cielo, María conserva su relación de Madre con Cristo, y sigue, por la aplicación de la gracia, la formación y crecimiento de Cristo en nosotros, como oficio primero suyo. Efectivamente, al responder María en la anunciación “que se cumpla en mí tu palabra”, se adhería libre y perpetuamente a la obra salvífica de Cristo.

Esta obra no acabará hasta que esté completo en el Cielo el número de los elegidos. Hasta el final del mundo, por lo mismo, estará María actuando en la obra de la Redención, que ahora ya no es *adquisición* de la Gracia como en el Calvario, sino *dispensación* y *aplicación* de la Gracia a cada una de las almas.

6d. Con su “múltiple intercesión”, de que nos habla el Concilio (LG,62), atrae sobre nosotros todas las gracias divinas. Este “todas”, ¿qué significa? ¿Entran también las gracias temporales? No dudamos que sí, que entran todas aquellas cosas necesarias para la vida presente, conformes con la voluntad de Dios, y que nos sirven en orden a la misma salvación eterna.

El mismo Jesús incluye esa petición en el Padrenuestro con el “Danos hoy nuestro pan de cada día”. Ciertamente, que lo que importa es la Gracia, la vida sobrenatural, la vida en el Espíritu Santo, que después se transformará en gloria, la llamada desde los apóstoles, “Vida Eterna” (2).

6e. Siendo la Mediación de María el ejercicio de su Maternidad espiritual, no hay acción en nuestra vida que se escape a su interés y preocupación por

nosotros. Así ha querido Dios unirla a su Providencia por nosotros. Pura bondad de Dios con su Madre, para honrarla grandemente, y también para con nosotros, que acudimos siempre con confianza y libertad suma a la madre que nos dio la vida. Pero **necesidad** de Dos, ninguna.

Porque Jesucristo, el Mediador, podía habernos redimido sin la cooperación de María a su obra redentora. Puede Jesús en el Cielo interceder él solo por nosotros, y sobra la Abogada. Puede Jesús otorgarnos la Gracia y las gracias sin ayuda de nadie, y sobra la Dispensadora. Pero no ha querido hacer todo eso por sí mismo y solo. Ha querido que María fuese la Mediadora con Él (3).

De esta Mediación ha dicho el Concilio que “brota del beneplácito divino y de la superabundancia de los méritos de Cristo, se apoya en los méritos de éste, depende totalmente de ella y de la misma saca todo su poder. Y, lejos de impedir la unión inmediata de los creyentes con Cristo, la fomenta” (LG 60).

Para la vida

1. Dependemos siempre de la acción de María. Cuanto más apegados estamos a sus pechos de madre, mayor gracia recibimos de Dios.

2. Si, como hemos dicho, en su Mediación no es María un simple robot en la mano de Dios, sino que tiene su “personalidad”, como diríamos nosotros hoy, habremos de decir que distribuye la Gracia y las gracias de Dios a quien quiere, cuando quiere y como quiere. Y nuestra suerte es que por parte de María, como Madre nuestra, no le faltará a nadie ni una sola gracia para su salvación o para su crecimiento en Cristo.

3. Entonces, orar a María, pedirle gracias sin miedo. Es la tesorera y dispensadora de los bienes de Dios. Vivir pendientes de su generosidad y esplendor es asegurarse en abundancia toda riqueza espiritual.

NOTAS

(1) Para los que nos dicen que con nuestra devoción y culto a María disminuimos la primacía inalienable que tiene Jesucristo, les decimos:

“María es la muestra acabada de la humanidad recreada y embellecida por la acción de Cristo y por el amor de Dios que ha venido a nosotros. Y esta belleza y grandeza de María no atenta contra la centralidad y soberanía de Cris-

to, del mismo modo que el esplendor de la luna no atenta contra la centralidad del sol” (73).

Al extasiarse dos enamorados ante la belleza de la luna en el azul del cielo, en realidad no hacen, aunque sin pensarlo, sino cantar y agradecer al sol la luz que le manda a la luna de sus requiebros...

(2) “Hay una forma demasiado antropomórfica e ingenua de entender la intercesión de María. Fácilmente “imaginamos” que María intercede por nosotros ante Cristo glorioso o ante el mismo Dios, pidiéndoles que tengan compasión, que perdonen nuestros pecados, hasta conseguir para nosotros la misericordia que no merecemos... y podemos también pensar que la Virgen María, por compasión maternal, nos envía “gracias” por propia iniciativa, al margen de Dios y de Cristo..., y salvemos nuestra alma. Esquemas demasiado simples, un poco infantiles... Hemos de tener bien claro, como dato fundamental de nuestra fe, que *‘Dios nos amó primero’*, y nos ama con amor verdadero y eficaz irrevocablemente. No es preciso que María “mueva” a Dios para que tenga compasión de nosotros. Lo mismo hemos de decir de Jesucristo. Jesús ha muerto por nosotros, quiere nuestra salvación y nuestra santificación, y hace todo lo que depende de él para conseguirlo sin necesidad de que nadie vaya a convencerle de nada...

“¿Qué aporta entonces María a nuestra salvación y a nuestra santificación? Su aportación e influencia, la eficacia de su intercesión y de su maternidad, no se ejerce sobre Dios ni sobre Jesucristo, sino sobre nosotros. María, poseída por Dios y santificada por el Espíritu Santo, en virtud de su unión maternal con Cristo, da forma humana, femenina, maternal a la vida divina que recibe, y así la hace más fácilmente comprensible, aceptable y asimilable para nosotros.

“Las mediaciones, la de Cristo, la de María, la de la Iglesia, son efecto de la gracia de Dios, de ninguna manera causas de esta gracia... Son formas añadidas a la gracia inicial de Dios... De forma parecida, María acerca a nosotros el amor redentor de Cristo y nos facilita el modo humano y eclesial de responder al amor de Cristo... Las mediaciones de Cristo y de María Virgen son, en definitiva, obra de Dios a favor nuestro” (141-146).

(3) “En el orden de la salvación no hay nada necesario. Ni la gracia de Dios es necesaria, porque si lo fuese no sería gracia; ni es necesaria la encarnación del Verbo de Dios, ni es tampoco necesaria la intercesión de la Virgen María. Dios no tiene necesidad de nada ni de nadie.

“La verdadera respuesta es que Dios, movido por su gran amor, ha querido venir hasta nosotros y ha querido salvarnos del modo más adecuado a nuestro ser y de la manera más dignificante para nosotros. Dios ha querido bajar hasta nosotros, salvarnos desde dentro de nosotros, incorporarnos en la obra de nuestra salvación. Por eso una Persona de la Trinidad se ha hecho hombre y es, desde dentro de la humanidad, causa universal de la salvación; y por eso Cristo ha asociado a su madre a la obra de la redención, santificándola primero plenamente.

“Y esta asociación no consiste en que María aporte algo nuevo, más méritos, más compasión, más eficacia a la obra de Cristo... María es un peldaño más en el abajamiento de Dios hacia nosotros, y un peldaño más que nos facilita el ascenso hasta el encuentro con Cristo y la Trinidad santa. Todo está pensado y todo está hecho así no porque sea necesario, sino para que sea lo mejor para nosotros” (148).

17. MARIA REINA

En nuestros tiempos de las democracias no nos gustan las monarquías. Pero, precisamente en estos días es cuando la Iglesia ha declarado como oficiales, diríamos, los títulos de Rey y de Reina a Jesucristo y a la Virgen. Porque lo son. Ahora vamos a ver a María como Reina en unión de Jesucristo, el Rey eterno de los siglos.

“Dios te salve, REINA y madre”. ¿Contaríamos las veces que se lo decimos? Y hay que afirmar desde el principio que María es Reina no de una manera simbólica, sino real. Es verdadera Reina, y no sólo la *llamamos* Reina. Lo cual es asegurar que es Señora, Soberana, con dominio sobre todas las cosas, como lo tiene Jesucristo, aunque, siempre, subordinada a Él, en dependencia de Él, y como asociada a Él. Es Reina con Jesucristo, por Jesucristo, y como Jesucristo con reinado de amor. No se trata de un reinado al estilo de las monarquías en las naciones, o despótico, o democrático, o simplemente simbólico. Es verdadero reinado, pero de naturaleza totalmente distinta a los demás reinados.

Empezamos por insinuar **este detalle del lenguaje**, ya que a bastantes no les gusta el título de “Reina” dado a la Virgen, igual que el de Rey a Jesucristo. Ciertamente que hoy somos radicalmente demócratas y celosos ante todo lo que pueda ofender o limitar nuestra dignidad personal. Por eso, al hablar de la realeza de María lo hacemos con fórmulas muy distintas a las de antaño. Veremos después lo que significa “servir es reinar”.

1. Miremos lo que Dios hizo con su Madre, vencedora total del pecado y de la muerte desde su Concepción Inmaculada hasta su Asunción. Nos lo dice el Concilio: “La Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de culpa original, terminado el decurso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial y fue ensalzada por el Señor como **Reina universal** con el fin de que se asemejase de forma más plena a su Hijo, Señor de señores y vencedor del pecado y de la muerte” (LG 59).

El papa Pío XII, en 1954, declaró “Reina” a María, aunque no hizo sino sancionar lo que la Iglesia había enseñado y vivido siempre. Hay que tener presente a Jesucristo como el único Rey establecido por Dios; pero a María la vemos asociada del todo al reinado de su Hijo en un plano secundario y subordinada en todo a Jesucristo. María es Reina **por** su Hijo, que la ha constituido Soberana de cielo y tierra. Es Reina **con** su Hijo, que la ha asociado a su reinado universal, y sin Jesús no es nada. Es Reina **como** su

Hijo, y reina por el amor. Si a Jesucristo le llamamos “Rey de amor”, a María la llamamos desde hace tantos siglos con la clásica oración de la Salve, “Reina y Madre de misericordia”.

Sin seguir el orden de la encíclica papal, se pueden señalar los hechos siguientes.

2. Ante todo, miramos la **Biblia**. El reinado de María arranca de Jesucristo, profetizado por Isaías como “Príncipe de la paz” (Is 9,6). El ángel le dice a la Virgen que su hijo será rey, pues “el Señor Dios le dará el trono de su antecesor David, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin” (Lc 1,32). Pocos días después, Isabel, inspirada por el Espíritu Santo, dirá: “¿Y de dónde a mí que venga a visitarme la madre de mi Señor?” (Lc 1,43). “Señor” en Israel era sólo Dios, e Isabel podría referirse a María como presunta y miserosa Madre de Dios; pero, lo más probable es que pensara en María como la *madre* del Rey Mesías, pues el rey en Israel era también “señor”. El Apocalipsis, por su parte, llama a Jesucristo “Rey de reyes y Señor de los señores”. Más claro que ninguno fue el mismo Jesús, que le confiesa a Pilato lo que será la causa de su muerte: “Sí, yo soy rey”.

Ahora bien, según la Biblia, María, madre del rey Jesús, es la “guebirâh”, la Reina Madre. En Israel, no era reina precisamente la esposa del rey, sino la madre. El caso más típico. Cuando Bersabé, la esposa de David, entra a verle, *se postra* ante él, y le llama por tres veces: “rey, mi señor” (1Re 1,15-21). Salomón, al revés, cuando se le acercó su madre, la misma Bersabé, “el rey se levantó a su encuentro, *hizo una inclinación ante ella*, dispuso un trono para la madre del rey, la cual tomó asiento a su derecha, y le dijo: “Expón tu ruego, madre, pues yo no te volveré la cara” (1Re 2,19-20). Y parece que la reina madre llevaba corona real, que, en la fiesta nupcial, se la quitaba y ponía a su hijo, conforme a lo que dice el Cantar: “Salgan, hijas de Sión, a contemplar al rey Salomón con la diadema con que le ha coronado su madre el día de su boda, el día de las delicias de su corazón” (Cant 3,11).

Además, en la Biblia, la “guebirâh”, la reina-madre, era título y cargo oficial. Significaba dueña, *señora*, en contraposición a *sierva*, esclava, pues *señor* en hebreo no tiene femenino. Por eso, la reina-madre es mencionada en la lista de casi todos los reyes de Judá.

En el Evangelio vemos cómo los Magos buscan al “Rey de los judíos que ha nacido”, lo encuentran y “cayendo de rodillas, lo adoraron”. Y “vieron al niño con María, su madre” (Mt. 2, 1 y 11). José no aparece para nada, y Mateo, judío, sabía lo que escribía al no citar al padre, sino a la madre.

Al final de los siglos, en el Juicio —habla el mismo Jesús—, dirá el Rey: “Venid, benditos... Apartaos, malditos”..., (Mt 25, 34.41) y, pronunciada y ejecutada la sentencia, Jesucristo “entregará el Reino a Dios Padre”... “Porque él debe reinar”..., pues Dios “ha sometido todas las cosas bajo sus pies”; y sometidas por él todas las cosas al Padre (1Cor 15,24-28), Jesucristo será el Rey inmortal de los siglos y María seguirá siendo la Reina-Madre.

Es la razón que da el Apocalipsis, cuando presenta a Jesús sobre caballo victorioso después de triunfar de todos los enemigos: “Rey de reyes y Señor de los señores” (Ap 17.14; 19,16), algo que conquistó con su sangre en la cruz, ante la cual estaba firme María, la Mujer, la nueva Eva (Jn 19,27), cooperando a la conquista de todos los que se habían perdido por el pecado de Adán.

Nos bastan estas referencias para convencernos de que, según la Biblia, podemos llamar a María “Reina”, por ser la reina-madre de Jesucristo.

3. María es Reina por ser la Madre de Dios. En pura criatura no se puede dar dignidad mayor. Por lo tanto, está por encima de todo lo creado. El Concilio lo ha dicho con una palabra que se repite mucho: “Ella ocupa en la Iglesia, después de Cristo, el lugar más alto y el más cercano a nosotros” (LG 54). Como Madre Dios, está más arriba que nadie; como hermana nuestra, está del todo a nuestro lado. A esa altura sublime, a esa dignidad inconcebible, que, a nuestro modo de hablar, roza los límites de lo infinito, ha sido elevada una simple mujer de nuestro mismo linaje. En el orden de la naturaleza creada por Dios, es imposible una dignidad más grande, aparte, naturalmente, la de Jesucristo por su unión hipostática o *personal* con el Hijo de Dios. Y, sin embargo, esta grandeza de María está unida en ella a una bondad y ternura sin límites, como podremos ver.

4. Asociada al sacrificio redentor de Cristo, el Redentor la asocia también a su reinado universal. Hay que mirar al Espíritu Santo. Al formar a Jesús en el seno de su madre, une de tal manera a Madre e Hijo que María va a tener mejor que ningún otro redimido “los mismos sentimientos que Cristo Jesús” (Flp 2,5). Por eso, no se niega a estar con Jesús en el Calvario, aunque se le destroce el corazón, y se va repitiendo el “aquí está la esclava del Señor, cúmplase en mí tu palabra” (Lc 1,38), equivalente del todo a la palabra de Jesús en Getsemaní: “Que no se haga mi voluntad sino la tuya” (Lc 22,42).

Vendrá después de la resurrección la respuesta de Dios, expresada así en la Iglesia por esta oración del Ritual de la coronación de las imágenes de María:

“Oh Dios, tu Hijo, que voluntariamente se rebajó hasta la muerte de cruz, resplandece de gloria eterna y está sentado a tu derecha como Rey de reyes y Señor de señores; y la Virgen, que quiso llamarse tu esclava, ahora, exaltada sobre los coros de los ángeles, **reina** gloriosamente con su Hijo”.

Por esta su unión estrechísima con Jesucristo desde el primer designio eterno de Dios hasta su Asunción, está en el Cielo participando del reinado del mismo Señor Jesucristo; reinado que ahora, hasta que esté completo el número de los elegidos en el final de los tiempos, sigue siendo de *servicio*, porque lo ejerce —dice la misma oración— “intercediendo por todos los hombres como abogada de la gracia y **reina** de misericordia”.

5. El papa Pío XII no habla de Maria Reina sin tener presente la **Asunción** de María. Siempre hemos imaginado sin equivocarnos la realidad de María. Así como Jesucristo Resucitado sube al Cielo y es colocado a la derecha del Padre, de igual modo María, asunta en cuerpo y alma a la Gloria, es colocada como Reina al lado de su Hijo.

Esta afirmación tiene un fuerte fundamento bíblico. El rey era ungido en su coronación con aceite de fiesta y alegría. Jesucristo lo ha sido como nadie. Mesías significa el “ungido con óleo”. Si lo era desde su encarnación en el seno de María, en la resurrección lo fue de manera plena. El Espíritu Santo lo invadió totalmente con la gloria definitiva, con un dominio igual que el del Padre, en un trono que durará por toda la eternidad.

Es lo que Jesucristo ha hecho con María al colocar junto a Sí a su Madre. Desde aquel momento, la humanidad de la Virgen está invadida de la gloria de su Hijo, al que llevó en su seno y siempre en su corazón.

6. María es Reina con todos los hijos de la Iglesia, porque todos los bautizados somos miembros de Cristo Sacerdote, Profeta y **Rey**. Pero, al ser María la Reina-Madre, se eleva por encima de todos los demás. María se sienta a la derecha de Cristo con una presencia real activa, aunque bajo muchos aspectos tenga la realeza común de todos los cristianos. Como Reina-Madre, Jesús ha querido hacerla participe de su gobierno real a favor de los hombres. ¿Cómo? No se concibe gobierno real sin el poder legislativo, judicial y ejecutivo.

Y es lo que decimos que tiene Cristo: manda, juzgará y ejecutará la sentencia. Esto lo hace, sin embargo, como Rey de amor, de justicia y de paz, de tal modo que nadie ha amado a los hombres como él ni, por eso mismo, nadie ha sido ni será tan amado como Jesucristo. Lo mismo hay que decir de

María. En su amor a los hombres sus hijos y en las gracias que les dispensa para su salvación, a la vez que con su influjo sobre el mismo corazón de Jesucristo, ejerce María su reinado maternal del modo más suave que podemos imaginar.

7. El de María es un reinado de servicio. Como el de Jesús, y no puede ser de otra manera. Es la doctrina del Evangelio entero, sintetizado en esta expresión tan audaz: “servir es reinar”. Jesús fue el primero en decirlo con el ejemplo más desconcertante, después de lavar los pies a los discípulos: “Ustedes me llaman “el Maestro” y “el Señor”, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor les he lavado los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros; les he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con ustedes, ustedes también lo hagan” (Jn 14,13-15).

Esto fue Jesús: un Rey *conquistador*, que no mató a nadie para hacerse con él, sino que compró y ganó a todos derramando su propia sangre por cada uno, pagando el precio de nuestro rescate, habiéndose hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Pero fue entonces cuando el Padre lo resucitó y lo sentó a su derecha, dándole un nombre sobre todo nombre, el de “Señor”, Dios, y constituyéndolo Rey inmortal de los siglos, ante el que se tiene que doblar toda rodilla, en el cielo, en la tierra y en los abismos (Flp 2,5-10). Entendemos perfectamente este himno sublime que Pablo inserta en su carta a los de Filipos.

8. Y aquí tenemos la clave para entender a María “Reina”. Invadida por el Espíritu, y al serle propuesta la grandeza máxima de su maternidad divina, confiesa con toda convicción: “aquí está la esclava del Señor, que se cumpla en mí tu palabra” (Lc 1,38). Voluntad de Dios por la que fue al Calvario, aunque fuera con la espada hundida hasta lo más hondo de su alma. Y, al igual que con Jesús, vino la respuesta de Dios. Encumbrada en lo más alto de los cielos, seguirá, con su Hijo Jesús, siendo la Reina eterna de los Ángeles, de los Santos, del Universo renovado y glorificado.

Hemos traído el himno de Pablo en la carta a los Filipenses, con algo que sólo se puede decir de Jesucristo. Pero viene ahora un atrevido teólogo y predicador, el capuchino P. Raniero Cantalamessa, y dice de la Virgen:

“María, aun siendo la Madre de Dios, no retuvo ávidamente su cercanía a Dios. Sino que se despojó a sí misma de toda pretensión tomando condición de sierva y apareciendo en su porte igual a cualquier otra mujer.

Vivió en la humildad y en lo escondido, obedeciendo a Dios, hasta la muerte del Hijo, y una muerte de cruz.

Por lo cual Dios la exaltó y le otorgó el nombre que, después del de Jesús, está sobre todo nombre. Para que al nombre de María toda cabeza se incline en el cielo, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que María es la Madre del Señor para gloria de Dios Padre. Amén”.

9. Otra razón poderosa para llamar Reina a María. Nos remitimos a la lección anterior sobre María Mediadora. Teniendo en su mano todos los tesoros de Dios como Dispensadora de la gracia, todos los redimidos dependemos de Ella. Una vez más el luminoso párrafo del Concilio: “Asunta a los cielos no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada” (LG 62).

María es Reina glorificada, pero seguirá hasta el fin del mundo como Reina *que sirve*, que está a las órdenes de cada uno que la necesita y la invoca.

Con ello, además, se convierte en *Imagen* de la Iglesia, la cual no busca más triunfos que el de la Gloria futura.

Igual que María, la Iglesia está en el mundo *para servir*, a disposición de todos los que la necesitan, en especial los más pobres y humillados, los oprimidos por la injusticia social, los desechados del mundo.

10. Con una gloria superior a la de todos los Ángeles y Santos, María es la Reina de todos ellos. Sobre los Ángeles, desde luego, porque, aunque inferior que ellos por naturaleza, es inmensamente superior por su condición de Madre de Dios. Y sobre los Santos, que son todos los hombres y mujeres salvados. Miremos la Letanía lauretana que solemos rezar con el Rosario: la aclamamos Reina de todos en las diversas categorías, tal como nos los imaginamos en el Cielo. Ese pasar lista de los Santos en la letanía es muy sensato.

Miramos a ver si algún antecesor de Jesús tuvo con él un parentesco tan cercano como el de María, que es su Madre, y digamos a ver si es María la Reina de los **patriarcas...**

Pensamos a ver si algún apóstol ha anunciado a Jesús con su vida y hasta con sus secretos de la Infancia de su Hijo, y podremos valorar el título de Reina de los **apóstoles...**

Examinamos si algún testigo de la fe sufrió como María al pie de la cruz, y diremos si merece o no el que la llamemos Reina de los **mártires**...

Buscamos una muchacha tan íntegra como María en su virginidad, y unida además a la maternidad, y a ver si nos atrevemos a quitarle el honor de ser la Reina de las **vírgenes**...

Contemplamos a María en toda su vida —nos fijamos especialmente en Nazaret—, y nos daremos cuenta de si tenemos o no razón al llamarla Reina de los **confesores**, que ponen de manifiesto a Cristo con su vida cristiana intachable...

Por la gracia y por la misión que Dios le confió, y por la respuesta de su fe, superó a todos los santos en cualquier situación y circunstancia.

Aunque María, como observaba agudamente Santa **Teresa de Lisieux**, no eclipsa la gloria de sus hijos, sino que la enaltece y la goza como nadie, ya que ella les ayudó a conseguirla, acrecentarla y consumarla.

Para la vida

1. La Iglesia nos pide acudir a María, igual que a Jesús, como al “trono de la gracia” (Hbr 4,16). En la Madre, por muy Reina que sea, sólo hallaremos bondad y misericordia.

2. Servir y obedecer a María. Son las obligaciones que se imponen los súbditos leales con sus señores. Tratándose de María, es hacerle caso en las inspiraciones con que nos mueve a conformarnos con Jesús y con ella misma.

3. “Pueblo de reyes”, en María tenemos también el modelo de nuestro reinado, conferido por Cristo a quienes somos sus miembros. Dominando, elevando y consagrando el mundo, *sirviéndolo* y no aprovechándolo egoístamente, es como nos hacemos dignos de reinar después gloriosamente con Cristo y con María.

18. MARIA, IMAGEN DE LA IGLESIA

Seguro que más de uno se ha extrañado con el título de esta lección. Sin embargo, es seguro también que, al final, todos vamos a agradecer al Concilio que nos haya puesto a María como un ideal insuperable de imitación para conformarnos con Cristo, con un camino fácil como no lo puede trazar más que una madre.

Un título que no es nuevo, pero sí poco usado hasta ahora, y que desde el Concilio empieza a abrirse paso firme en la mentalidad de teólogos y fieles. El Concilio usó la palabra “Tipo”, y es lo mismo que modelo, ejemplar, **imagen**. Si Jesucristo es el “supertipo” —vamos a hablar así— con el que debe conformarse cada bautizado (Rom 8,29), María es el Tipo de la Iglesia porque Dios ha realizado en ella, ya de una manera total, lo que Dios quiere que sea y va a ser un día la Iglesia entera.

Y hemos de tener en cuenta que lo que se dice de la Iglesia en general, o como colectividad, se dice de cada uno de los que formamos la Iglesia. Aquí no vamos a usar la palabra *tipo*, sino “imagen”, que es como se le llama ya a la Virgen al tratar este tema.

La enseñanza conciliar es, naturalmente, muy rica, y muy interesante para nosotros, ya que antes no se nos hablaba así de María. Y, por cierto, que vamos a citar ampliamente el Concilio, el cual miró a la luz de María la naturaleza y misión de “nuestra santa madre la Iglesia católica y apostólica”.

1. Con palabras de San Ambrosio, ya en el siglo IV, nos dice el Concilio que “La Madre de Dios es **tipo** de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta de Cristo” (LG 63).

Esto es una afirmación categórica. Viene a decirnos que la Iglesia se va a mirar siempre en María para entender su propia naturaleza y su misión. Lo que fue María en el mundo al darnos a Jesús, eso es lo que hace y debe hacer la Iglesia a través de los siglos. Iglesia y María están íntimamente unidas en su vocación y su destino (1).

2. El Concilio mira a María como Imagen de la Iglesia desde su *Inmaculada Concepción* a su *Asunción*, principio y fin de su vida, y modelo de lo que será la Iglesia en su consumación: “La Virgen Inmaculada, preservada inmune de toda mancha de culpa original, terminado el decurso de su vida terrena, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial y fue ensalzada por el Señor como Reina universal con el fin de que se asemejase de forma más plena a su Hijo, Señor de señores y vencedor del pecado y de la muerte” (LG 59).

Nos dice con ello que la Iglesia ha conseguido ya en María lo que espera ser en su plenitud, cuando llegue al último día. La Esposa “Inmaculada” de Cristo, sin mancha alguna, porque habrá sido purificada en todos sus miembros. Y también, como María “Asunta”, elevada al Cielo en todos estos sus miembros, resucitados gloriosamente de sus sepulcros y elevados así a la Gloria.

Sobre estos puntos de principio y fin de María, el Concilio especifica algo más y se detiene en cada uno de ellos.

2a. Sobre su Concepción **Inmaculada**, dice, proponiendo un ideal: “Mientras la Iglesia ha alcanzado en la Santísima Virgen la perfección, en virtud de la cual no tiene mancha ni arruga” (Ef 5,27), los fieles luchan todavía por crecer en santidad, venciendo enteramente al pecado, y por eso levantan sus ojos a María, que resplandece como modelo de virtudes para toda la comunidad de los elegidos” (LG 65).

Tres ideas básicas para la vida cristiana suscitan estas palabras conciliares.

Primera, en María Inmaculada mira la Iglesia la lucha que sus hijos han de sostener continuamente contra el pecado, algo sinónimo con el guardar fielmente la Ley de Dios, a pesar de la lucha que implica.

Segunda, la práctica de las virtudes cristianas, que hacen crecer diariamente en la santidad, crecimiento tanto más fácil cuanto se va venciendo cada vez más el pecado.

Y tercera, una gran confianza de que un día, purificados de toda mancha, aunque sea con el temido Purgatorio después de la muerte, todos seremos, como María, inmaculados ante nuestra propia conciencia y ante Dios.

2b. Y sobre su **Asunción**, nos dice:

“La Madre de Jesús, de la misma manera que, glorificada ya en los cielos en cuerpo y en alma, es imagen y principio de la Iglesia, que habrá de tener su cumplimiento en la vida futura, así en la tierra precede con su luz al peregrinante Pueblo de Dios como signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor” (LG 48).

María está con la Iglesia y para la Iglesia, y toda la Iglesia será como María. Aparte de un hecho personal de la Virgen, la Asunción es un acontecimiento salvífico para el Pueblo de Dios en todos sus miembros, que miran en María su propia glorificación, como canta el prefacio en la Misa de su fiesta: “Ella es primicia y figura de la Iglesia que un día será glorificada; ella es consuelo y esperanza de tu pueblo, todavía peregrino en la tierra”.

Nos fijamos en María como nuestra *imagen*, como nuestro *modelo* para llegar al final de la lucha contra el pecado y a la cima de la perfección moral, lo cual nos llevará, indefectiblemente, a la misma gloria. La Asunción de María es *prenda segura* de que las promesas de Cristo se cumplen, como se ha demostrado ya en María,

Con ella y como ella, ¡adelante!... María Asunta es un estímulo fuertemente poderoso de nuestra esperanza.

3. El considerar a María “Virgen” y “Madre” inspira al Concilio unas palabras preciosas: “En el misterio de la Iglesia, que con razón es llamada también madre y virgen, precedió la Santísima Virgen, presentándose de forma eminente y singular como modelo tanto de la virgen como de la madre” (LG 63). ¿Y por qué? “Porque creyendo y obedeciendo engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre, y sin conocer varón, por obra del Espíritu Santo, como una nueva Eva, que presta su fe exenta de toda duda, no a la antigua serpiente, sino al mensajero de Dios. Dio a luz al Hijo, a quien Dios constituyó primogénito entre muchos hermanos (Rom 8,29), esto es, los fieles, a cuya generación y educación coopera con amor materno” (LG 63).

Quiere decir que la Iglesia es virgen fidelísima a Cristo, como María; y, como María también, es virgen fecunda, es madre, porque mediante la predicación de la fe y por el bautismo engendra a los hijos de Dios.

Explana ahora estos puntos marianos de la maternidad y de la virginidad, que nos hacen ver cómo la Iglesia, igual que María, vive una gloriosa “maternidad virginal”.

3a. “La Iglesia... se hace también madre mediante la palabra de Dios aceptada con fidelidad, pues por la predicación y por el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios” (LG 64).

Siempre hemos llamado “Madre” a la Iglesia, no en contraposición a María, sino *como* lo es María. María escucha la palabra de Dios, la acepta, concibe en su seno a Jesús, y después lo da al mundo, empezando por los pastores y los Magos. Así también la Iglesia: ha recibido la Palabra de Dios, la ha aceptado, y ahora, por la Palabra que predica y por el bautismo engendra para Dios una multitud de hijos, “que no han nacido de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de varón, sino que han nacido de Dios” (Jn 1,13).

La Iglesia mira a María y la imita en su maternidad; por eso, ampliando legítimamente este pensamiento conciliar, digamos que la Iglesia, con los hijos

que Dios le ha dado, hace lo mismo que María de Nazaret con su Jesús. Los forma. Con la Palabra, los instruye y los lleva al pleno conocimiento del misterio del Señor y de su propia vocación cristiana. Con la oración y con los Sacramentos, sobre todo con la Eucaristía, los nutre y desarrolla hasta llegar a la plenitud de la vida en Cristo.

Y no sólo eso. Inspirada la Iglesia en el Magníficat de María, atiende y sirve de modo especial a los pobres, y con el espíritu del Magníficat sale en defensa de todos los oprimidos en el orden que sea.

Al decir el Concilio “por obra del Espíritu Santo”, alude a la oración de María implorando en el cenáculo con los apóstoles el hecho de Pentecostés. La Iglesia, como María, es mediadora entre Dios y todos sus hijos para los que pide de continuo el don del Espíritu.

3b. “Y es igualmente virgen, que guarda pura e íntegramente la fe prometida al Esposo, y a imitación de la Madre de su Señor, por la virtud del Espíritu Santo, conserva virginalmente una fe íntegra, una esperanza sólida y una caridad sincera” (LG 64).

La virginidad perpetua de María hay que mirarla como un *signo* de su entrega total, absoluta, fidelísima al Hijo que Dios le da. Al lado de ese Hijo no cabe ningún otro ni María va a querer ningún otro. Jesús es el único que le va a llenar a María el corazón.

Aunque María con José fueron en este sentido los dos primeros vírgenes cristianos, que inauguraron lo que dice Jesús, el abrazar el celibato en la Iglesia “por el reino de los cielos” —condición de vida con la que sólo pueden aquellos a quienes se les da este carisma (Mt 19,11-12)—, María *virgen* es signo para *toda* la Iglesia y *cada uno* de los creyentes, casados o célibes. Significa para todos sin distinción el que no vacilan nunca en su fe, amor, fidelidad y entrega a Jesucristo, sin pensar en otra iglesia, en otro maestro, en otro señor, en otro amor más que Jesucristo.

Esto es formidable. Con ello se entiende ese “¡Ven, Señor Jesús!” (Ap 22,20) que tiene siempre la Iglesia en sus labios.

4. Considera el Concilio el fin y la acción de la Iglesia, que es entregarse sin reservas a la salvación de los hombres —la salvación eterna sobre todo—, y ve a María como su imagen, porque María, “al abrazar de todo corazón la voluntad salvífica de Dios, se consagró totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo” (LG 56).

Por esto, mira el Concilio a todos los que trabajan en el apostolado, (LG 65), y les dice: “La Iglesia, en su labor apostólica, se fija con razón en aquella que engendró a Cristo, concebido del Espíritu y nacido de la Virgen, para que también nazca y crezca por medio de la Iglesia en las almas de los fieles. La Virgen fue en su vida ejemplo de aquel amor maternal con que es necesario que estén animados todos aquellos que, en la misión apostólica de la Iglesia, cooperan a la regeneración de los hombres” (2).

5. Hoy se nos inculca en la Iglesia la lectura asidua de la Biblia, sobre todo de los Evangelios. ¿Y no tenemos un ejemplo grande en la que es Imagen de la Iglesia? El Concilio, hablando de la predicación de Jesús, dice que María “acogió las palabras con que su Hijo proclamó bienaventurados a los que escuchan y guardan la palabra de Dios, como ella lo hacía fielmente (Lc 2,19 y 51). Así avanzó también la Santísima Virgen en la peregrinación de la fe, y mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz” (LG 58)

6. Sobre este punto de la lectura de la Biblia y María, el papa Benedicto XVI, en la postsinodal *Verbum Domini* 28, tiene esta acertada observación:

“Deseo llamar la atención de María con la Palabra de Dios. Esto resplandece con particular brillo en el *Magnificat*. En cierto sentido, aquí se ve cómo ella se identifica con la Palabra, entra en ella; en este maravilloso cántico de fe, la Virgen alaba al Señor con su misma Palabra. El Magnificat —un retrato de su alma, por decirlo así—, está completamente tejido por los hitos tomados de la Sagrada Escritura, de la Palabra de Dios. Así se pone de relieve que la Palabra de Dios es verdaderamente su propia casa, de la cual sale y entra con toda naturalidad. Habla y piensa con la Palabra de Dios, la Palabra de Dios se convierte en palabra suya, y su palabra nace de la Palabra de Dios. Así se pone de manifiesto, además, que sus pensamientos están en sintonía con el pensamiento de Dios, que su querer es un querer con Dios. Al estar íntimamente penetrada por la Palabra de Dios, puede convertirse en madre de la Palabra encarnada”. Y eso que María no tenía a mano los rollos de la Escritura; pero en los sábados atendía, escuchaba, meditaba la lectura y explicación que en la sinagoga hacía el rabino, la cual se le quedaba clavada en la mente.

7. La ejemplaridad de Maria no se agota en esas expresiones conciliares, sino que la queremos llevar y la llevamos a la *ascética cristiana*, al orden personal, que es lo más interesante para nosotros.

María es Imagen de la Iglesia “en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo”, porque iba delante y “la precedió de forma eminente y singular” (LG 63). Esto lo podríamos explicar así: María es el modelo que debemos imitar para salir cristianos perfectos como ella, que se ha puesto al frente y camina la primera:

-en la peregrinación de la fe, diciendo siempre como María SÍ a Dios;

-en el amor, creciente como el de María mediante la oración, el fervor, el entusiasmo;

-por la unión con Cristo recibiendo los Sacramentos, compartiendo su trabajo y sus sufrimientos, y llevando una vida de intimidad con él. Todo lo que vemos de perfección en María es un ideal para nosotros. Cada título o prerrogativa de María, por muy personal suyo que sea, tiene una analogía o un parecido con lo que nosotros podemos y debemos ser.

8. Mirando a María, se ha dicho muy acertadamente que es ejemplo para todas las vocaciones personales en la *radicalidad*, en la *plenitud* y en la *integridad* de su respuesta vocacional a Dios. María se abrazó en todo momento con lo que exigía su vocación a la maternidad divina que le propuso el ángel en la anunciación.

Mirada así la ejemplaridad de la Virgen, el cristiano, en su propio estado, en su profesión, en su oficio, en toda circunstancia de la vida, sabe preguntarse: ¿cuál es mi deber?, y responderse sin vacilar: ¡A cumplir, pues, la voluntad de Dios!...

Este sentido hay que dar a esa expresión tan repetida hoy sobre la Virgen: “Imagen de la Iglesia en la peregrinación de la fe”. No fue fácil el camino para María. Las contradicciones —la *espada* profetizada por Simeón—, comenzaron pronto y pusieron a prueba durísima su fe, que en el Calvario llegó al colmo cuando la hubo de vivir entre nieblas densísimas, pues pudo preguntarse: “¿en esto para todo..., este es el trono del hijo de David..., así es y así va a ser su reinado eterno?”...

Y María siguió creyendo sin ver nada en tres días, hasta que vio cumplido todo en Jesús el *Resucitado*, y lo entendió todo plenamente en Pentecostés.

9. María “Imagen” tiene aplicaciones muy interesantes en la **ascética** y abre horizontes amplísimos en la devoción a María. Esto de ahora no es más que el No. 7 algo explicado.

El mirar a María como Imagen de la Iglesia para imitarla en la vida personal de cada uno, tiene aplicación cuando se la mira en los detalles que de ella nos dan los Evangelios y se toma la costumbre de contemplar en ella

a la Virgen que escucha la palabra y guarda íntegra la fe;

a la Virgen orante, que se pone en medio de los apóstoles en el cenáculo, y con la oración enseña a pensar continuamente en Jesús, pues, como madre, no tenía otro pensamiento en la mente ni mayor afecto en el corazón;

a la Virgen que ofrece Jesús en el templo y se asocia a su sacrificio en la Cruz;

a la Virgen solícita por el bien de los demás, como lo demostró en la boda de Caná;

a la Virgen que se le imita en la lectura y la meditación de la Palabra, en el Evangelio sobre todo, para conocer a Jesús a fondo, como ella, que meditaba de continuo todo lo que veía en Jesús (Lc 2,19 y 51);

a la Virgen que acepta con naturalidad y hasta con gozo los pequeños o grandes sacrificios de cada día, unidos, como María ante la cruz, al sacrificio de Cristo...

Al mirar a la *Inmaculada*, no ceja nadie en la lucha contra las faltas de cada día, que es lo más costoso; y si mira a la *Asunción*, aunque parezca algo extraño, suspira por la pronta unión con Cristo en la Gloria, como María, que, más que Pablo, no soñaba sino en la muerte, como “una ganancia, para estar siempre con Cristo” (Flp 1,21-23).

10. Hemos citado la Inmaculada y la Asunción, aun sabiendo que son dones exclusivos de María. Sin embargo, hasta en eso que es lo más personal, único e intransferible de María, se puede pensar en una imitación y semejanza.

Ponemos como ejemplo su divina Maternidad. Es un absurdo pensar que alguna otra persona, fuera de María, pueda llegar a ser madre de Dios. ¿Podemos decir, sin embargo, que este hecho no nos dice nada a los cristianos para su imitación? La que es Imagen de la Iglesia, ¿nada nos dice, para imitarla, como Madre de Dios?... Podemos pensar: en cuanto madre, ¿cómo llevaba María a Cristo en su seno y en su corazón? ¿Y cómo lo debo llevar yo? Porque sé que Cristo mora en mí por la fe y el amor, según nos enseñan Pablo y el Evangelio (Ef 3,17; Jn 14,23). Además, si por la Comunión yo recibo a Cristo hasta físicamente, ¿nada me dice María, que lo recibió en la Encarnación, y después cuando la Fracción del Pan en la Iglesia apostólica?...

Así, poniendo como ejemplo el hecho más personal e intransferible de María, podemos ver que la ejemplaridad de María como Imagen nuestra alcanza

todos los aspectos de su vida y de la nuestra. Por eso, nos dice el Concilio, “los fieles levantan sus ojos a María, que resplandece como modelo de virtudes para toda la comunidad de los elegidos” (LG 65).

11. Este mirar a María como Imagen de la Iglesia, tiene especial aplicación en eso que ya hemos dicho sobre la lectura del Evangelio. Sólo María pudo hacer esta confianza íntima, que trae Lucas por dos veces casi seguidas: “María, por su parte, conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”. “Su madre conservaba todo esto en su corazón” (Lc 2,19 y 51). Es lo más bello que nos pudo decir la Virgen de sí misma.

Y viene a decir a los hijos de la Iglesia: -¡Que no se les caiga el Evangelio de las manos! Léanlo, estúdienlo, méditenlo, hasta que conozcan a fondo a Jesús, como lo conocí yo no sólo en su rostro sino en todos sus sentimientos, para que salgan todos como yo, la gran imitadora de Jesús (3).

12. Esa expresión moderna y conciliar de “María, Imagen de la Iglesia en la peregrinación de la fe”, es la traducción más exacta de la frase tan dura de Santiago 2,17, “la fe sin obras está muerta por sí misma”. Porque creer es entregarse a Jesucristo tal como es él; aceptar todas sus verdades, pues rechazar una sola es hacerle mentiroso; dejarse conducir por él hasta llegar definitivamente a Dios. Y María es el modelo supremo de esta fe

al haber aceptado el mensaje desconcertante del ángel,

al ofrecerse sin condiciones a cumplir la voluntad de Dios —¡esto sí que es fe con obras!—, abrazándose con una maternidad que le sería muy costosa,

al vivir con Jesús sin soltarse de él un momento, ni tan siquiera en el terrible Calvario.

Para la vida

1. “En la peregrinación de la fe”. Se le dice siempre SÍ a Dios, sin retractarse nunca en los deberes de la propia vocación con los que un día se abrazara cada uno.

2. “En la caridad”, la primera virtud cristiana. Como la de María, amor creciente a Dios y a los hermanos, porque Ella es “Madre de *todos* los hombres, especialmente de los fieles” (LG 54).

3. “En la unión con Cristo”. Aquí María es el modelo insuperable. Oración, afectos, sacramentos..., todo lo que nos estreche cada vez más con el Señor.

4. Los tres puntos anteriores nos los señala el Concilio expresamente. Imitando en todo a María, la cristiana más perfecta, salimos cristianos perfectos. Ella nos dice mejor que Pablo: “Sean mis imitadores, imitadores míos, como yo lo soy de Cristo” (1Co 4,16; 11.1).

NOTAS

(1) “Las palabras de María en Caná de Galilea, *‘haced lo que él os diga’*, expresan la naturaleza de su intervención maternal en nuestra vida espiritual. Ella es modelo, pero también animadora, impulsora, alentadora de nuestra adhesión de fe obediente y amorosa a Jesucristo. Ella vive siempre en esta actitud de fe y obediencia, y nos anima espiritualmente a vivir esta fe, que es la puerta de nuestra salvación. Asimismo, nos ayuda a vivir con ella y como ella el *‘hágase en mí según tu voluntad’*, que es la esencia de la fe y de la salvación humana” (145).

(2) El papa Francisco nos lo comenta con la *Evangelii gaudium*.

“La renovación de la devoción a la Virgen forma parte de la renovación del espíritu misionero de la Iglesia. Ella puede avivar nuestra fe, encender nuestro amor a Cristo y hacernos vivir la urgencia por que sea conocido y reconocido en nuestro mundo como único Salvador verdadero. La Iglesia, con María y como María, tiene que salir de su casa y llevar la presencia y la acción de Jesucristo más allá de sus fronteras, a tantas familias, a tantos corazones que viven en la oscuridad del error y la angustia de la desesperanza” (212).

(3) ¿Por qué y cómo el mundo se hace cristiano? Escuchando, creyendo y siguiendo la palabra de Jesús. Como María.

“En ella se cumple anticipadamente la vocación universal de la humanidad. Si María es la *‘Mujer creyente’*, es antes la *‘Mujer oyente’*, la mujer que vive atenta a su hijo, Palabra definitiva de Dios al mundo” (98).

19. EL CORAZON DE MARIA

El Corazón de María, a partir de Fátima, tiene carta de ciudadanía muy especial en la Iglesia, por aquellas palabras de la Virgen a los niños videntes: “El Señor quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado. A los que la abracen, les prometo la salvación”. Como se ve, no podía faltar en nuestro curso una lección especial dedicada a tema tan actual.

La Iglesia de estos últimos tiempos ha gozado de dos carismas extraordinarios con Paray le Monial y Fátima por las apariciones de Jesús y de la Virgen que pedían el establecimiento de la devoción en el mundo a sus Sagrados Corazones.

Apariciones importantes, aunque debemos tener presente que la revelación definitiva de Dios vino con Jesucristo y acabó con la muerte del último Apóstol. Y estas revelaciones particulares son *carismas* que Dios suscita en su Iglesia para reavivar aquella revelación que tenemos clara y consumada en los Evangelios, en los escritos apostólicos y en la Tradición viva de la Iglesia.

Como las dos devociones están íntimamente unidas, y dependen una de la otra, damos esta breve noticia de ambas.

1. Siglo diecisiete, Junio de 1675. Se le aparece Jesús a Santa **Margarita María Alacoque**, le muestra su Corazón en el pecho, y le dice las palabras que impactaron mucho en la Iglesia: “He aquí el **Corazón** que tanto ha amado a los hombres, que no ha ahorrado nada para manifestarles este amor hasta consumirse y deshacerse por ellos, y sin embargo no recibe de la mayoría sino ingratitud y menosprecios”. Le manda a Margarita María que propague su devoción, y el Jansenismo que alejaba las almas de Dios recibió un golpe de gracia. El pueblo cristiano frecuentó grandemente la Comunión, sobre todo en los primeros viernes, y la piedad creció de manera maravillosa.

2. Siglo XX, en 1917. La Virgen se aparece a tres niños de **Fátima en Portugal**, y les dice en la aparición más famosa del 13 de Julio lo que le iba a venir al mundo con la futura Segunda Guerra Mundial y con el comunismo ateo de Rusia, además de las persecuciones que le esperaban a la Iglesia y en especial al Santo Padre. La Virgen mostraba a los niños la horrenda visión del infierno, y les decía después a las aterradas criaturas: “Habéis visto el infierno, a donde van las almas de los pobres pecadores. Si se hace lo que yo les pido, habrá paz y se salvarán muchas almas. Para ello, vendré a pedir la Comunión reparadora y la consagración del mundo, en especial de Rusia, a mi Corazón

Inmaculado”. Y lo que la Virgen pedía ahora se lo había manifestado en la aparición anterior del 13 de Junio: “Jesús quiere establecer en el mundo la devoción a mi **Corazón Inmaculado**. A quienes la abracen, les prometo la salvación. Esas almas serán como flores escogidas que yo pondré delante del trono de Dios”.

Mueren los hermanitos Francisco y Jacinta, y seguirá como testigo y con nuevas revelaciones su prima Lucía hasta que muera carmelita descalza en Febrero del 2005 a los 97 años de edad. Ya religiosa en Galicia, tuvo dos apariciones de la Virgen, que le pedía en la primera, el 10 de Diciembre de 1925, la Comunión reparadora en los primeros sábados de mes; y en la segunda, el 13 de Junio de 1929, la consagración del mundo y de Rusia en particular a su Corazón Inmaculado.

3. Ambas devociones son gemelas y complementarias. Porque el Corazón de María está plenamente metido en el Corazón de Jesús, como lo decía el Padre **Croiset**, gran confidente de Santa Margarita María: “Los sagrados Corazones de Jesús y de María son demasiado iguales y están demasiado unidos entre sí para que penetrar en uno de los dos no sea entrar al mismo tiempo en el otro”.

Como una comparación, se ha dicho bellamente que durante nueve meses la vida del Hijo de Dios hecho carne estuvo rítmicamente palpitando con el corazón de María, la madre. Y con sentido ya más profundo, la Iglesia, en la reforma actual de la Liturgia, puso la fiesta del Corazón de María inmediatamente en el sábado siguiente al viernes de la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús. Inseparables.

El papa Pío XII, en su encíclica *Haurietis aquas*, hizo estas afirmaciones textuales: “Para que el culto al Corazón augustísimo de Jesús produzca frutos más abundantes, los fieles han de obligarse a asociar íntimamente con él la devoción al inmaculado Corazón de la Madre de Dios”. Y concluye: “El pueblo cristiano, que ha recibido de Cristo y de María la vida divina, después de haber tributado los debidos homenajes al Corazón sacratísimo de Jesús, rinda también al Corazón amantísimo de la Madre celestial homenajes semejantes de piedad, de amor, de gratitud y de reparación”.

Un poco de historia. De hecho, así como el papa León XIII, al finalizar el siglo XIX y entrar en el XX, consagró el género humano al Corazón de Jesús, otro Papa, Pío XII, respondiendo a las peticiones de Fátima, consagró el mundo al Corazón de María el 31 de Octubre de 1942 en medio de los horrores de la Segunda Guerra Mundial: “A vos, a vuestro Corazón Inmaculado, en esta

hora trágica de la historia humana, confiamos, entregamos, consagramos todo el mundo desgarrado por funestas discordias”. Y el papa San Juan Pablo II, el 25 de Marzo de 1984, consagraba Rusia al Corazón de María, aunque sin citar la palabra “Rusia”, pero que todos la entendimos muy bien. El caso es que cinco años después caía el Muro de Berlín, y a partir de aquel momento —¡algo hasta entonces inimaginable!— iban Gorbachov y Putin a visitar al Papa en Roma prácticamente como amigos.

Enemigos de la Iglesia —y también algunos hijos de la Iglesia desaprensivos— criticaron estas consagraciones, diciendo que quién era el Papa para meterse con el mundo, y no limitarse a la Iglesia. Olvidan que el Papa es el Vicario de aquel Jesucristo que dijo: “Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra” (Mt 28,18).

4. Después de estas intervenciones de los Papas —llamémoslas oficiales—, ambas devociones crecieron mucho dentro de la Iglesia. La práctica de los primeros viernes en honor del Corazón de Jesús, con la divulgación de las famosas “promesas”, y, aunque no tanto, de los primeros sábados en reparación al Corazón de María, se hicieron muy populares y produjeron grandes frutos de piedad. Sin embargo, a mediados del siglo XX, ya antes del Concilio y sobre todo después, sufrieron un gran bajón. ¿Podemos volver al fervor de antes?... Indiscutiblemente que sí. Aunque hay que adaptar ambas devociones a la mentalidad actual, basándolas, más que en la contemplación simbólica del “corazón” o en las “promesas”, en la realidad de la Escritura y de la teología. Así entramos ya, en particular, dentro de la devoción al Corazón de María.

5. Empezamos por la Biblia, como debe ser, y en ella nos encontramos, ante todo, con el significado de la palabra “**corazón**”. Para un judío, el corazón no es sino *la misma persona* pero mirada en su intimidad total: pensamientos, afectos, deseos, impulsos, querer, el *amor*, sobre todo. El corazón es el **motor** que mueve todas las acciones. En el corazón reside la pureza, la humildad, la fidelidad, la rectitud, todas las virtudes. Igual que en el corazón moran todos los vicios y del corazón salen todas las maldades. Esto, lo mismo en el Antiguo como en el Nuevo Testamento. Podríamos multiplicar los textos. “Oh Dios, crea en mí un corazón limpio”... “Un corazón contrito y humillado, tú no lo desprecias” (Sal 50,12.19). “¡Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios” (Mt 5,5). “Del corazón salen los pensamientos perversos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, difamaciones, blasfemias. Estas son las cosas que hacen impuro al hombre” (Mt 15,19). El corazón está en el centro de toda la vida religiosa y moral del hombre, su inteligencia igual que su conciencia. Por eso se pide a Dios un “corazón limpio”, un “corazón

nuevo, un corazón de carne y no de piedra” (Ez 36,26). Es toda la interioridad de la persona, el principio de la vida, la memoria, el pensamiento, la voluntad, la interioridad.

Ya se ve entonces lo que es el Corazón de María según las Sagradas Escrituras. El *corazón físico* es el signo, el símbolo, la expresión de toda la vida íntima de la Virgen.

6. Aplicamos esto a la vida, incluso externa, de María, y adivinamos los sentimientos que la movieron en todos los hechos que nos narra el Evangelio. Por su Corazón aceptó en acto de amorosa obediencia el ser la madre del Señor con todas sus consecuencias, al decir “que se cumpla en mí tu palabra”. Con qué cariño, feliz y dispuesta a ayudar, visitó a Isabel. Con qué júbilo entonó su Magníficat. Cómo ofreció su Hijo a Dios en el templo, y con qué humildad y generosidad escuchó la siniestra profecía de Simeón. La solicitud con que intercedió en Caná en favor de los novios. El heroísmo con que subió decidida al Calvario. La dicha con que ahora, glorificada en el Cielo, sigue ejerciendo sus oficios maternales con nosotros... En una palabra, vemos la *persona* de María con un Corazón poseído como ninguno por el Espíritu Santo, lleno de un amor sin igual a Dios, a su Hijo Jesús y a nosotros hijos suyos, tanto durante su vida mortal como ahora en el Cielo (1).

7. La tradición cristiana, desde los primeros siglos, se ha expresado de manera inequívoca, como lo atestiguan muchas expresiones de los Santos y Doctores desde la antigüedad de la Iglesia hasta los siglos modernos. **Orígenes**, que pregunta: “¿Cuál es la espada que atravesó el corazón de María?”. **Simeón M.**, que hace decir a María dirigiéndose a Jesús muerto: “Tu costado fue ciertamente traspasado, pero en el mismo instante lo fue también mi corazón”. San **Ambrosio**: “La Virgen era humilde de corazón”. “Y así como actuaba santa María, hazlo tú con tu corazón”. **Ricardo** de San Lorenzo: “Del corazón de santa María Virgen nacieron la fe y el consentimiento, por los cuales empezó la salvación del mundo”. San **Buenaventura**: “Con el corazón concibió la palabra de la fe, y con el vientre concibió al Hijo de Dios”. Santa **Gertrudis** la Grande, sobre el niño Jesús: “Así como su humanidad se alimentaba de la leche virginal, así su divinidad descansaba y se gozaba dulcemente en este inocentísimo y amantísimo corazón”. Y San **Juan Eudes**, el doctor y apóstol moderno del Corazón de María, entre tantísimas afirmaciones suyas: Con la devoción al Corazón de María, “deseamos honrar en la Virgen madre de Jesús no solamente un misterio o una acción, como el nacimiento, la

presentación, la visitación, la purificación, no sólo algunas de sus prerrogativas, como el ser Madre de Dios, reina del cielo y de la tierra; ni tampoco sólo su dignísima persona, sino que deseamos honrar con ella ante todo y principalmente la **fuentes** de la santidad y de la dignidad de todos sus misterios, de todas sus acciones, de todas sus cualidades y de su misma *persona*, es decir, su amor y su caridad, ya que según todos los santos doctores el amor y la caridad son la medida del mérito y el principio de toda la santidad”.

8. Todos estos Santos y Doctores estaban acordes con la Sagrada Escritura en ver en el Corazón de la Virgen el origen y la sede de todas sus prerrogativas y todas sus virtudes. Porque toda la vida íntima de la Virgen nace, reside y se difunde **de y por** su Corazón. Valoramos ahora esas dos expresiones del Evangelio: “María, por su parte, guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”. “Su madre guardaba todas estas cosas en su corazón” (Lc 2,19 y 51). Estas palabras no tienen precio. De un solo golpe nos revelan la vida entera de María: mirar a Jesús sin perderlo un instante, conocerlo con una profundidad única, amarlo sin que sus afectos se desvíen un milímetro, y hacerlo todo con y por Jesús. Ahí está y esto es su Corazón (2).

9. Como devoción moderna, es casi una necesidad mirar a Fátima. María nos ha manifestado su Corazón y ha pedido actos concretos para vivirla y manifestarla. Podríamos reducirlos a tres principales.

9a. La consagración personal al Corazón de María. La consagración del mundo pedida a los Papas y por ellos realizada, es algo muy genérico. Hay que llevarla a la donación propia a la Virgen, mirada en su Corazón tal como lo hemos visto en la Sagrada Escritura y en la tradición de la Iglesia. Vivida esa consagración, la persona se convierte en una de esas flores galanas que la Virgen quiere poner como adorno ante el trono de Dios en el cielo.

9b. La reparación por los pecados del mundo y para conseguir la salvación de muchas almas. La Virgen lo pide, sobre todo, mediante la Comunión reparadora de los Primeros Sábados. No decimos de “los cinco primeros sábados” para alcanzar **yo** mi propia salvación; sino cada primer sábado de mes como algo habitual en honor del Corazón de María.

La Virgen le dictó a Sor Lucía expresamente esta breve pero jugosa oración: “Oh Jesús, perdona nuestras culpas; líbranos del fuego del infierno, lleva al cielo todas las almas, especialmente las más necesitadas de tu misericordia”.

9c. El rezo del Rosario, pedido y hasta exigido con tanta insistencia a los niños videntes de Fátima. Y es que el Rosario compendia todo lo que es el Corazón de María. Es la Virgen metida de lleno en el misterio de Cristo, desde el primer decreto eterno de Dios, con María asociada al Redentor, hasta la vuelta de Jesucristo al final de los tiempos, cuando María, glorificada en el Cielo, habrá cumplido sus oficios maternales con cada uno de los elegidos.

Podemos recordar un hecho de San Antonio María Claret, gran difusor de la devoción al Corazón de María. La Virgen le había dicho: “Quiero que seas el Domingo Guzmán de los tiempos modernos”. Y en 1847 realizó un acto memorable. En la ciudad de Vic, no lejos de Barcelona, fundó la Archicofradía del Corazón de María, en la cual se inscribieron miles de personas, que quisieron tener su iglesia y su propia imagen del Corazón de María, a lo que respondió Claret: -¡Si ya la tenemos!... Y con extrañeza y admiración de todos, hizo fundir un corazón de plata y lo incrustó en el pecho de la Virgen del Rosario venerada en la conocida iglesia de Santo Domingo.

Para la vida

1. Todas las devociones marianas son buenas, todas eficaces con sus actos peculiares para la santificación propia, porque todas terminan en la misma *persona* de la Virgen. Pero esta del CORAZON de María es la más profunda, como la mejor síntesis de todas ellas.

2. La reparación con los pequeños sacrificios de cada día, junto con la Comunión de los primeros sábados de mes, responde plenamente al mensaje del Corazón de María manifestado en las apariciones de Fátima.

3. El Rosario nos mete muy adentro del Corazón de María, porque nos hace sentir sus sentimientos en todo el misterio de Cristo, igual que su intercesión de ahora, implorada muchas veces con el “ruega por nosotros pecadores” a lo largo de todo el rezo.

NOTAS

(1) “Cuando Jesús, por el sacrificio de la cruz, llega a ser cabeza espiritual de la nueva humanidad, María, su Madre, abre su corazón maternal hacia todos los hombres por los cuales su hijo se ofrece en la cruz. El corazón maternal de la Virgen sigue el ritmo y alcanza las dimensiones de su Hijo muerto y resucitado, hecho cabeza y principio de una nueva humanidad” (197).

(2) “A medida que descubría nuevos aspectos de la vida y de la misión de Jesús, ella ajustaba su existencia a los ejemplos y las palabras de su hijo. De forma que iba naciendo en ella la nueva humanidad, la Iglesia de Dios. Hemos reflexionado poco sobre esta afirmación: que la Iglesia nace en el corazón de María, por obra de Jesús, como fruto de su santa maternidad” (115).

Sobre este nacimiento de la Iglesia en el corazón de María, se puede traer lo de Juan Pablo II en la *Redemptoris Mater*: “En la economía de la gracia, actuada bajo la acción del Espíritu Santo, se da una particular correspondencia entre el momento de la encarnación del Verbo y el del nacimiento de la Iglesia. La persona que une estos dos momentos es María: *María en Nazaret* y *María en el cenáculo de Jerusalén*. En ambos casos su presencia discreta, pero esencial, indica el camino del *nacimiento del Espíritu*”.

20. EL CULTO Y LA DEVOCION A MARIA

¿Cómo nos portamos con la Virgen? Nos lo querrá decir un poco esta lección, al ver cómo la han tratado los siglos anteriores y qué nos dice de ello la Iglesia de nuestros días. El culto que le tributa la Iglesia en la Liturgia y nuestra devoción personal nos han de mantener unidos siempre a nuestra Madre querida.

¿Empezamos con el Concilio? Asienta este principio sobre el **culto y devoción** a la Virgen: “El santo Concilio amonesta a todos los hijos de la Iglesia que fomenten con generosidad el culto a la Santísima Virgen, **particularmente el litúrgico**, y que estimen en mucho las prácticas y los ejercicios de piedad hacia ella recomendados por el Magisterio en el curso de los siglos” (LG 67).

Nos entendemos bien. En esta lección nosotros, como el Concilio, distinguimos el **culto oficial de la Liturgia** y la **devoción personal** de cada uno.

Algo muy oportuno, porque veremos que esa crisis en la devoción a María que se originó en nuestros días, sobre todo a partir del Concilio, no tenía ninguna razón de ser, por más razones que dieran los que la crearon.

Afortunadamente, el Espíritu Santo, ¡no faltaba más!, estaba al tanto de su Iglesia y suscitó unos Papas providenciales, como el Beato **Pablo VI** que nos dio un magnífico documento con “El culto de María”; otro Papa como San **Juan Pablo II**, con su “Totus tuus” —¡Todo tuyo!— a la Virgen; después un **Benedicto XVI** y un **Francisco**, los cuales tienen siempre a María presente en todos sus documentos y discursos. Estos Papas no han dejado morir, sino que han acrecentado en gran manera el amor a María, aunque adaptadas sus prácticas de devoción a la idiosincrasia de nuestros tiempos, sin mucho folclore externo, pero con honda interioridad en las almas.

1. La historia de la devoción mariana comienza con el mismo Evangelio. Esas tan repetidas palabras de María: “que se cumpla en mí tu palabra” (Lc 1,18), con su carga de fe y de cumplimiento de la voluntad de Dios, son el origen de todo. María se presentaba como el modelo del cristiano perfecto: “fe y obras” (St. 2,14-18), sin equívocos ni tergiversaciones posibles. Además, estaban como avance las alabanzas de la gente a la Madre de Jesús. Primero, Isabel: “¡Bendita tú entre las mujeres! ¡Dichosa que has creído!” (Lc 1,42-45). Y después, aquella entusiasta oyente: “Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron” (Lc 11,27). Aparte de la profecía de la misma Virgen: “Desde ahora me felicitarán todas las generaciones” (Lc 1,48).

2. A partir del año 100, muerto Juan el último apóstol, empiezan los testimonios de los escritores de la Iglesia, pocos, pero de gran riqueza doctrinal.

San **Ireneo**, que llama a la Virgen “abogada de Eva” —como si fuera capaz de interceder por la mujer del paraíso—, la llama en realidad abogada nuestra, los desterrados hijos de Eva. La oración del *Sub tuum praesidium*, de antes del año 300 (lecciones 10 y 15), es de una importancia enorme. Créamosles.

Por los años del 300-400, San **Gregorio de Nisa** habla ya de una aparición de la Virgen a San Gregorio Taumaturgo.

El historiador **Sozomeno** cuenta de una iglesia de Constantinopla donde se realizaban milagros debidos también a otra aparición de la Virgen.

Y antes de estos años, **Orígenes** atribuye a María, siempre Virgen, el que se llenase el desierto de Egipto con tantos ermitaños, hombres y mujeres, que se entregaban a Dios radicalmente en virginidad y celibato perpetuos a imitación de la Madre de Jesús.

San **Atanasio**, dirigiéndose a las vírgenes del desierto: “Tienen el género de vida de María, que es el modelo y la imagen de la vida propia del cielo”.

San **Gregorio Nacianceno** exhortaba a Justina y Tecla, ante una gran dificultad, a invocar a María la Madre de Dios.

La **Iglesia de Jerusalén**, hacia el 431 cuando el Concilio de Éfeso, ya celebraba el 15 de Agosto la fiesta de María, la Theotókos. Como se celebraba en toda la Iglesia el día del triunfo de los mártires, se pensó en María en su tránsito al Cielo, y de ahí ese 15 de Agosto dedicado a la Asunción en particular.

Consta que en el siglo VI se celebraba el 8 de Septiembre la Natividad de María, y en el VII la Presentación, fiestas pasadas de Oriente a Occidente.

Aunque empezaron también en esos siglos algunos abusos en el culto a María, cortados de raíz por los Pastores. Por ejemplo, en una secta femenina, llamada de las “Coliridianas”, ofrecían en sacrificio a la Virgen una torta de harina. San **Epifanio** (+403) se puso fuerte y enseñó claramente: el culto de adoración se le debe sólo a Dios, muy diferente del honor tributado a María.

3. En la Edad Media se acrecentó mucho el culto a la Virgen, con formas muy diversas al anterior. Parece que se debe a Alcuino (+803), anglosajón y célebre maestro en la corte de Carlomagno, el dedicar cada semana el *sábado* a honrar a la Virgen. Cambiadas tan radicalmente las costumbres con la invasión de los bárbaros, y hechos éstos ya cristianos, se empezó a ver en María a la Señora, a la Reina, en vez de la *humilde esclava del Señor* y el *modelo de la fe* como en los siglos primeros. Al estar dotada de mucho poder, se la invocaba en las necesidades de la vida, como socorro de los cristianos. Cuando em-

pezó la piedad a mirar la *humanidad* de Jesús, se hizo común el representar a María sobre todo al pie de la Cruz, invocarla como *madre de misericordia*, y considerarla Abogada en favor de los pecadores, siempre con miedo a la condenación, y de ahí el tono de esas oraciones tan clásicas como la *Salve*: “Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos”. Igual que el *Acordaos* de San **Bernardo**: “Oh Virgen Madre de las vírgenes, ante tu presencia soberana me postro gimiendo y llorando bajo el peso de mis pecados”. O su grito famoso: “¡Mira la estrella, invoca a María!”.

4. A partir del Renacimiento en el siglo XV y hasta nuestros días, el culto y la devoción a María van a sufrir grandes modificaciones. Con la venida del protestantismo, los reformadores, en especial Lutero, no se opusieron al culto y devoción a María; pero fueron decayendo hasta llegar al “Sólo la Biblia” y “Cristo solo”. Le reacción católica no podía permanecer indiferente, y vinieron soluciones muy dispares. Se cometieron exageraciones indebidas, hasta hacer a veces a la Virgen casi una cuarta persona de la Trinidad. Se fomentaron devociones sin ton ni son, con prácticas que casi nada tenían que ver con la Sagrada Escritura y con la Liturgia de la Iglesia. Cosas negativas que no podemos negar y que no debían seguir adelante.

Por otra parte, vino un florecer mariano auténticamente espléndido. Se encontraba en lo que San Luis **María Grignon de Montfort** llamó con profecía célebre “La era de María”, con Santos excepcionalmente extraordinarios en sus obras apostólicas y movidos por un amor a la Virgen María auténticamente excepcional también, como antes no se daba: el mismo Grignon de Montfort, Juan Eudes, Alfonso de Ligorio, Marcelino Champagnat, Antonio María Claret, Juan Bosco, Maximiliano Kolbe... La lista es interminable.

Y en esta lista hay que meter a *todos* los Papas desde Pío IX al actual Francisco, Papas todos ejemplarísimos y varios ya en los altares: Beato **Pío IX** que define la Inmaculada Concepción; **León XIII**, el de las encíclicas sobre el Rosario; **Pío XII**, con la definición de la Asunción de María; Beato **Pablo VI**, que, unido a todos los Obispos del Concilio, declara a María “Madre de la Iglesia” y escribe la “*Marialis cultus*”, documento mariano moderno fundamental; San **Juan Pablo II** con su “*Totus tuus*”, que se hará imperecedero.

El Cielo, por su parte, no se quedó en silencio. Y ahí están: Guadalupe, La Medalla Milagrosa, Lourdes, Fátima..., por no citar sino las apariciones más notables e incuestionadas reconocidas por la Iglesia.

5. Y llegó el Vaticano II. Había exageraciones sobre la doctrina y la piedad marianas, es cierto, y lo reconocemos lealmente. Pero vino el remedio oportuno con el Concilio (1962-1965), que centró la piedad mariana en su debido punto, y ahora se prevén doctrina y prácticas seguras en la Iglesia para mucho tiempo, quizá para siglos.

Lo que pasó con María en el Concilio es apasionante. Había que hablar de ella, indiscutiblemente. Y se había preparado un documento exclusivo sobre tema tan sugerente. Pero se alzó la voz: María separada de la Iglesia, no, sino metida en la Iglesia —dentro del documento más importante del Concilio— como un miembro más de la Iglesia. Se enfrentaron los pareceres y los Padres conciliares se dividieron en dos bandos irreconciliables. Nunca la historia presenció lucha tan caballeresca por una dama, y aquí los Obispos se debatían todos por la Dama de sus amores. La Presidencia hubo de advertir que no significaba menor o mayor amor a la Virgen el estar a favor o en contra, porque todos la amaban igual. El 19 de Noviembre de 1964 se votaba el capítulo VIII de la Virgen en la *Lumen Gentium*, y era aprobado con 2.096 votos favorables, con sólo 24 en contra, entre los 2.120 votantes. Fue providencial. Hoy no discute nadie que fue lo más acertado.

A María la miraremos, como en los principios de la Iglesia, unida siempre a Cristo en su misterio salvador “con un vínculo estrecho e indisoluble”, pero insertada en la Iglesia totalmente como un miembro más, aunque “es también proclamada como miembro excelentísimo y enteramente singular de la Iglesia”, por lo cual “ocupa en la santa Iglesia el lugar más alto y a la vez el más próximo a nosotros” (LG 53 y 54).

6. Y el Concilio sacará la consecuencia: “María es justamente honrada por la Iglesia con un culto especial... Principalmente a partir del Concilio de Éfeso (*a. 431*), ha crecido el culto del Pueblo de Dios a María” (LG 66). Y advierte: “Este culto, a pesar de ser enteramente singular, se distingue esencialmente del culto de adoración tributado al Verbo encarnado, lo mismo que al Padre y al Espíritu Santo” (LG 66). Y lo favorece y recomienda encarecidamente, para que, “al ser honrada la Madre, el Hijo sea mejor conocido, amado, glorificado, y, a la vez, sean mejor cumplidos sus mandamientos” (LG 66). Porque “los oficios y los privilegios de la Santísima Virgen, siempre tienen por fin a Cristo, origen de toda verdad, santidad y piedad” (LG 67).

Todas estas citas de los números 66 y 67 parecen remitirnos al Evangelio, como cuando Isabel le dice a María: “Bendita tú entre las mujeres, y *bendito el fruto de tu vientre*” (Lc 1,42). O como en la boda de Caná, en la que encarga

la misma Virgen María: “Hagan lo que *él les diga*”(Jn 2,5). Desaparece María, y todo acaba finalmente en gloria de Jesús.

Por eso, en la doctrina, en el culto y en la piedad mariana, quiere el Concilio que “todos se abstengan con cuidado tanto de toda falsa exageración cuanto de una excesiva mezquindad de alma al tratar de la singular dignidad de la Madre de Dios” (LG 67). La exageración no está conforme con la verdad de Dios, y el raquitismo con la Madre celestial desdice de cualquier corazón cristiano.

Otro documento del Concilio, la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, nos dice lo mismo que la Constitución sobre la Iglesia. Pondera lo mucho que los cristianos han amado siempre a la Virgen María, y, sin decirlo expresamente, ya se ve que lo primero que pide es fomentar como lo mejor, lo más seguro, lo más certero, el **culto litúrgico**, porque en él no caben desviaciones, dirigido como va siempre por el Magisterio de nuestros Pastores (1).

7. Sobre el culto litúrgico hemos de decir pocas cosas: es cuestión de adherirse a la Iglesia en las fiestas de la Virgen, sobre todo con la celebración de la Eucaristía. Esas fiestas de María jalonan atinadamente todo el calendario cristiano, y resultan el medio mejor y más eficaz para fomentar el amor a la Madre bendita de la Iglesia.

Empiezan con la de la Inmaculada Concepción el 8 de Diciembre, y la Natividad figurará, con es natural, a los nueve meses justos el 8 de Septiembre.

El Adviento y la Navidad son el tiempo bellísimo y propio de la Virgen: es imposible mirar al Niño que viene sin verlo en el seno de su Madre o en sus brazos dentro de la cueva de Belén, dándolo a los pastores y a los Magos.

El 1 de Enero nos hace comenzar el año, como un augurio feliz, con la solemnidad de María, la Madre de Dios.

El 2 de Febrero, la Presentación en el Templo, tan llena de significado en la vida de Jesús y de María.

El 25 de Marzo, la Anunciación, repleta de misterios.

Mayo termina el 31 con la Visitación de María a Isabel, hecho evangélico tan sugerente.

Celebrada la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús en el viernes de la octava del Corpus, el sábado siguiente nos trae la del Corazón de María, porque es imposible disociar los dos Corazones, fuentes del amor redentor de Cristo y corredentor de María.

El 15 de Agosto se celebra la Asunción, fiesta la más antigua de la Virgen; y la octava, el día 22, nos hace contemplar, con broche de oro, la visión celestial de María Reina del Universo.

La celebración con gozo de estas fiestas resulta el medio mejor y más eficaz para fomentar el amor a la Madre de Dios y Madre bendita de la Iglesia.

8. La devoción personal a María se derivará espontáneamente de la celebración del culto litúrgico. Porque la Liturgia, acto oficial de la comunidad, debe llevar siempre a la piedad personal. El “YO” de cada uno, su persona, es intransferible, y es cada uno el que se ha de santificar y salvar. A esto va la consagración personal a María con lo que llamamos la “filiación mariana” (2).

Esto nos pasa con la devoción a la Virgen, que el Concilio, como una derivación del culto mariano, dice que lo manifiesta “el Pueblo de Dios en veneración y en amor, en invocación e imitación” (LG 66), ya que “la verdadera devoción no consiste ni en un sentimentalismo estéril y transitorio ni en una vana credulidad, sino que procede de la fe auténtica, que nos induce a reconocer la excelencia de la Madre de Dios, que nos impulsa a un amor filial a nuestra Madre y a la imitación de sus virtudes” (LG 67). Como vemos, párrafo muy rico, y que vamos a desentrañar brevemente.

9. La piedad mariana la sintetizó el Concilio, como acabamos de leer, en cuatro palabras fundamentales: **veneración** y **amor**, **invocación** e **imitación**. Ha pasado ya el tiempo en que la devoción y culto a María se reducían a oraciones bonitas de devocionarios sin gusto, a velitas, flores y medallas... Aunque esto no quiere decir que hemos de menospreciar estas cosas, tan adentradas en la **religiosidad popular** y tan eficaces para la devoción auténtica. Pero lo importante es que la piedad mariana sea una consagración a la Virgen, una dedicación total, un contar con ella en la tarea de nuestra santificación.

Esos cuatro elementos señalados por el Concilio son todo un programa de vida mariana.

9a. En la **veneración** entra la reverencia que nace de un conocimiento profundo del misterio de María. Hay que estudiarla. Hay que acudir a las fuentes: la Biblia, la Tradición de la Iglesia y las enseñanzas del Magisterio. Conocida María, la admiraremos cada vez más.

9b. En el **amor** entra la donación de nosotros mismos a María. Y, tratándose de la Madre, no hay que despreciar, sino fomentar, el afecto tierno, cariñoso, confiado, como es el de los hijos (3).

9c. En la **invocación** entra toda oración a María y todo suspiro nacido del alma. Pero, entre toda plegaria a la Virgen, ocupa el primer lugar el culto litúrgico. Las fiestas, las Misas en su honor, la Liturgia de las Horas etc. deben llevarse nuestras preferencias.

9d. La **imitación** supone un mirar constante a María, *Imagen* de la Iglesia, para ser en todo como ella. No se trata de una imitación mecánica de su vida —un médico no se dedica a las labores femeninas de la casa—, sino de seguirla en la *peregrinación de la fe*, con un SÍ irretractable a la voluntad de Dios, y con una unión creciente con Cristo mediante los Sacramentos y todo lo que sea aumento de la Gracia.

El papa Pablo VI lo expresaba en su mensaje a México sobre la Virgen de Guadalupe, en Octubre de 1970: “La devoción mariana alcanza su plenitud y su expresión más exacta cuando es un camino hacia el Señor y dirige todo el amor hacia Él”.

La devoción mariana, así entendida, es intimidad constante con María y entrega incondicional a su acción en nosotros. El Concilio, por lo visto, se pensó muy bien las cuatro palabras que encierran la devoción más sincera y total a la Virgen.

10. Las devociones populares merecen una palabra. Se cifran en esas oraciones y prácticas que ha consagrado durante siglos la piedad de nuestras gentes bajo la mirada vigilante de la Iglesia. Peregrinaciones a sus santuarios, novenas, imágenes, escapularios, hábitos, medallas... Nacido todo del corazón, todo lleva a María, por sencillo que sea.

Es un ejemplo clásico el de San **Juan Berchmans**, joven estudiante jesuita, belga pero muerto en Roma a sus 21 años, y devotísimo de la Virgen. Como lo conocían bien sus compañeros, le preguntan un día cuál era el mejor obsequio que podían ofrecer a María, y contestó con frase lapidaria en latín, y que se ha hecho famosa: “*Quidquid modicum dummodo constans*”: Cualquier cosa, por pequeña que sea, con tal que sea constante (4).

11. Especial mención merecen las oraciones más tradicionales aprobadas, fomentadas y urgidas por la Iglesia, entre las que destacan el ROSARIO, el Ángelus y otras, cargadas de teología mariana y tesoros inagotables de reflexión para nosotros, de honor para la Virgen y de mucha gloria de Dios.

Podemos mirar lo que significan los **Santuarios de la Virgen**, como Guadalupe, Lourdes, Fátima, Czestochowa, El Pilar, Luján, Aparecida... Sorprenden esas multitudes ante la imagen de la Virgen. Pero, lo más curioso, las filas constantes ante los confesonarios y ante el altar. Empiezan los fieles devotos por arrodillarse ante la Virgen venerada y terminan reconciliándose con Dios y recibiendo al Señor en la Comunión. ¿Por qué este fenómeno en los santuarios? Muy sencillo: porque María lleva indefectiblemente a Jesús (5).

No es necesario repetir el significado de las celebraciones litúrgicas en honor de la Virgen. A ellas deben subordinarse todas las expresiones de piedad con María. Aquello de “principalmente el litúrgico”, que nos ha dicho el Concilio al empezar esta lección, nos lleva a pensar que la **Eucaristía**, participada y recibida en honor de la Virgen, es el mejor obsequio que se le puede tributar cada día.

Para la vida

1. Tener presentes, como cuatro programas que integran un solo ideal, las cuatro palabras conciliares: la veneración, el amor, la invocación y la imitación de María.

2. La consagración a María debe expresarse con la fidelidad al cumplimiento de la voluntad de Dios. El SÍ de María al Señor ha de ser un resonador constante en las conciencias.

3. Las devociones, pocas, pero escogidas y constantes. Ante todo, junto con las litúrgicas, el Rosario no debería faltar nunca. Le dedicamos seguidamente un apéndice especial.

NOTAS

(1) “La Santa Iglesia venera con especial amor a la Bienaventurada Madre de Dios, la Virgen María, unida con un vínculo indisoluble a la obra redentora de su Hijo. En ella mira y exalta el fruto excelente de la redención y contempla con gozo, como en una imagen purísima, lo que ella misma, toda entera, desea y espera llegar a ser” (SC 103).

(2) “La filiación mariana es como la escalerilla de acceso a la humanidad gloriosa de Cristo y a la morada de Dios. Nos acercamos a Jesús arropados por la fe maternal de la Virgen María.

“Y la podemos vivir como invocación desgarrada en los momentos de mayor confusión y desamparo,

“y también podemos vivirla como llamada a la conversión y a la confianza desde las angustias del pecado,

“o bien como ayuda y estímulo permanente en cada edad de nuestra existencia. Representa el dinamismo interior del *totus tuus* —todo/a tuyo/a— del papa Juan Pablo II”, es decir, en todo el quehacer nuestro de cada día (200).

(3) “En la medida en que un alma se deja influir por la Virgen María, esta influencia la dispone para recibir la influencia y la presencia de Cristo, y esta configuración con Cristo la dispone a su vez para recibir la presencia de las personas divinas. Todo junto, todo a la vez, en una inefable comunión” (148).

(4) Esas “pequeñas cosas” de un Juan Berchmans las expresa así nuestro gran teólogo aludiendo a esas costumbres de nuestros pueblos:

“Me refiero a las pequeñas imágenes de las diferentes advocaciones de la Virgen con las que muchos cristianos adornan sus casas y sus habitaciones más íntimas y familiares, la devoción de rezar el Ángelus en ciertos momentos del día, la costumbre de rezar un Avemaría al salir de casa, las tres Avemarías al acostarse y al levantarse, el compromiso de hacer una limosna los sábados en honor de Nuestra Señora, etc. Todo ello ayuda a mantener despierto el recuerdo de María y a vivir en comunión con ella” (209).

(5) “En sus santuarios, María actúa como ventana abierta de Dios hacia nosotros y de nosotros hacia Dios, con Cristo y por Cristo. Las gentes limpias y sencillas, que no se dejan enredar por las ambiciones de este mundo, encuentran fácilmente en estos lugares ayuda para avivar su fe en Cristo, invocar a Dios, arrepentirse de sus pecados y abrir su corazón a la esperanza de la vida eterna. Nos podemos imaginar cómo sería la vida de tantos sitios y de tantos grupos humanos sin los santuarios o las fiestas marianas, sin la maternidad espiritual y la fuerza humanizadora de la devoción a María” (209).

Apéndice 1

EL ROSARIO

Un *apéndice*, sí, pero en realidad viene a ser más bien otra lección, *compendio* de lo dicho en el curso entero. Porque el Rosario es la *memoria* y la *vivencia* de todo el misterio de María, metida de lleno en el misterio de Jesucristo, y llevando consigo a la Iglesia en cada uno de sus hijos. Es casi un *memorial* en el sentido bíblico más puro: algo pasado, hecho y vivido presente, con futuro eterno.

¿El Rosario? El Concilio no lo nombra para nada, y, sin embargo, todos lo hemos entendido: “El santo Concilio amonesta a todos los hijos de la Iglesia que estimen en mucho las prácticas y los ejercicio de piedad hacia ella, *María*, recomendados por el Magisterio en el curso de los siglos” (LG 67). Este “recomendados por el Magisterio” se refiere sin más al Rosario. No hay devoción mariana superior ni más encarecida por los Papas.

1. Es muy interesante conocer cómo se fue formando durante varios siglos esta reina de las devociones marianas. Empezamos por decir que los monjes sacerdotes de los monasterios de la Edad Media rezaban en el coro las Horas de la Liturgia en latín, que no lo sabían los monjes legos, los cuales suplían los 150 Salmos de la Biblia con letanías de Padrenuestros y Avemarías tal como están en el Evangelio. El “Jesús” y el “Amén” se añadieron al introducirse en el año 1483 el “Santa María”, oración de la Iglesia y no de la Escritura. Así nos remontamos al siglo XII, cuando los 150 *Pater* y *Ave* se habían dividido en tres tiempos, de 50 cada uno, aunque sin meditación alguna del Evangelio, y de ese modo los recitaba también el pueblo como los monjes laicos. Ese era el rosario primitivo.

En el siglo XIV, el cartujo **Enrique Kalkar** introdujo la división en 15 decenas, de diez *Avemarías* en cada una, precedidas del *Padrenuestro* y acabadas con el *Gloria*. El meditar hechos del Evangelio con esas decenas fue introducido en el siglo XV, entre 1410-1439, por Domingo de Prusia, cartujo de Colonia. Esos hechos del Evangelio se reducían a 14 sobre la Infancia y Nazaret; 6 a la vida pública de Jesús; 24 a la pasión y muerte; y 6 a la glorificación de Cristo y de la Virgen. Esto ya es un acercarse al Rosario tal como es hoy.

El dominico **Alano de Rupe**, o Alain de la Roche (1428-1478), lo difundió mucho con el nombre de “rosario de la bienaventurada Virgen María”. Fue su verdadero apóstol.

En 1521 el dominico **Alberto de Castello** escogió 15 misterios principales para las 15 decenas, divididas en tres series de cinco: vida escondida, pasión y glorificación, en la que llamaban devoción *reformada*.

En 1569, el papa dominico San **Pío V** con la bula “*Consueverunt*”, *Los Pontífices romanos acostumbraron*, consagró la fórmula del Rosario con los 15 misterios conmemorados hasta entonces. En 1572 instituía la fiesta del Rosario como recuerdo de la victoria de Lepanto atribuida al Rosario que cada día rezaban los cofrades. Su sucesor **Gregorio XIII** la dejaba fija en el 7 de Octubre. **Clemente VIII** en 1593 lo confirmaba todo y expresaba su confianza en el rezo del Rosario para “la exaltación de Santa Sede Apostólica, extirpación de las herejías y la paz entre los príncipes cristianos”.

Y será en nuestros días San **Juan Pablo II** quien, en el año 2002, al introducir los cinco Misterios de Luz, llene el vacío que se notaba en el Rosario sin la vida pública de Jesús, y dejaba muy acertadamente todo el Rosario en 20 misterios con 200 Avemarías.

¿Y el Padre Santo **Domingo**, *que lo ha fundado?*... Para cuando apareció con su predicación el apóstol español del Sur de Francia (+1221), ya se rezaba desde mucho antes el rosario primitivo de los monjes en sus 150 Padrenuestros y Avemarías, y Santo Domingo y sus frailes, como San **Pedro de Verona**, lo propagaron muchísimo entre las archicofradías marianas. Con esa devoción a la Virgen logró Santo Domingo tantas conversiones entre los herejes albigenses, y los Padres Predicadores, los Dominicos, han sido los grandes propagadores del Rosario, empezando, como hemos visto, por el Papa dominico San Pío V.

2. Si pasamos a los Papas de nuestros días, nos encontramos en un verdadero apuro sólo para insinuar tanto documento, tanta exhortación, tanto ejemplo de ellos mismos.

Pío IX encarga con su encíclica en 1869 el rezo del Rosario para el éxito del Concilio Vaticano I.

León XIII es todo un caso: 22 documentos, con 12 cartas encíclicas sobre el Rosario, “distintivo honorífico de la piedad cristiana”, “la más agradable de las devociones”, porque “es como un mosaico de nuestra fe, y compendio del culto que se tributa a la Virgen”.

San **Pío X**, en su testamento: “La oración del rosario, siempre después de la oración litúrgica, es la más bella de todas, la más rica de gracias, aquella que más le gusta la Virgen María”.

Benedicto XV publicó en 1919 su carta magna sobre las Misiones, con la cual pedía el rezo del Rosario como la primera oración para difundir la fe en todo el mundo. Y en medio de los indecibles horrores de la Primera Guerra Mundial pedía el Rosario *como instrumento para alcanzar la paz que Europa y el mundo necesitan*.

Pío XI invita a rezar el Rosario para conjurar los males que amenazan al mundo actual, porque el Rosario “ocupa el primer puesto” entre las oraciones a la Virgen. Y se le atribuye a Pío XI esta frase que dice tanto con su carácter: “Denme un ejército que rece el Rosario y lograré con él conquistar el mundo”.

Es difícil seguir a **Pío XII** en tantas exhortaciones sobre el Rosario, porque, decía, “estimamos que el santo rosario es el medio más conveniente y eficaz, según lo recomienda su origen, más celestial que humano, y su misma naturaleza”. Y aseguraba de él que es “la síntesis de todo el Evangelio, meditación de los misterios del Señor, sacrificio vespertino, corona de rosas, himno de alabanza, oración de la familia, compendio de vida cristiana, prenda segura del favor celestial y de la esperada salvación”. Tanto lo estimaba, que en la fórmula que compuso para la consagración del mundo al Corazón de María en Octubre de 1942, comenzaba la invocación a la Virgen con estas palabras bien pensadas: “¡Reina del santo rosario!”.

San **Juan XXIII**, en su breve pontificado, lo enseñó y comentó repetidamente, e hizo suya la definición del Rosario por San Pío V: “El rosario es una forma excelente de oración meditada, compuesta como una corona mística entre el Padrenuestro, el Avemaría y el Gloria, que se entrelazan con la meditación de los principales misterios de nuestra fe”.

El Beato **Pablo VI** le dedica párrafos en varios documentos suyos, todos tan importantes, y se avanza al decir que, además de la forma clásica de rezarlo, se puede hacer “en formas más recientes, que con el consentimiento de la legítima autoridad lo adaptan a las necesidades de hoy día”. El Papa *moderno* de siempre... Sana *libertad* al rezar el Rosario.

Juan Pablo I, con sólo 33 días de Papa, no tiene ningún documento sobre el Rosario, pero sí un testimonio inigualable de lo que significaba en su oración personal: “Cuando hablo con Dios y la Virgen, más que adulto prefiero sentirme niño. La mitra, el solideo, el anillo desaparecen, mando de vacaciones al adulto y también al obispo, para abandonarme a la ternura espontánea que tiene un niño delante de papá y mamá. El Rosario, oración simple y fácil, a su vez, me ayuda a ser niño y no me avergüenzo de ello en absoluto”.

De San **Juan Pablo II**, no digamos. Nada más elegido Papa, decía sin más a todos: “El rosario es mi oración predilecta. Se lo dirigimos a ella, a María.

Pero, al mismo tiempo, no olvidemos que el rosario es nuestra oración **con** María, porque meditamos junto con ella los misterios que ella, como madre, meditaba en su corazón”. Siempre rosario en mano y siempre enseñándolo a todos, al fin en el año 2002 publicaba como testamento y despedida de su apostolado mariano la carta apostólica sobre el Rosario, en el cual introducía los Misterios de Luz, que tanto nos alegraron a todos.

Benedicto XVI tiene expresiones numerosas y bellísimas: “Con María, el corazón se orienta al misterio de Jesús. Se pone a Cristo en el centro de nuestra vida, de nuestro tiempo, de nuestras ciudades, mediante la contemplación y la meditación de sus santos misterios de gozo, de luz, de dolor y de gloria”. Y hace esta preciosa observación: “El Rosario encierra en sí la fuerza salvadora del Nombre Santísimo de Jesús, invocado con fe y con amor *en el centro* de cada Avemaría”.

El papa **Francisco** no se iba quedar atrás de sus antecesores, y no se cansa de inculcarlo. El 13 de Mayo del 2014 escribía de su puño y letra: “El Rosario es la oración que acompaña siempre mi vida; es también la oración de los simples y de los santos, la oración de mi corazón”. “Quisiera recordar la importancia y belleza de la oración del Santo Rosario”.

Podríamos acumular indefinidamente los testimonios pontificios. Aquí, bastan estos de *todos* los Papas del último siglo y medio, Papas tan grandes, tan santos, tan queridos. El dominico Padre **Carlos Lledó** nos atestigua con su estudio que “unos 57 Papas y más de 500 documentos pontificios avalan *el Rosario* con su autoridad”.

Con esta enseñanza del Magisterio, y con tantos ejemplos de nuestros supremos Pastores, no hacía falta que la Virgen nos lo *exigiera* casi en Fátima, aunque hizo bien en recordárnoslo a los olvidadizos...

3. ¿Y qué decir de la teología del Rosario? Riquísima, sencillamente. *Nació del pueblo* esta devoción, allá por el siglo XII, y hoy, sin ser oficial como la Liturgia, es la primera oración de la Iglesia. Se le llama “El Rosario de la Virgen”, pero pensemos que es una devoción tan **cristológica** y **cristiana** como **mariana**. El Rosario gira sobre los misterios de **Cristo**, en los que está metida del todo **María**, y en los cuales la **Iglesia**, cada hijo de la Iglesia, ve y vive la propia vida. Sin esta visión, el Rosario ni se entiende, ni se valora, ni se traduce a la vida personal. Y al contrario, con el Rosario meditado y rezado, la propia vida se ve elevada a la misma vida de María, por María a Cristo, y por Cristo a Dios. Es una devoción fantásticamente *mediadora* de la gracia.

4. La vida del cristiano se retrata de lleno en el Rosario. Basta examinarla bajo cuatro aspectos fundamentales, correspondientes a las cuatro series de los misterios del Rosario.

4a. Los misterios de GOZO nos hacen ver nuestra propia vida en lo que tiene de rutinario: nacer, desarrollarse, formarse en familia con la unión de todos sus miembros, con el trabajo, con la vida social y religiosa, con las actividades monótonas de cada día..., pero todo ello *a la luz e imitación de la Sagrada Familia*. Belén y Nazaret constituyen una Universidad de alta proyección familiar, social y religiosa.

4b. Los misterios de LUZ nos introducen en las enseñanzas de Jesús, en la admiración de sus milagros, en los caminos que nos traza con sus ejemplos, en la obediencia a sus mandatos, en la certeza de sus promesas, en la confianza de la gloria futura con su Transfiguración y en el hambre de él mismo cuando nos promete y da la Eucaristía, con la cual “cierra de admirable manera el curso de su vida” —Sto. Tomás de Aquino: “miro clausit ordine”—. Los misterios de luz son una fuente inagotable de reflexión a lo largo del camino en la *peregrinación de la fe*. María es el ejemplo máximo: discreta, no aparece sino ocasionalmente, pero se entera de todo, lo sigue con más atención que nadie, lo medita todo, y sigue diciéndonos como en Caná: “Hagan lo que él les diga”.

4c. Los misterios de DOLOR tienen una importancia capital. El cristiano ve en ellos tres cosas. Primero, lo que costó a Jesús ofrecer el precio de nuestro rescate: ¡una muerte en cruz! El pecado y el infierno son por lo visto cosas muy serias... Segundo, un amor de Dios inimaginable, que obliga a hacerse la pregunta ignaciana: “¿qué he hecho, qué hago, qué he de hacer por Cristo?”... Tercero, una ejemplaridad única en la vida. Un día u otro, llega el dolor, pues no hay mortal que se libre de él. Y entonces, por mucho que se sufra, por límites extremos a que llegue el padecer, hay alguien que nos dice: “¡Ánimo, más sufrí yo por ti!”. Y entonces el Crucifijo se convierte en el mayor lenitivo que podemos hallar. Además, al pie de la cruz —la de Jesús y la nuestra— *nos encontramos con María*, y en los brazos y sobre el corazón de la madre el dolor se suaviza mejor que en parte alguna.

4d. Los misterios de GLORIA no se deben perder nunca de vista. Uno de los males más lamentables de nuestra vida cristiana actual es que se medita poco, y se predica poco en la Iglesia, sobre la Vida Eterna, concretamente so-

bre el Cielo. Se ha metido en muchos la manía de creer que eso es de personas débiles, de piedad fofa, de sentimentalismo alienante. Cuando es todo lo contrario. Sin la esperanza y la certeza de una felicidad sin fin, ¿qué significado tiene la vida de acá que se acaba y un día se termina inexorablemente? El Rosario no puede finalizar de manera más feliz. Vemos a un Jesús que nos dice: “Me voy a prepararles un lugar”, porque “quiero que donde yo estoy estén también los míos” (Jn 14,2; 17,24), cosa que cumple con su Resurrección y nos da una prueba con la Asunción de la Virgen María. Entonces, ni la muerte da miedo, al revés, se convierte en una ilusión, como la sentía Pablo —¡vaya hombre recio!—, que decía: “Quiero morir para estar con Cristo, lo cual es para mí una enorme ganancia” (Flp 1,23), y porque sabía “que los sufrimientos de ahora no se pueden comparar con la gloria que un día se nos manifestará” (Rom 8,18).

Todo esto se hace vida cuando se reza el Rosario debidamente. Y todo se consigue por él, pues hay una Virgen María que reza **con** nosotros, como nos ha dicho San Juan Pablo II, además de interceder **por** nosotros, cuando le pedimos machaconamente con las 200 Avemarías “ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte”.

5. La anterior reflexión sobre las cuatro series del Rosario ha tenido, digamos, una orientación pastoral y práctica. Los teólogos y el Papa Juan Pablo II nos dicen sobre él cosas más profundas, que aquí solamente las insinuamos.

5a. El Rosario es el Evangelio entero compendiado. Es todo el misterio de Cristo. Empieza en la eternidad, antes de la Encarnación, y termina en la eternidad con el reinado sin fin de Jesucristo el Resucitado, preanunciado y realizado ya en María, la Imagen de la Iglesia, con su triunfo sobre la muerte y glorificación en el Cielo. El Rosario, así rezado y contemplado, es para el Pueblo de Dios una *catequesis* perenne y es la *vivencia* diaria de toda la Historia de la Salvación.

5b. Es una glorificación de la Trinidad, pues nos hace ver el regalo del *Padre* al mundo y la obra divina del *Espíritu Santo* en la formación y acción del *Hijo* hecho hombre. Lo contemplamos, sobre todo, con ese misterio de la Transfiguración en el Tabor, que en su gloria nos envuelve a todos en esperanza firme, nos acostumbra a ver el rostro de Jesús como lo hacía de continuo María, y nos enseña a difundir el esplendor de Cristo, como nos dice Pablo:

“Reflejamos como en un espejo la gloria del Señor y nos vamos transformando en su imagen con resplandor creciente, por la acción del Espíritu del Señor (2Cor 3,18).

5c. Hace comprender y configurarse con Cristo desde y con María. Nadie conoció a Jesús como su Madre. En Caná dio muestras María de que intuía en lo más profundo del alma de su Hijo, y le arrancó, con una simple insinuación, el primer milagro que empujaba a los discípulos a creer incondicionalmente en Jesús. Y ahí se mostraba también María como el apóstol incomparable que nos lleva a transformarnos en Cristo, hasta llegar a una plena configuración con él, si le hacemos caso a ella cuando nos sigue diciendo: “Hagan lo que él les diga”. Se realiza lo de Pablo: “Que Cristo habite por la fe en sus corazones..., hasta llegar a la plenitud, según la plenitud total de Dios” (Ef 3,17-19).

5d. Enseña a colocar a Cristo en el centro de la vida. Lo dice el papa Pablo VI con un párrafo que hace totalmente suyo el papa San Juan Pablo II:

“Oración evangélica centrada en el misterio de la encarnación redentora, el rosario es, pues, oración de orientación profundamente cristológica. En efecto, su elemento más característico —como es la repetición litánica del *Dios te salve, María*— se convierte también en alabanza constante a Cristo, término último del anuncio del ángel y del saludo de la madre del Bautista: *Bendito el fruto de tu seno*. Diremos más: la repetición del *Avemaría* constituye el tejido sobre el cual se desarrolla la contemplación de los misterios: el Jesús que toda *Avemaría* recuerda es el mismo que la sucesión de los misterios nos propone una y otra vez como Hijo de Dios y de la Virgen”. Ese “Jesús” entre el *Ave María* y el *Santa María* es muy llamativo en Pablo VI y en Benedicto XVI, como hemos visto antes. JESUS llena el Rosario entero.

5e. El Rosario es el misterio del hombre reflejado y despejado en sus misterios. Prefiero ahora limitarme al texto de San Juan Pablo II en su carta. Cita larga, pero que no tiene desperdicio y que resume todo lo dicho anteriormente. Esta charla no puede acabar de manera mejor. Dice el querido Papa:

“Quien contempla a Cristo recorriendo las etapas de su vida, descubre también en él *la verdad sobre el hombre*. El rosario ayuda a abrirse a esta luz. Siguiendo el camino de Cristo, el creyente se sitúa ante la imagen del verdadero hombre. Contemplando el nacimiento, aprende el carácter sagrado de la vida; mirando la casa de Nazaret, se percata de la verdad originaria de la familia según el plan de Dios; escuchando al Maestro en los misterios de su vida pú-

blica, encuentra la luz para entrar en el reino de Dios, y, siguiendo sus pasos hacia el Calvario, comprende el sentido del dolor salvador. Por fin, contemplando a Cristo y a su Madre en la gloria, ve la meta a la que cada uno de nosotros está llamado, si se deja sanar y transfigurar por el Espíritu Santo. De este modo, se puede decir que cada misterio del rosario, bien meditado, *ilumina el misterio del hombre*. Al mismo tiempo, resulta natural presentar en este encuentro con la humanidad del Redentor tantos problemas, afanes, fatigas y proyectos que marcan nuestra vida. “Descarga en el Señor tu peso, y él te sustentará” (Sal.55,23). Meditar con el rosario significa poner nuestros afanes en los Corazones de Cristo y de su Madre. Sí, verdaderamente el rosario *marca el ritmo de la vida humana*, para armonizarla con el ritmo de la vida divina, en gozosa comunión con la Santísima Trinidad, destino y anhelo de nuestra existencia”.

6. El Rosario ha tenido contradictores fuera de la Iglesia y dentro de la misma Iglesia. Lo primero que dicen: “¡Siempre repitiendo lo mismo!”... Y olvidan los Evangelios, que dicen de Jesús: tres horas en Getsemaní, “repitiendo las mismas palabras” (Mt 26,44).

Acusan también: “Esta oración no es litúrgica, a la que nada se le puede comparar”. Conformes. Pero, ¿se equivoca el Pueblo de Dios que la inventó, el sencillo, y el Magisterio que la aprueba, la bendice y la promueve tan intensamente? Habría que pedirle cuentas al Espíritu Santo (¡!), que inspira y guía la oración de la Iglesia e ilumina a los Pastores con asistencia continua.

Lucía de Fátima escribió con toda su autoridad: “El Rosario es una oración de los pobres y de los ricos, de los sabios y de los ignorantes. El demonio le tiene declarada la guerra. Porque apartar a las almas de esta devoción, es apartarlas del pan espiritual de cada día. Esa oración es la que sustenta la pequeña llama de la fe que no se ha apagado del todo en muchas conciencias. Incluso para aquellas almas que rezan sin meditarlo, el simple hecho de coger el rosario les sirve para acordarse de Dios, de lo sobrenatural. El simple recuerdo de los misterios en cada decena es un rayo más de luz, que sustenta en las almas la mecha que todavía llamea”... Sin comentarios.

Para la vida

Sobran indicaciones. Rosario en mano, como la Virgen de Lourdes, y hacer caso a la que nos pedía en Fátima: ¡Que recen, que recen el Rosario!...

Apéndice 2

MARÍA DE LOS EVANGELIOS

No quiero llamarla “lección” del Curso. Viene a ser un complemento de la lección 5, “María en la Biblia”. Es una charla del programa “Evangelizando” que tienen las emisoras.

¿Por qué la traigo aquí? Por una queja tan frecuente de los alumnos y de tantas otras personas:

-¿Qué respondemos a los de las sectas cuando nos vienen atacando a María?...

-“¡Nada!, suele ser mi respuesta. No pierdan el tiempo”.

Es muy distinto que hablar con hermanos separados protestantes, los cuales nacieron en otras iglesias cristianas.

Pero, para eso se hizo esta charla. Lanzada por radio, y puesta en Internet, es valiosa para esos amigos que piden algo con qué saber responder. Se inserta aquí como un simple “Apéndice”, porque no es otra cosa que una *charla de radio*.

¿De dónde procede nuestra devoción a María? ¿Hacemos bien al honrarla tanto?... Como muchas veces se nos piden cuentas indebidas por nuestro amor a María, hemos de saber dar razón de esa nuestra manera de ser y actuar respecto de la Virgen. No vamos a ciegas, ni mucho menos, al estar con la más pura tradición de la Iglesia en todos los siglos. Y hasta nos decimos lo que decía de sí mismo aquel gran Obispo de la televisión en Estados Unidos, hoy Venerable Monseñor Fulton Sheen:

-Si la única acusación que nuestro Señor me hiciera en el Juicio fuese que había amado demasiado a su Madre, me sentiría entonces completamente feliz

Esto nos pasa a los hijos de la Iglesia. Nos sentimos felices al amar a la Virgen María. Y ante los que pudieran enjuiciar mal este amor, nosotros nos preguntamos con sinceridad: -¿Tenemos motivos para que esa nuestra devoción a María esté justificada y sea del agrado de Dios?...

Nos preguntamos eso porque vemos en María tales títulos, tales grandezas, tales maravillas realizadas por Dios, que caemos rendidos sin más ante sus plantas benditas.

Los Evangelios. Y esto, porque la fuente donde bebemos la información sobre María no es otra que el Evangelio. Nos lo atestigua todo el mismo Jesucristo, o, si queremos, nos lo dicta el Espíritu Santo, inspirador de la Sagrada Escritura. Entonces, si le preguntamos al mismo Espíritu Santo:

-¿Quién es María según los Evangelios, inspirados por ti?,

el Espíritu Santo se contentará con decirnos:

-*Abre, y lee.*

Mateo. Y nada más abrir la primera página de Mateo, nos encontramos con esta afirmación:

“María, de la cual nació Jesús” (Mt 1,16).

Como quien no dice nada, el Evangelio legitima de una vez para siempre nuestra primera y más grande profesión de fe mariana: *María es la Madre de Dios*. La altura máxima a la que Dios ha elevado y puede elevar a una mujer.

-¿Merece entonces veneración la Madre de Dios? ¿Puede no agradar a Jesucristo el que nosotros honremos de modo especialísimo a su Madre? ¿Nos puede regañar por ello?...

Lucas abre también su narración con la salutación del ángel:

“¡Salve, la llena de gracia!” (Lc 1,28).

¿Está llena? Luego no le falta nada para colmar la *plenitud* que puede caber en su alma. La fe del pueblo cristiano leyó siempre en estas palabras la **Inmaculada Concepción de María**. Sin ser Inmaculada, María no hubiera sido la “llena”, y no se hubiera dado la plenitud.

-¿No tenemos razón para pasmarnos ante la belleza sin igual de María, la única TODA pura, toda hermosa?... ¿No se siente Dios orgulloso cuando le felicitamos por esa maravilla salida de sus manos?...

Nos completa el Evangelio a continuación ese “llena de gracia” con otro privilegio del todo singular. Expone María su duda acerca de la concepción de Jesús —pues, aunque desposada ya con José, vive en total continencia—, y recibe la respuesta tranquilizadora:

“No temas. El Espíritu Santo descenderá sobre ti y te cubrirá con su sombra. Lo que nazca de ti será el Hijo del Altísimo” (Lc. 1,34-35).

Por lo tanto, María es “virgen”. Es, sin más, **La Virgen**, como la llamamos como si fuera su nombre propio. Eso de unir en una sola mujer la grandeza de la madre con los encantos de la doncella, el fruto con la flor, es una maravilla que no se ha dado antes de María ni se dará de nuevo jamás.

-¡Y hay que ver cómo se ufana Dios, el divino artista, de esta su obra maestra!...

Juan. ¿Y qué ocurre al pie de la Cruz? La que es Madre de Dios —por ser la Madre de Jesús, el Dios hecho hombre—, ahora es declarada Madre espiritual de todos los hombres:

“Ahí tienes a tu hijo. Ahí tienes a tu madre” (Jn 19,26).

Dios ensancha entonces los senos del corazón de la Virgen, la Madre más madre que ha existido, para que en él quepan como hijos todos los redimidos.

-¿Puede prohibirnos Dios el amar a la que él mismo nos dio por Madre?...

En conjunto. Otros pasajes del Evangelio, con frases o escenas sueltas, revelan también grandezas singulares de María.

Si dice: *“Aquí está la esclava del Señor”* (Lc 1,38), significa que María se ofrece a Dios para colaborar en la salvación del mundo. Es la gran Asociada a Jesucristo en el plan de la Redención.

Si dice: *“Encontraron al niño con María, su madre”* (Mt 2,11), nos asegura que, al aceptar a María, hallamos siempre a Jesús.

Si dice: *“Hagan lo que él les diga”* (Jn 2,5), nos expresa que María nos lleva a Jesús, que evangeliza a Jesús, que no se nos queda para sí, sino que Jesús es la meta de nuestra misma devoción mariana.

Si dice: *“Vino con ellos a Nazaret, y les estaba sujeto”* (Lc 2,51), nos demuestra que María fue la formadora de Jesús como hombre.

Si dice: *“¡Dichosa tú, que has creído!”* (Lc 1,45) y *“María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón”* (Lc 2, 19 y 51), nos pone a María como la gran creyente y la mejor conocedora de Jesús.

Si dice: *“Me llamarán dichosa todas las generaciones”* (Lucas 1,46), el Evangelio profetiza, aprueba, sanciona el culto que la Iglesia tributaba desde el principio y seguiría después tributando a María.

Todo esto dice el Evangelio sobre María.

A quienes no están acordes con el amor, veneración y culto que los católicos tributamos a María, nosotros los católicos les podemos preguntar:

-¿Y qué explicación dan ustedes a todos estos textos del Evangelio?...

No se callarán, desde luego. Porque no se atienen a lo que dice la Biblia, sino que le hacen decir a la Biblia lo que ellos dicen de María, en todo disconformes con la Palabra de Dios.

Hablamos con gusto con hermanos separados. Las sectas fundamentalistas son otra cosa. ¡Qué más quisiéramos que todos se sintieran hijos de la Virgen —pues lo son aunque no lo piensen—, y gozasen los efluvios de su amor!

Nosotros, orgullosos de la Madre que Jesús nos dio, hacemos nuestra la letrilla de un fino poeta, muy bien aplicada a María:

Eres como el sol:
cuando tú vienes,
se hace de día
en mi corazón (*Manuel Machado*)

Evangelio en mano, sabemos quién es María. Por eso la amamos. Por eso la veneramos. Porque Jesucristo mismo nos sigue diciendo:

-¡Mira, mira a tu Madre! ¡Mira, mira qué grande y qué bella la hice para mí... y para ti!

Apéndice 3

PROFESIÓN DE FE MARIANA

Del Padre **Narciso García Garcés** Cmf, Fundador de la Sociedad Mariológica Española, el cual me autorizó modificarla, abreviarla y acomodarla para el libro **MARIA NOS DESCUBRE SU MISTERIO**. Sólo tiene algún breve retoque. Conocida bien María por nuestro Curso, esta profesión de fe resulta una oración gozosa, llena de pensamientos hondos, que glorifica mucho a Dios, complace a la Virgen y nos llena de amor a la Madre.

Virgen María, profesamos de corazón la doctrina de la Iglesia Católica, según la cual Tú fuiste predestinada en el decreto mismo de la encarnación del Hijo de Dios, para estar estrechamente unida a Jesucristo en la obra de la Salvación.

Creemos que Tú, elegida desde la eternidad para Madre de Jesucristo, fuiste también, como Madre suya, amada por Dios con amor único, y adornada y enriquecida con privilegios y dones del todo singulares.

Confesamos, oh María, que fuiste llena de gracia, colmada de bendiciones sobre todas las mujeres, nunca sujeta al pecado, como redimida por Cristo con redención eminente y singularísima.

Creemos firmemente que eres Inmaculada desde el primer instante de tu Concepción; libre de toda culpa personal hasta la más leve, y sin el más pequeño desorden que te inclinase al pecado.

Confesamos, Virgen María, que el Hijo de Dios, por obra del Espíritu Santo, se encarnó en tu seno, tomando de Ti nuestra naturaleza humana, como hijo tuyo verdadero, y que Tú eres, con toda verdad, la **MADRE DE DIOS**.

Confesamos, María, que Tú concebiste y diste a luz a tu Hijo Jesús virginalmente, y que después permaneciste siempre Virgen, sin dar más cabida en tu corazón y en tu seno que al Dios de la santidad.

Profesamos, Virgen María, que el Hijo eterno de Dios se hizo hombre en tu seno con previo consentimiento tuyo, pues aceptabas consciente y libremente la maternidad virginal que Dios te ofrecía, y te convertías así en la Nueva Eva y Madre Espiritual de todos nosotros.

Guiados por la doctrina de la Iglesia, creemos que, con la fe y el amor de tu asentimiento, concurriste a la encarnación redentora del Hijo de Dios, te consagraste por entero a la persona y obra de Jesús, y con Él y en dependencia de Él, colaboraste activamente a la obra de la Redención.

Te proclamamos, Virgen María, como Asociada a la obra salvadora de tu Hijo, en la que actuaste con tu obediencia, fe, esperanza y caridad ardientes para la restauración de la vida de las almas.

Sostenemos, como revelado por Dios, que Tú, acabado el término de tu carrera mortal, no pudiste quedar bajo el imperio de la muerte, sino que, resucitada, fuiste en tu Asunción elevada en cuerpo y alma al Cielo, asemejada en todo a Jesucristo, vencedor de la muerte y del pecado.

Afirmamos, con la fe de la Iglesia y el pensar de todos los cristianos, que Tú, Virgen María, eres nuestra Abogada y Medianera ante Dios, en dependencia de Jesucristo, el único Mediador, y ejerces así una función maternal “que la Iglesia experimenta y recomienda a los fieles, para que lleguemos y nos unamos más íntimamente a Cristo”.

Te reconocemos, Virgen María, como Reina del Universo, exaltada por Dios sobre todos los ángeles y santos, por tu dignidad, tu excelencia y la eficaz mediación ante tu Hijo.

María, te proclamamos gozosamente Madre nuestra, porque contribuiste eficazmente a restaurar la vida en las almas. Esa tu maternidad, extendida a toda la Iglesia, la ejerces de continuo en la regeneración y formación de los nuevos hijos de Dios, maternidad que perdurará hasta la consumación de todos los elegidos.

Virgen María, conocedores de tu excelencia tan singular y de tu eficacísima intercesión maternal, profesamos la legitimidad del culto que te tributa la Iglesia. Y reconocemos que nuestra devoción a Ti es garantía y contraseña de la verdadera fe.

Creemos, oh María, que al venerarte, amarte e invocarte como Madre de Dios, nos alentamos en el afán de ser cada vez más semejantes a Ti, Madre nuestra, purísima y llena de gracia.

Esto creemos de Ti, querida Virgen Santísima, porque Dios nos lo ha dicho y porque así nos lo enseña la Iglesia, guiada siempre por el Espíritu Santo.

Tú nos llevas a Cristo, y, Medianera con nuestro único Mediador, por Ti y contigo estaremos en la eternidad feliz gozando de tu amor de Madre en la gloria del Señor.

Siguen como un complemento varias **Ilustraciones** que motivan nuestra ilusión por la Virgen, entre ellas una por cada Continente, las cuales nos dicen cómo María es de todos y para todos y cómo todos somos de Ella.

Como un recuerdo que a todos agradará, colocamos como primera la del vitral de nuestra Iglesia Parroquial, que nos representa al Papa PIO XII cuando, en plena Segunda Guerra Mundial, el 31 de Octubre de 1942, consagraba el mundo al Corazón de María: “A Vos, a vuestro Corazón Inmaculado, confiamos y consagramos todo el mundo en esta hora trágica de la historia humana”.